

Paris. 31. avenue Mozart (XVI^e)

22 avril 1937

22

M. le Directeur de la Bibliothèque Nationale
de Caracas

Cher Monsieur

En témoignage d'amitié, et pour reconnaître (mais de quelle façon magnifique!) le service que je lui avais rendu en traduisant en français ses "Memorias de Mama Blanca", Teresa de la Parra m'avait fait cadeau du manuscrit de cette oeuvre merveilleuse, gloire des lettres sud-américaines.

Les circonstances de ma vie actuelle sont trop incertaines pour que je ne craigne pas l'accident qui égèrerait ce texte précieux; et comme, d'autre part, je l'aurais de toutes manières légué à la "Bibliothèque nationale" de Caracas, je préfère accomplir tout de suite cette donation. Ainsi je serai tout à fait rassuré sur le sort de ce manuscrit.

Je me permets donc de le déposer aujourd'hui entre les mains de M. le Ministre du Venezuela à Paris, qui vous le fera parvenir par les moyens les plus sûrs.

Je n'ai certes pas besoin de vous recommander
ces pages. Je sais avec quelle émotion vous les recevrez,
de quels soins vous les entourerez. Je vous en
remercie d'avance et vous prie d'agréer, cher
Monsieur, l'expression de mes sentiments les plus
déférants.

Francis J. Moynihan



Blanca Nieve a Lamban's

Blanca Nieve, la tercera de las cuantas fue vista en su
suces de edad y de tamaño, tenía entonces cinco años, el
rostro muy rubicundo, los ojos oscuros, el pelo muy negro,
las piernas guarnecidas de sol, los brazos más adunados
aun que las piernas y tengo que confesarlo humildemen-
te, sin merecer en absoluto semejante nombre, Blanca
Nieve era yo.

Siendo insubordinado me llamaban y yo llamábase
fantes a todas horas un disparate ambulante que solo
la costumbre como su gran tolerancia me permitían indulgentemente
ver hacer irrisorias cosas, me he de explicar brevemente.
Como se verá más adelante la culpa de tan feo disparate
deparado, la tenía había quien por timoroso de
poco despreciaba la realidad y la sustituía sistemática-
mente al unas leyes arbitrarias y cambiables que de
momento le dictaba su fantasía. Pero la realidad no
se sustituye nunca. De ahí que había sembrado a
su paso con mano prodiga profusiones de flores
que tenían la doble propiedad de ser venenosas
y de estar llenas de gracia. "Blanca Nieve" fue un
bicho que a mis espaldas, durante mucho tiempo hizo
ver sin maldad a todo el mundo. Violeta la brome-
raba que me llevaba quince meses era otro error de orden
moral mucho mayor todavía. Pero es lo contrario
más adelante. Basta e decir por ahora que en aquellos

70
dubios tiempos mis cinco hermanitas y yo estábamos coloca-
das muy ordenadamente en una suare de brilla que subia
desde siete meses hasta los siete años y que desde allí, fomes en nuestra
escalera vivíamos sin regulo sobre toda la bucaion.
Esta, se hallaba entonces encerrada dentro de los límites
de nuestra hacienda Piedra Azul y no tenia evidentemente
más objeto que el de alijarnos en su seno y desce-
rir diamante a nuestros ojos nuevas y nuevas expresas.

Desde el principio de los tiempos, junto a Inama, precedidas por Pi-
pa, especie de deidad tecuete con polainas, espuelas, baxo escatana y es-
tremo alomo de fipejapa, vivíamos en Piedra Azul cuyos
fabulosos linderos ninguna de nuestras ses había alcanzado nunca.

u. Además de Papa y de Inama había Evelyn
una mulata inglesa de la isla de Trinidad que nos bataba,
cosa nuestra ropa, nos regañaba en un español
sin artículos y amanecía desde por la mañana muy
arreglada con su corse, ~~de~~ blusa planchada, su delantal y
sus antepechos de cuero. Dentro de su corse, bajo su rebulto pelo lanudo
algo reluciente y lo más lilo posible, Evelyn cehalaba á todas horas un, simétrico, son de
mando y un tímido olor á aceite de cocos. Sus pasos iban siempre saltados y precedidos por unos
suaves chis, chis, chis, que proclamaban en todos lados su amor al almi-
don y su espíritu fortísima adherido contemporaneamente á
la rebeldia como la setra esta adherida á la concha.
Por oposicion de caracteres hama admiraba á Evelyn.
Cuando ésta se alejaba dentro de su aura sonora, con una ó con dos
de nuestras logidas de la mano, era bato no fuereente

el que había levantado los ojos al cielo y exclamara dulce e intensamente en tono de pletórica acción de gracias y cantando maravillosamente las palabras cosa que era en ella forma habitual invariable de expresar sus pensamientos:

- Evelyn es mi tranquilidad; que viva de mí, sin ella!

Segun supe muchos años después Evelyn, "mi tranquilidad" se había trasladado desde Trinidad hasta Piedra Azul con el objeto único y esclusivo de que los niños aprendieran inglés. Pero nosotros conocíamos semejante detalle, por la sencilla razón de que en aquella época a pesar de la propia Evelyn no teníamos aun la más leve sospecha de que existiese el inglés cosa que a todas luces era una complicación innecesaria. En cambio, por espíritu de justicia y de compensación cuando Evelyn decía indignada:

- ¡Qué ensuciate todos limpios, Teresa, por sentarte en suelo.

Nosotros no hacíamos para nada los artículos, los cuales al fin y al cabo tampoco eran indispensables.

Al lado de Evelyn, formando a sus ordenes un especie de estado mayor había tres cargadores quienes la auxiliaban en lo de banar los vestidos y abotonarlos y de recambiarlos tan a menudo en la casa que hoy solo conservo mecederos y vaquinos recuerdos de aquellos vestidos negros y de aquellos nombres tan familiares como envejecidos: Helén, Mercedes... Rufina... Pastora... Amanda. Independientes del estado mayor había las dos sirvientas de adentro: Altágracia que servía la mesa y Yecinita

que tendía las camas y le acaraba la cabeza a mamá durante las horas enteras mientras ella con su lindo y ondulado pelo suelto se meía y él se meía en la hamaca.

En la cocina con medos y coque prendidos en la cintura a guisa de delantal y un latón rociado en la mano a guisa de soplador, siempre de mal humor, había Candelaria de quien Papa decía frecuentemente saboreando una hallaca o una taza de café negro: "Se aquí se puede ir todos el mundo menos Candelaria". Mayor por la cual los años pasaban, la acontencimientos se sucedían y Candelaria continuaba imperturbada con su saco y su latón trambolado de la fuerza de molar al colador del café, entre violencias y cacareos, aquea aún suya eternamente feliz y ebria.

Por fin, más allá de la casa y de la cocina había el majadero, los medianeros, los pueros, el trapiche, las vacas, los becerros, los mangos en vivo, las muriquiosas, los barriles sajos, las espartinas coladas semi-legendarias y muchas cosas más que sería largo enumerar aquí.

Como he dicho ya nosotros seis respirábamos en exaltación y sin discusión alguna el centro de ese Cosmos. Sabíamos muy bien que empezando por Papa y mamá hasta llegar a las cucullas después de haber pasado por Cocon y Candelaria, todos, absolutamente todos, eran a nuestro lado seres y cosas muy secundarias creadas únicamente para servirnos. Lo sabíamos las seis con entera certeza y lo sabíamos con unanimidad sin enmiendas ni quejas. Esto ocurría quizás de que nuestros consorcios siendo muy claros y

muy arraigados estaban limitados á nuestros sentidos sin que jamás se aventuraran á traspasar por soberbia y ambición las fronteras de lo indispensable. Tan cierto es que los concurrenciosos vanos crean los deseos vanos y vanas almas vanas! Nosotros al igual de los animales concebíamos amablemente de unos y de otros.

Nuestra situación social en aquellos tiempos primeros era muy semejante á la de Eldán y Uba cuando Señores asociados del mundo iban inocentes y desnudos de entre las manos de Dios. Solo que nosotros seis teníamos varias ventajas sobre ellos. Una de esas ventajas consistía en tener á Hamá, quien dicho sea imparcialmente, con sus veintidós años, sus seis niñas y sus batallas de plantas era un encanto. Otra ventaja no menos apreciable era la de deber decir impunemente comeduras á esbaldas mientras bebían almorzáda, el mayor número posible de guagabas sin que Dios nos arrojara del Paraíso con venenosas de castigos y de maldiciones. El pobre Papa sin merecerlo ni sospecharlo acudía á nuestros ojos el padre ingratisimo de Dios. Nunca nos reprendía. Sin embargo por instinto religioso rendíamos á su autoridad suprema el tributo de un ternero nuevo comprado de metherismo.

Por ejemplo: Si Pablo estaba encerrado en su caveritas y nostras, las cues que sabemos andar, ignorando este detalle, nos sentábamos en el pretil antiguo ni aquel sancta-sanctarium y allí en hilera levantados á la voz todos las frentes quitábamos en coro: "Riqui-riqui, riqui-ran", los maderos de San Juan..." ~~Uba~~ voy poderosa y bien

tembrada, la voz de Papa, surgia imperada a unte de entre los
arcanos del escritorio:

- ¡Que caigan a esas rinas! ¡Que las pongan a
jugar en otra parte!

Entremetidas instantaneamente y como por casualidad,
nos quedabamos durante unos segundos inmóviles con los ojos espantados
y una mano extendida en la boca, hasta caer por fin todas
juntas, en carrera desenfrenada, hacia el extremo opuesto del co-
rredor, como ratones que hubiesen sido el mandado de un gato.

Por el contrario: otras veces nos subiamos en
el columpio que atado a un árbol de palma nos tendia sus cuatro
cables frente a aquel mismo rincón del corredor donde entre palmas y colum-
nas se reunian la ramaca el moceador o el retirero de Chama.
Eple todas juntas en nuestro columpio, agarrándonos a sus cuerdas o agarrán-
dolos unas a otras nos meciamos lo mas fuertemente posible sele-
dando al mismo tiempo la hazaña con ridas y quebras de mardo. El punto, como
ya deciamos dentro de su bata blanca enajado de volantes que
enajaba como se usaba entonces y como el sabia a ejercer tan
oportunitamente, sentada por Juvenal, con el pelo de arrambando en
barradas y con la última novela de Fernas padre en la mano, del
seno de la ramaca surgia Pama:

- ¡Vinitas por amor de Dios, no sean tan desobedientes!

¡Báense dos lo tres por lo menos de ese trapero! ¡Hiren
que no puede con tantas y se van a caer las más chiquitas!

¡Báense por Dios, háganse el favor, bádense! ¡No me molesten más! ¡No me mortifiquen!

Nuestras, arrucadas por tan usas cadencias y tan prolongados calderones, tal

cual se fueron las notas de un cantar de una seguidilla marcando a sus compases nuestros vaiven: "arriba... abajo!... arriba... abajo..." y encantadas, desde las cumbres de nuestros columpios y de nuestros fuehucos nos enviabamos a hamá durante un largo rato besos y sonrisas de amor, hasta que al fin, atraída por los gritos llegaba Evelyn y: "che, che, che", se acercaba al columpio, lo detenía y así como se arrancan las uvas de un racimo maduro nos arrancaba una a una de sus recuerdos y nos ponía en el suelo.

Cuando Hamá se iba a Caracas en una calera de dos caballos acontecimiento desagradable que ocurría por lo regular cada quince o dieciséis meses, para regresar al cabo de tres semanas de ausencia, tan delgada como cuando se iba con una minita nueva en la calera de nuestra, tal cual se en realidad la habíame comprado al pasar por una tienda cuando Hamá se iba, durante aquel brevíssimo intereseño de tres y hasta más semanas, la vida, bajo la dictadura militar de Lochon, era una cosa desabridísima, sin amabilidad ninguna, toda llena de huecos negros y lobrecos como sepulcros.

Per cuando en las mañanas, a eso de las nueve, llegaba el momento de ir a la calera conduciendo a Paramelo el caballo de Papá y este, a lo largo, sentado en una silla con una pierna sobre la otra se calzaba los espuelas, nosotros nos proveyamos alegremente la materia:

- ¡Ya se va! ¡Ya se va! ¡Ya podemos hacer riqui-riquí en el pútel!
 Verdaderamente, entre Papá y nosotros existía latente una

mala inteligencia que se prolongaba por tiempo indefinido. En realidad no ~~solíamos~~ debe decirle sino una sola vez en la vida. Pero aquella sola vez bastaba para destruirnos sin cesar ni novenas durante muchos años. La gran desdicha tenía ~~el~~ lugar el día de nuestro nacimiento. Desde antes de casarse Papá había declarado solemnemente:

- Quiero tener un hijo varón y quiero que se llame como yo: Juan Manuel. Pero en lugar de Juan Manuel, deteniéndose poeía, habían ido llegando en letra una tras otra las más dulces manifestaciones de la naturaleza: "Cecilia"; "Rubia"; "Blanca Nieve"; "Estrella"; "Rosalinda"; "Aurora Flores" ... y como Papá no era poeta ni tenía mal carácter, aguantaba aquella inundación florida con una conformidad tan magnánima y con una generosidad tan humillada que desde el primer momento no había con ellas en lo más vivo de nuestro amor propio, y era irreconciliable: ~~el~~

de esa ~~suerte~~ quedaba estallado para siempre. ¡Sí, mi señor Don Juan Manuel! Tu perdón silencioso era una gran ofensa y para llegar a un acuerdo entre tus dos minutas y tú, hubiera sido mil veces mejor el que de tiempo en tiempo te manifestaras tu descontento con palabras y con actitudes violentas. Aquella reaccion tuya era como un árbol invernal que hubiera decaído por sobre los senderos de nuestro corazón. ¡Pero eso no te quejara si me hubieras alzado bajo el sol hasta perderte allá entre las veredas lontananas del corte de caña, tu blanca legana, caracoleando en Caravello, coronada por el sombrero blanco de jipijapa, vista desde el portel, no venía a ser más sencilla a nuestras almas que

La de aquel Bolívar militar, quien a caballo también, comandando como
estaba sobre la puerta cerrada de tu escritorio, desde el centro de su marco de
cascos bajo el brillo de su espada desnuda, dirigía con arrogancia
todo el día la batalla gloriosa de Carabobo.

Veneros vicetas

Espero que ninguno de ustedes se haya visto al cruzar la lista de nuestros nombres, lista incompleta puesto que en el momento histórico a que me refiero no se había terminado todavía. Dime de nuestros nombres por muy viejos que sean indicaria incompleción. Es cierto que a nosotros con nunca nos queramos. Pero en cambio la mamá nacida por el año 1837 le quedaban todos admirablemente. El bautizarlos se adornaba con ellos lo mismo que si fueran encajes o capas de seda y se contemplaba después a cada rato llenos de satisfacción. Porque mamá era bonita, mamá era preciosa y con permiso de ustedes, señores doctores, señoras y señoras. mamá era una romántica avanzada de la más pura estirpe. Le encantaban las flores artificiales, el terciopelo, el cruído de la seda y cualquier libro, persa ó verso, en donde las metáforas se abalanzaban unas tras otras muy seducidamente como se abalanzan los borreguitos de nube en los cielos azules del verano. Con lágrimas de nostalgia y de melancolía al cantar aquellos de:

¡Cuanto amor! ¡Dela bría

¡Aquí un día

¡Me juraste y te juré.....

Mamá tenía el alma llena de vicetas de vicetas eran ellas su principal encanto. Transparentes como el agua, como frutas maduras se ofrecían cándidamente al alcance de la mano. Por eso más que por nada preferían de las

no equivale mil veces desde punto de vista, a ser rey de España de Nápoles o de Holanda? Solo que había emprendido la conquista de sus tronos sin auxilio militar, y sin sacrificios de vida. Se iba como he dicho ya caminando muy poco a poco en una caba de dos caballos, con un vestido arcaico de trapera, una mantelita de muselina y una capota llena de cerillas que ataba bajo su barba con un gran lazo de cinta. Al arrancar el coche sacaba una mano que tenía un mitón de seda y pronunciaba así su inusual arenga:

— ¡Adios mis amores! ¡Adios mis conductas! ¡Dedícanos mucho! ¡Fortune. Todas muy bien que yo vuelvo esta tarde y les traeré caramelos!

(Ab! su obra de paz había de ser mucho más dura que y nuestros venados que nunca fueron punto de la usurpación iban a dilatarse dulcemente, ignorados y felices a lo largo de nuestras diversas existencias.

De tiempo en tiempo llegaban visitas a Piedra Azul. Visitas que venían a almorzar o visitas que venían a pasar algunos días. Estas últimas eran por lo común tíes, primos o amigos íntimos de Papá y de mamá, y ya amistades en suma, cuyos rostros familiares no llegaban a asustarnos. Pero: ay! las visitas que venían a almorzar. Aquello era terrible. Empezaba por que Evelyn nos barraba y nos metía a todas desde temprano y después de recomendarnos varias veces muy severamente que no jugaríamos con tierra ni nos entretendríamos en meter un pie dentro del barrido de

sobre las gallinas, para mayor seguridad acababa por encerrar-
 nos en una gran puya esterada, muy altos ámbitos, nuestra
 limpieza quedaba firmemente garantizada. Allí en la feliz
 ignorancia de lo que nos esperaba, dentro de unos fantaboles que
 avanzaban con insistencia y candor hasta la vuelta de las tetas
 y en las faldas tiesas y cabrisimas mucho más cortas que los
 fantaboles, tal cual si fuéramos un rebaño de aguceros y de
 combateros inventados nos parecíamos con orgullo. De un lado
 á otro. Por fin llegaban las vicetas. El no más divertido recibía-
 mos todas á ponernos de espaldas á un ángulo frente á la pared, ó nos cubría
 nos el rostro con los brazos en-
 gachados y apretábamos en actitud de supremo furore, pero nadie
 elogiaba. María decía a castañando y caldeándose más que
 nunca:

-; Si es que son unas montañas!; Son unas lapa-
 jes!; Se tienen pena á sus propias sombras!; Figúrense que
 nunca han salido de la hacienda!

Y no sé cual de las dos cosas nos impresionaba más.
 Si el espectáculo aterrador de aquellos rostros desconocidos que
 nos hablaban sonriendo y querían á toda costa besarnos y
 verme la cara ó si la actitud invitada que desde
 el primer momento al solo anuncio de las vicetas asumía
 María. Esto es que María era el colmo de la amabilidad.
 Su don de gentes contenido de ordinario dentro de los cuartos
 interiores de la casa de Piedra Ajul, se desbordaba imbesti-
 so á la menor oportunidad y era sencillamente un torcazo.

Se ve un delirio universal de feruras, sonrisas obsequiosas y cumplidos. Al igual de nosotros ella también se sentía desde tempranos y a la distancia empezaba a recorrer toda la casa descubriendo bonachas a diestra y siniestra, cambiando los tapetes de las mesas y poniendo ramos de flores en todas partes.

Papa era el único que permanecía imparable con el mismo vestido y el mismo aspecto - de todos los días. Sentado en un mecedor, contemplando la agitación y el continuo reglarse de mamá entre seres y semblante, entre nerviosos y besos. Comentaba así aquella especie de representación teatral:

- ¡Ya empiegan, ya empiegan las monerías! Pronto nos será nada de extrañar, Carmen había, que el día menos pensado las visitas se encontrarán con un ramo de flores, un paño bordado y un plato de dulces en....

Y Papa nombraba un lugar de la casa que no suele mencionarse en sociedad como nos encontramos nosotros ahora sino que se menciona en intimidad y con bastante frecuencia.

Seo mamá no tomaba en cuenta las ironías de Papa. Su amabilidad firme y bien asentada tenía raíces demasiado hondas para que burlas o ironías llegasen a rozarle siquiera. Mamá era amable por generosidad de alma, era amable por adelantarse a sí misma. Era amable además porque teniendo veinte años menos que Papa no había descubierto todavía que en las batallas de amabilidad como en todas las batallas es mucho más arriesgado el enviar que el recibir y que el más arriesgado abusa horrendamente de su ventaja al tomar para sí la mejor parte.

Después de habernos alejados paulatinamente en que las visitas nos
nos iban a casa, cuando estábamos bien convenidas de que nadie se ocupara ya
de nosotros, corrimos ~~a~~ ^{hacia} esconduernos tras una de las puertas
de la sala y allí ignoradas de todas entre risas y suspiros apriza-
dos contemplábalamos a nuestros salobres la representación.

Después a medida que no era un espectáculo trivial el de
ver a mamá llena de ^{labios} embales con la boca florecida de cumplidos
y los ojos levantados al cielo sorriendo poco a poco a un grupo de
Gentiles en donde faltaban: botellas de pisco, unas doradas copas de gua-
rapo fuerte que iba distribuyendo después entre languideos y ^{sonrisas}, las visitas las tomaban de sus manos, las besa-
ban con la frente de los abises y en lugar de decir con desahucios y
pretextos como se dice ahora:

- Este coctail de champagne es delicioso.

Declaraban llenos de ^{gracia} ^{de} ^{sonrisas} a Sencillas:

- Este guarapo fuerte está magnífico.

Mamá cuando adivinaba naturalmente para que bebieran más
eran tales las sonrisas y tales las insinuaciones que por lo que
a mí respecto confieso sinceramente que tenía ganas de escapar
a guapas! Me dolía muchísimo el competir por la bendición de
la fuente aquel amor demasiado que mamá profesaba a las
visitas y sentía una necesidad urgente de dialogar mis ojos entre
guapas y lágrimas. El caso todas mis buenas hábitos los traía
lo mismo. De modo que fuertora aquella uegra general que en la sala
encendida y ardaba la inocencia del guarapo fuerte, sin que nadie
lo supiera, tras de la puerta entornada palpitaba un drama: el ^{obidado} de
bata de computadora sufría en silencio con un gran dolor hondo lleno de
de desprecios y de sorpresas.

^I
Primo Juanchito, para servir a ustedes, formaba parte de las multas que venían a pagar. A veces perchancaba entre mestros durante largas semanas. Llegaba siempre al caer de la tarde mostrando humildemente al Caramelo sin que su presencia nos alterara en nada y sin que jamás duramara a sus pies la espalda de sus parientes.

Además de llegar humildemente, primo Juanchito llegaba rezandose. Empezaba por quejarse de todo con mayor mesura e indignación, para terminar firmando suavemente sobre el mundo entero los más graves conceptos. Siempre va lo mismo: abandonados los árboles, no bien sus pies habían tocado el suelo, cuando en medio distramente, desquiciado de salud o de un oído o de un ojo, se quejaba con horrible indignación de mal estado de los caminos, del exceso de pobres, de la falta de puentes, de la pobreza de las vias, de la costumbre idiota de jugar bolos a la sombra de las pulperías y acababa aconsejando a Papá con un tono dulzura que vendiera al Caramelo, que encargara a Europa un caballo de pura sangre, que trotara de mostrar dando saltos a la moda inglesa con un casco blanco en la cabeza y que arrancara cuanto antes toda la tierra de Piedra Quejé para sembrar en su lugar algodón y tabaco.

Como ven ustedes, primo Juanchito temeroso de ser quejado con el socio bienhechor de sus sucesos. Su conversación llamada sin esfuerzo por aquellas y por estos, entrecruzada además por altos y bajos pensamientos, formaba en su conjunto una especie de esterilla bien tejida, en donde se

veces mirándonos en los ojos, a espaldas del mismo primo Juancho, llena de gracia, me hacía sentir la anécdota. *Primo hermano de nuestro abuelo paterno, empezaba en nuestras la tercera generación que por fidelidad al rito de su nombre lo seguiré llamando "primo Juancho". Aquel grado de parentesco que no anunciaba superioridad de años, se imponía a todos los ridos por no sé que misteriosa concordancia y burgia naturalmente de todos los labios como queriendo; ven: a la cordialidad. Su compañía, poblada por los más imperados accidentes procuraba a todo el mundo ratos de gratísimo esparcimiento. *Muchos años después de su muerte llamádim decir: - "Primo Juancho fue un hombre que tuvo muchos méritos y una inmensa ilustración" y servía en que viviera al caso, recordando así por intento, sin ella dar cuenta, la historia entera de aquella vida, y el secreto de aquella alma, en la cual, se abajaban, especialmente a cada instante, como dos lunas amigas, lo sublime y lo cómico.

Cuando en nuestra hacienda, entre los terrenos vedados de los trabajos de caña, allá, por el camino que venía de Caracas, como punto en el horizonte adornaba su cabeza venerable, Paica, Thana y otros dos que esturaban en Piedra Azul se anunciaban mutuamente su presencia con voces de jibelo:

- ¡Yo se de primo Juancho, Juan Manuel, y a se de primo Juancho!

y se acoraban al hotel o se iban al agua lo contemplaban con elgo a paso lento dentro de los anteojos de larga vista.

Segun puede observar muchos después, primo Juancho a menudo generalmente las coronas rojas, pero teniendo por fidelidad y por desgracia suya el don divino de la palabra, varaba hasta lo infinito la amenidad de la forma, y au-

¿Porqué rayos primo Juancho, siendo tan "culturado" como una mamá, o sea, tan abundante de conocimientos, no se hallaba en los Senados y Congresos, asombrando al país con su inteligencia, deleitando con su elocuencia y festejándolo con su bonhomía? Nadie en la Gaceta se lo esperaba. Creían

hallarse fuera de uno de esos misteriosos reveses, que con una injusticia impone la vida "por que sí"

En realidad no había tal misterio ni misterio. Primo Juancho no podía observar ni decir nada, no por falta de aptitudes, sino por exceso de pensamientos. Su cultura lo pedía. En su ambiciosa curiosidad, la inteligencia de primo Juancho crecía y saltaba como un animal ardita sobre todas las ramas del saber humano: era imposible seguirlo e imposible vencerlo, de de vencerlo se trataba. Todo lo sabía con entera conciencia. No importaba época histórica, lugar, o categoría a la cual perteneciese la idea; ante nada vacilaba. Con la misma

libertad con que Primo Juancho disertaba sobre derecho romano, disertaba sobre las verdaderas causas que determinaron la caída de los quincientos y la independencia de América; sobre las reglas que deben observarse cuando se juega al punto, sobre el sistema más exacto para medir la polilla y sobre la proporción con que una cocinera pueda usar sin abusar, del ajo y del perejil.

En las discusiones, primo Juancho, se veía

la a su rubicundo a todo correr por entre las más
remotas ruinas hasta acorralarlo en un punto
fijo, y allí, vencido noblemente, es decir, sin subrayar con exceso su victo-
ria.

Se se comenzaba a discutir, por ejemplo, sobre
el porvenir del café en Venezuela, a los cinco mi-
nutos, sin saber cómo, primo Juancho y su contrario
se hallaban en Jerusalén, mil años antes del nacimiento de
Jesucristo. Allí, escaldadísimo, con los dos brazos tendidos al cielo, repiquetea
los oídos de sus punos y latiendo los faldones de su levita por sobre los mu-
ros de Jerusalén, primo Juancho preguntaba de modo muy pertinente a su con-
trario:

- ¿Qué influencia predominaba, vamos a ver, en el primitivo
templo de Salomón? Los artistas que lo construyeron: ¿fueron fenicios o fueron
aldeos?

El contrario lo ignoraba. Primo Juancho que de
lo sabía solía a intervenir ahora con generosa dulzura:

- Pues si no lo sabes, mi hijo, entonces; por qué lo dudas?

y quedaba triunfante y desbordante de magnanimidad.

Sus definiciones eran siempre admirables; y sus
temas, ilustrados con anécdotas, fechas y sucesos his-
tóricos, se sucedían a todo volar con una variedad in-
agotable, sin que nadie sintiese la brevedad de las transiciones tra como un
tren en marcha o mejor aun, era como un diccionario: la misma
unidad parcial dentro del mismo desfilonado general.

En la soledad de una tarde aburrida; ustedes no han
hecho nunca, al oír un diccionario? Se lo recomiendo. No
hay nada más grato ni más reposante para el espíritu. Gras

palabras unidas cada con cada, parecen burlarse las unas de las otras. Cada cual muy orgullosa de satisfacerse de sí misma, se río de su vecina, sin sospechar que otra copia de ella está riendo de ella: es lo mismo que en sociedad. Pasar ^{de un tiempo a otro} la palabra "Caton" ilustrada con una antigua calca "vmaro", a la palabra "Cataluma" sin ilustración ninguna, para después, de "Cataplasma" pasar a "Cataluña" ilustrada

También, con un mapa lleno de ríos, montañas y puertos las ciudades es un entretenimiento divertido. El diccionario es el libro más interesante y reposante, cuya amable incoherencia tan cercana a la de nuestro idioma de la "Cataluña", nos hace olvidar de la ligua, de las declamaciones, de la exageración.

El era primo Juancho: un Lavense de buen nombre y desmadrado en todas las fiestas sueltas: unas hacia arriba y otras hacia abajo. Ya se dice que era dixeritudo e incapaz de organizar ni crear nada que no fuese el caos.

53 Con la misma rebeldía con que cambiaba de tema cambiaba de humor. Se indignaba por todo a cada instante sin que tal indignación tuviese la menor importancia. Pasaba de la furia a la serena como de "Caton" a "Cataplasma".

Uno de los rasgos que más caracterizaban la ferocidad moral de primo Juancho, era su perpetua exaltación contra sí mismo o mejor dicho, contra su mala suerte.

Primo Juancho aseguraba con los ojos desorbitados que desde Job hasta nuestros días, no se conocía un caso de culpa tan frecuente y sin tregua como aquella tener que lo perseguía a él, y no ayaba de ser cierto. Sin llegar nunca a llegar los límites de las magnificas

Tragedias que resucitaban de inmortalidad a Jpt, el sublime,
 los días de Juanes se dedicaban bajo un modesto "a-
 guacero blanco" de contratempo. ^{Siempre se cambiaba.}
 Juanes ^{después de la época a que me refiero, ya instalada la familia en Caracas, forjando} era a veros ^{todos los días; pues bien, era rarísimo el que entrara}
 de la calle, sin arrancarse dramáticamente el sombrero, tocado
 sobre una mesa, llevarse las dos manos a las sienes e inte-
 rugar con la voz anhelante y los ojos dilatados:

- ¿Qué fue sabén lo que me pasó hoy? A-
 na esa cosa, increíble, una cosa que no le pasa en
 el mundo entero sino a este pedazo de Juan, que
 es el dios de la quina, el Júpiter de la mala suerte.

Y relataba el suceso. * Si en los detalles sus calamidades variaban
 hasta lo infinito, en el fondo o trabajo esencial, cambiaban muy poco. Era
 siempre la misma historia: Fríos judales, leños de
 buenas intenciones, trataba por ingratos e inmarcesible
 nobleza de prestar una ayuda o servicios gratuitos,
 pero ^{en} circunstancias y épocas surgían de repente
 y se unían de conjunto contra él, en forma tal, que aparecía
 precipitadamente, a los ojos de todo el mundo, como persona carista
 o negligente sin elegancia moral de ningún esteeie. ^{Donde no se expresase con calma}
 Juanes se enfurecía. ^{Comenzaba por cubrir de bronxerías, no sin cierta razón, a}
 aquel o aquellos a quienes él, con tan generosas intenciones como ^{frías} ^{resul-}
 tados había querido servir. Los llamaba: ingratos, canallas, forbes y felinos
 pronunciadas tales palabras su falta culpa se hacía más evidente, y ^{una} ^{mayor} la
 animosidad de los perjudicados.
 Si Juanes, por su caso, iba andando por la calle
 con paso rápido y nervioso como era su costumbre y veía
 llegar de frente a una ensua respetable y achabosa, el
 que con todo galantería, trataba de lanzarse instantanea-
 mente al medio de la calle, a fin de hacer allí una profunda reveren-

cia, dejando libre á la señora toda la amplitud de la acera. Pero, ¿qué pasaba? Pues pasaba que en el instante preciso de ejecutar su elegante maniobra, uno de sus pies se resbaló por haber pisado una corteza de fruta ó cualquier otra cosa. En lugar de saltar hacia su izquierda ó arrojarse como van sus intenciones, se dejó hacia la derecha y hacia, contra su voluntad. Allí tropezaba bruscamente á la señora, le daba un golpe en el pecho y le arrancaba la mantilla, con lo cual la partícula de fruta causa del contratiempo se escondió á traición entre la suela y la suela de su zapato muy en secreto, donde ni él ni nadie buscase. La señora aterrorizada y atropellada exclamaba con violencia y la cabeza al aire:

— ¡Qué manera de andar por la calle!

— ¿No ha aprendido usted urbanidad? ¿No sabe que á una señora se le da la acera, sin mando venga por la izquierda?

Ante la injuria primo Juancho perdía toda la nave suya. Indignado, tanto por lo inmerecido del reproche cuanto por la lección de urbanidad que se permitían darle á él, mantuvo en urbanidad, contestaba á la señora en forma airada, elevando su indignación hasta los límites en que lo permitiera su galantería. La señora achacosa le respondía diariamente. Con el sombrero en la mano primo Juancho discutía con exactitud y sin tregua hasta despojarse del lugar del chogoso palido, mudo y cubierto de injurias. Al llegar á la casa descubría la corteza de fruta causa del percance. Si después de una larga jornada á caballo primo Juancho llegaba á un hotel, ó posada como se decía entonces, ávida de descanso iba á sentarse con deleite

en el asiento que otro parroquiano acababa de romper y acomodar muy cuidadosamente. Como era fatal se cruzó de espaldas. El ruido del golpe acudía al dueño del establecimiento, se formaba naturalmente una discusión favorable, después de la cual, primo Juancho, Fernando y Alberto tenía que pagar la silla rota, y picconarse con aguardiente alcantorado. Si subía al gobierno un personaje honrado e íntegro, quien, considerando sucesivamente los meritos y calidades de nuestro excelente primo Juancho, se dispuso a darle un nombramiento lucidísimo, días antes de promulgarse el decreto o nombramiento, el ministro consecuente y amigo se moría de repente, víctima de una aneurisma o angina de pecho. Primo Juancho relataba durante dos meses el cadáver de su ex-futuro protector, mandaba una gran corona cuyo peso devoraba la su presepulchro de un mes; pronunciaba un discurso homonómico en la tumba del desaparecido; presentaba toda clase de lamentos a la viuda y llevaba durante varios meses la pérdida irreparable de su protector y de su nombramiento.

II.

El más de ser notable por sus contratiempos, sus indignaciones y su saber, primo

(Cambio de página)

Juancho era notabilísimo por su elocuencia de buena ley. Límbros de declamaciones y famas retóricas, por el don divino de la palabra, es decir, que cuanto surgía de sus labios, surgía saltitante de vida y goce que se don- de la palabra. fue a un tiempo el origen de su felicidad y de su desgracia. Y es que al igual de Don Quixote, para estar en paz, todo es mal. Dios de abnegación, cabalga. Es en los más bellas momentos, como Juancho se lanzaba diariamente a todo sueldo por entre las utopías. Regustaba de ellas satisfechísimo de él mismo, habiendo venido en discusión a cuantos adversarios se le presentaban o habiendo hecho perder al mayor número posible de amigos la tarde entera. Pero ni tiempo ni adversarios son nunca a sus ojos la menor importancia. Los reunía a todos en un mismo desprecio y ni los veía. Siempre estaba en retardo y era rarísimo que tuviera un billete de banco en la

carácter para que nada se soltase en el mundo. Es evidente que de todas las miserias de este mundo la única que jamás se le ofrece es aquella que se esconde dentro de las riquezas los hombres y el corazón del creador por temperamento aún en sus más insignificantes manifestaciones, por espíritu de contradicción y por amor á la utopía se había afiliado lleno de ardor al partido liberal que lo cubría de un manto de ingratitudes y de decepciones. Tales ingratitudes lo habían persuadido siempre de tomar parte activa en cualquier empresa de orden positivo. Alzada así de toda realidad, el alma de primo Juancho, criada por la decepción, aplastada bajo el peso de la inquietud humana, guardaba llena de fragancia y de candor la más pura fe en sí misma tenía la inocencia original de los que nunca han trabajado. No habiendo medido jamás la extensión de sus propias aptitudes sino en el terreno de la discusión, las juzgaba con equidad infinita, y como su razón resaca de altísimo no se traba a ningún momento ante el fracaso de la menor empresa, afin de dar buen ejemplo á los egoístas y á los avaros los sembraba de contenidos repartiéndolos con minuciosidad á derecha y á izquierda toda clase de bienes imaginarios. Las indignaciones de primo Juancho, aun las más temerarias, aun aquellas que le encendían el rostro y le desorbitaban los ojos, estaban impregnadas de una generosidad universal y los violentos insultos que lanzaba en general tracia todos los abstractos y todos los relativos adquirían al pasar por sus labios y no sé que matiz de cordial fraternidad.

Cuando al hablar de los conservadores exclamaba agitando todo el trayecto, por lo cual repetían hasta más no poder los gemidos de sus pechos:

59 [] Son unos ineptos, enemigos del progreso, sin condiciones ninguna para el gobierno, a ellos les debemos lo que estamos pasando!

o al hallar de sus allegas los liberales:

- Son unos ladrones sin idea de comercio que nos llevan en reversa a la crisis absoluta. ¡Una!

su hermosa voz de baritoneo, tan digna de ir a cantar en academias y que por las más bellas flores de la docencia, se extendía por los corredores de Piedra Azul, calida y benévola, como si a unos y a otros les estuviese quitando desde lejos:

- Adios y como le va!; Saludos a la familia!

Primo Juvenilo fue el más completo archivero & cronista ambulante de cuanto aconteció político y social ocurrido en Venezuela durante los setenta primeros años del siglo diecinueve. Desgraciadamente, & quizás, felizmente, no escribía sino lo muy preciso. Cuando cuando en su conversación política seaba de continuo, el tumulto de sus pensamientos le impedía elevar a buen puerto el desarrollo de cualquier narración o tesis.

Solo dos o tres de sus relatos favoritos que contara con muchos detalles hasta el final, sin necesidad, puesto que éstos, sus relatos, los conocían generalmente de memoria, los demás relatos, o sea, los incidentes se quedaban ^{a menudo} ~~business~~ aunque ~~citados~~ por todas partes de mil co-

Las disculpas. Por ejemplo:

Se despues de asegurar que los conservadores eran todos unos ineptos, comenzaba a relatar ciertos detalles interesantes que acompañaron la renuncia del presidente Vargas y que sólo él conocía, todo el mundo lo escuchaba con atención, sabiendo de antemano que el relato se acabaría en un beso. En efecto: si se fijaba de pronto en que hombre, o cual quier otra persona, un tanto abstraida se estaba frotando ligeramente con la mano extendida un punto del vestido, bastaba: ¡adios presidente Vargas! Con la narración en los labios se iba acercando, acercando a hablar, o quinifuese, ^{cuando estaba} un segundo el lugar frotado y volviendo por lo sano exclamaba:

— ¡Ya te manchaste! Lo vi desde hace un rato. No te preocupes, no es mancha de tinta, es de grasa, aunque no parezca. No la toques, no la toques. ¡De cori corress! Estiende tu vestido, frotale magrocia, un papel de seda, un poco enjima. Mientras tanto el presidente Vargas se queda la para siempre sin renunciar.

Algunos años en momentos de ferre y de bonanza, habiendo alcanzado por fin el sueño deseado de su vida, unos hermanos habían sido enviados a Europa en misión especial aunque por muy poco tiempo y con muy poco sueldo. Se embarcó radiante. Después de haber maldecido convenientemente el calor y el mareo durante breves días, en el resto de la larga travesía, comenzó a toda hora con tal amabilidad y

con tantísimo acerto, y con tal ingenio y coartura tan bellantes paradojas, que su presencia fue en adelante la sal de la navegación y la liga que amalgamaba en un quato benéfico todas las tertulias.

De haber llevado a cabo su misión, primo Juancho, hubiese seguido como a sueldo haciendo las delicias de su auditorio. Reunido con el resto de sus colegas en un salón destortado, donde cada cual hubiese auido con un rostro grave y un vestido negro; en medio de una solemnidad helada, exacta la que se encuentra en las capillas protestantes, primo Juancho se habría apresurado a romper el hielo, tomando la palabra. Con el habitual desparpajo de pernelos y barto se ar de faldones, después de disertar admirablemente sobre el equilibrio europeo y los futuros estados unidos de Hispanoamérica ~~tratado~~ por cualquier detalle, habría terminado elogian- do las exenciones del jabón de Marsella. En el salón destortado ~~de~~ lleno ahora de calor y palpitante de vida, sus colegas encantados se hubiesen encuchado con deleite y aplaudido con alegría.

Como aquí, muy, muy entre nosotros, no rayan a referirse con serios y sarcasmos que en todas las congresos, asambleas diplomáticas, desde los tiempos de Urua Babilonia, hasta nuestros días en la Sociedad de Vacaciones, los delegados, no han tenido nunca más misión efectiva que la de nutrir al público con habilidad y con admirable espíritu de asociación, la inutilidad absoluta de sus reuniones, dándose cada uno, al propio tiempo la mayor importancia posible, primo Juancho siempre más íntegro, siempre más honrado que nadie habría esto por todos lados tal consigna. El sí habría hecho algo útil, puesto que había disertado extraordinariamente a sus colegas al saltar

en aquella forma ágil é insidiosa que le era tan peculiar de la antigua ciudad de Hispanoamérica á las excelencias del jabón de Marsella á las propiedades del ayupoli.

Pero Dios no quiso que primo Juancho cumpliera con honoracy y conciencia la misión diplomática que se le había encomendado. Su mala suerte siempre despierta, acechaba:

A los pocos días de pisar tierra firme recibí noticias de que su gobierno amigo acababa de ser derrocado y de que su misión juzgada perjudicial por el nuevo gobierno, debía ser abandonada cuanto antes, subsistiendo a su sueldo de país como gaito neceso é inepto. La catástrofe lo sorprendió entre las nieblas encarbonadas de Londres. En su desesperación, quiso no quiso embarcarse de regreso sin visitar a París ciudad que, anhelosa como él, tanto por natural interés, cuanto para poder elogiarla o denigrarla según se presentasen las cosas, en este momento de crisis. Retirando su primer y único sueldo tal cual se era una cinta de goma, trajo un box de lujo milagroso y se fue á pasar tres meses en una modesta casa de pension de la orilla izquierda del Sena. Pero á poco de residir en villa izquierda, la misma tarde en que se disponía encantado á presenciar una reunión solemne del congreso presidida por el propio Napoleón III se sintió tan enfermo que tuvo que renunciar á la reunión solemne, metiese en cama y pasar en ella una pulmonía gravísima que lo llevó á las puertas de la muerte: Rebuelto de la pulmonía, sin saber una palabra de francés, primo Juancho pasó con otros su solitaria convalecencia por los jardines del Luxemburgo fuscando las hojas

secas que crecían enormente bajo sus pies y bajo sus sollozcos ante el
 cielo turbado del viento. Su aislamiento, rodeado con precaución
 por el barro de la calle, é insultado á menudo por los cocheros
 de feo, por sus desprecios á los malvados. Cuando tramo
 recuerdos los tres meses que vivió á Venezuela traía los pulcros
 profundos á los largos chatarras y su alma, masleida
 — por la nostalgia de los paisajes nevados y de las
 magnificas virtudes áricas, desahagida para el resto de sus
 días, languidecia sin esperanza de remisión.

El movimiento de Primo Juanchico ^{III} sustituido por revistas y catálogos, debía ejer-
 cer en nuestra vida una influencia muy directa aunque ventosamente
 opuesta al objeto que él, en su vivo interés por nuestras anbe-
 laba y peregrina:

Welton, en un viaje ligero, vino á Piedra Igual por
 insinuación, consejo y reiterado empeño de primo Juanchico, afín de
 que al nacer, debía, nos iniciáramos ya en uso de la sana me-
 talidad y del indispensable idioma inglés. Convertida á inme-
 diatamente á aquel español vollosísimo y sin artículos, de
 que he hablado ya, la actividad opuesta de Welton nos
 hizo amar por contraste junto con la tolerante indulgencia
 de cuanto nos rodeaba, el español amable, afectado y canta-
 diuno de brama.

Primo Juanchico traía de Londres á sus parientes de Piedra
 Igual una gran sombrilla de jardín con el objeto de que la
 abrasen cuanto antes en el centro de una masa de humo ó de vapor
 y sentados así bajo su sombra inglesa y circular, según

Cambio de persona

el había visto no se donde, tomaban a pleno día y a los fines de la tarde, ^{trastado} ^{prim} manteguilla. Pero hama, Pava y sus comadres balanceándose ca-
 demosamente en un mecedor cualquiera de los corredores de Piedra
 • Aquel se bebían a las cuatro a la seis o a la hora en que
 mejor les parecía grandes vasos con refrescos de guanábana
 o de parcha y banadina, mientras la sombrellita degra-
 dada y decida; ¿qué dirán ustedes que tenía? ¡fues
 solo salta a los de tiempo en tiempo a los dos de la mañana
 y entonces, como una bondadisa gallega ciega, fessada con un
 mismo amor sobre hama, Ebelon y todas sus otras, menean-
 dose con muchísima fuerza de derecha a izquierda o de iz-
 quierda a derecha se venía caminando lentamente, caeja
 abajo, en un gran carro de bueyes, a presionar sobre
 las piedras, entre jabones, aceites, y platos felpudos, nuestro
 alique y numeroso baño de río

Cuando terminamos el baño, todas frescas, qteando perlas
 de agua. Los cabellos vibraban y agrupaban las ondas contra las
 tras en el fondo del carro, hama, muy contenta también, se sentaba en su banquito
 mas cerca de los bueyes. Entonces, mientras Ebelon con la ayuda
 del gaitán tornado a abirre y a instalarse no en ciertos es-
 fuerzos la pesada sombrellita, hama respiraba de placer bajo
 su sombra y decía con placidez y con dulce bienestar:

- ¡Muy vieja y muy fea que era ya la pobre, pero
 en esta sombrellita nuestra podíamos divertirnos, llegar
 hasta aquí y bañarnos tan sabrosos en este fress del río.

- Lo que nunca agradeceré bastante a primo Juancho es

el haberme enseñado a bien comprender y amar de mis
mas fieles años entre incursos y diatribas el alma idealista de la raza.
me inculco al efecto tal conocimiento y tal amor por el sistema de
la demostración que es sin duda ninguna el más eficaz sistema para
• ~~inculcar~~ inculcar las cosas.

En sus vicisitudes capotuosas como cuando empezaba por distribu-
ciar enteramente a Venezuela como país perdido ya para la
civilización sin esperanza de remedio alguno. Su ferocismo al
arrobese iba invadiendo poco a poco todo nuestro continente
sur hasta que al fin se decidía, intrascuaba con oscuridad
el mar, se lanzaba sobre España, la devoraba y acababa
suplicando terrible con las huellas de su incendio todos los pue-
blos latinos. Sobre la gran desolación de la catástrofe solo flo-
taban felices y sonrientes las dos islas Balcáricas.

¡Qué de amables defectos filmurabas, primo
Juancho y como al cona amabas, volijándolos todos en tí
mismo, sin que te dieras cuenta, los empujabas de gracia y
de bidalquía! Cuánto iba a aprender robtegr!

En efecto algunos años después de haber sido a primo
Juancho, en tener aun ninguna cultura, ni el menor sentido
de la historia, me entró nuevas más raras y más doctas se
aburrían leyendo a Don Quijote, yo sabía ya escuchar aten-
ta la bondad de sus consejos, me deleitaba el conversar llanote
de Sancho, le avisaba con un quito cuando por segunda vez decía el
no refrán, jugaba con su burro juntos los dos, al pasar Rocinante nos
quináramos un ojo, por la mucha fanfarronada sobre la mucha
flacura, y tanto acababa al fin por quedarme a todas, que al
igual de las santas hijas, andando, andando, me iba también

en pos de ellos, los seguía en amor en su caballería y librada de doler
y de ruda ante el martirio alegre y conmovedor de sus fraquezas y
de sus ensueños.

Debido también a primo Juancho muchos años después, cuando
ya digna de mi nombre por la ruda abundante de mi abundante
cabello, viajé por ciertas viejas ciudades de España, Extremadura o Castilla, allí donde
se veían sin más caminos, cocina con aceite y carencia de baños y podía
rememorar a mi saber horquillas inflables de una raya a
banda é infinita. Era siempre el familiar brazo derecho
que al estrechecerse elocuentemente é indignado me hacía trémulas señas y
llamadas lo mismo entre las furchuras de las piedras
adustas que sobre las viejas alpas de los molinos de Don
Quijote.

Decir que en los lejanos tiempos de Piedra Azul mi inteli-
gencia fuera capaz de distinguir tales materias é de saber
de que ruda hacia quimeras y traiciones donde se dirigían los es-
gros y las diatribas de primo Juancho, sería tratar de engañar
los á ustedes. Mentira por vanagloria y mentira por lo tanto
con mal gusto. Los cinco años del cautiverio eran especialmente
menudos y en retardo. Acarados por aquella sencillez
campesina, siempre asobrada, siempre con los labios entredue-
tos, tenía como el resto de mis hombrunas un aspecto de,
grata y fresca boberia. Queríamos todas muchísimo a
primo Juancho, como se quiere á un buen pariente familiar y como
que nunca ha mordido. Nuestro amor se extendía ingenua-
mente á sus gajatos y á sus retidos. Su oratoria magni-

era no se distinguia en nada a nuestros oídos de los fraternales ladridos de harquera. Pero poco a poco estos otros ladridos iban haciendo un trabajo susterraneo en nuestras almas candidas y nuevas. La imagen como ven hoy ustedes, iba a quedarse con retidez en todos sus contornos tal cual se queda un hueso en una de esas molduras que guardadas debajo en el fondo de un mueble se sacan a la luz y se contemplan con admiración muy de vez en cuando.

IV

Fernando Juanico llevaba en reserva su pobreza noble y espeluzna. Junto con la pobreza dormía también con relativa discreción por la falta de buenos resultados tomaba como moneda, los creas más: de seda de seda, edad y la falidez de cuatro dientes que había perdido siendo joven en una de sus innumerables caídas. Pero tanto las frases de entusiasmo como las de censura, al pasar subiendo por sus labios movían de vez en cuando sus cuatro dientes pestiferos; pobre primo Juanico! y después de declarar: "no se debe nunca hablar de edad" sin darse cuenta, indicaba la línea de contornos al narrar el menor suceso. Vivido a fines del siglo XVIII, tenía sesenta y siete años en la época a que me refiero.

Cambio de página

Además de andar muy espellada el
peuno Juancho o andaba siempre con un retedo de ne-
gro. Se ataba al cuello con enrollada y sabía componer una ande
cubata de seda nueva y ~~una~~ de seda sin usar un especie de solom-
bre levitón con dos faldones atrás, y sobre los dos faldones,
fuerzando su espalda, los grandes botones que no abtona-
ban nada. Era como si a cada instante estuviera a puen-
to de asistir a un entierro o a una sesión del congreso.
Nunca variaba e importante, que decir entredos de esto? así se
aparecía todas las mañanas desde muy temprano en los carre-
tores de Piedra Azul. ¡ Ah! la pobre dama pobreza tiene
a veces sus lijos indurados y fieros! A Papá le daba
lastima verlo así, siempre pasando calor, siempre gestando
la lucha y su buen trabajo trataba a cada instante de evitar
el asilo mal, pero nunca tuvo éxito.

Ocurrió con frecuencia que Juana Juancha, deseando por el
lado de papá en el alma de su vida e indiferente de Papá, una
chicra segura de un sagrado interés que debe animar las cosas
ante las acciones del país, se enfrentaba a él y le exponía ve-
hemente con la ayuda de sus dos brazos y de sus dos faldones
temulosos, dillelas tan terminantes como éste:

— Una de dos, Juan Juancha: o estos liberales cambian de
política y no se siguen cobrando el nombre de liberales que desobedecen
y que no merecen, o yo me retiro dignamente del partido superior de desear lo que pienso

de todos ellos. No te parece que es de mi deber, Juan Manuel?

Después de haberlo considerado con mucha atención, Papá le contestaba en efecto con muchísimo interés:

- ¿Y no combuesco, primo Juancho, como puedes aguantar el día entero esa levita de paño negro pegada a tu cuerpo; ¿cómo no te muere de calor? Ponte una de mis chaquetas de piel - blanca, una de las últimas que me han hecho, ya te lo he dicho varias veces; ¡píntelas, que a mí no me sirven y a ti te deben quedar bien! Aunque sólo sea en la mañana durante las horas de más calor.

Por lo que a mí se refiere otra cosa me intrigaba y me halababa de curiosidad del almirante. Cuando Primo Juancho hablaba, mientras sus queridos soldados se agitaban con violencia al nivel de mi frente, mis dos ojos fijos en la altura no se saciaban de contemplar sus labios. Quise interrumplos y por fin vacilaba. Era que en los ríos siempre se encuentra a punto de caer, se encontraba preparada ya desde hacia tiempo la siguiente indagadora pregunta:

- ¿Y qué tú haces, primo Juancho, cuando tú hablas, para poder vencer los ríos? ¿Uo? ¿Y qué tú haces?

Desafortunadamente siendo me temo muchas mayor que mi curiosidad la pregunta no sólo me iba en alca de tan gran indiscreción. Habría hubiera sufrido horribilmente en los ríos de su amabilidad y es muy posible que al oírme se hubiera caído demagada de confusión a los pies de primo Juancho.

Desde entonces considero la timidez como una gran consejera y una excelente amiga. Más tarde, en mi largo peregrinar por el mundo, cuantas veces la he visto aparecer a mi lado andando lentamente con el índice en los labios como una visión del cielo, acordándome de entonces la he mirado con cariño y desde el abismo del silencio le he enviado adrede mis mejores sonrisas y mis más profundos besos.

De aquellas anécdotas o cuentos de primo Juancho, que llegaban a buen puerto y en los cuales, sin el sospecharlo, se revelaba su espíritu de rancia cepa castellana, había uno, el más reciente guisado del repertorio que fue siempre el preferido de mi alma, porque sus actores me eran familiares y porque además de estar presentes en el escenario solían estar presentes en el auditorio cosa que daba a las palabras cierto sabor y jugosa vida. También se deleitaba en el primo Juancho y aun lo refería con gusto muchos años después hacia el final de sus días. De tanto contarlo había ido, limando asperezas, podando brozas, romando angulos agudos, de modo que cuando de él quedaba eran redondeces y delicados perfiles. Nunca se encontraba allí

Cambios de programa

especialmente implicada. Su figura aparecía en primer plan tan innumerable de luz que no se dió nunca el caso de que cesase el cuento sin interrumpirlo ella cantadora y dignada:

- ¡Hasta cuando lo cuentas, primo Juanelo, por Dios, hasta cuando?

Fero si era difícil obtener que ciertos cuentos de primo Juanelo no se descubriesen, era completamente imposible el detener a uno de sus favoritos si, calzadas las botas de siete suelas había ya dicho: "a correr"

La ansiedad que me refino era sencillísima y de una trivialidad desbordante de interés. Como podían correr juntos agarrados alegremente de la mano esa pareja de enemigos mortales la trivialidad y el interés? preguntarán ustedes. No puedo contestar: se abrió el misterio, se abrió el embudo se abrió la esencia, que encerraban las palabras de primo Juanelo y que jamás me será dado el transmitir a ustedes.

Se trataba de como, cuando y en que circunstancias Tancas Tapa y Hanna celebraron sus bodas.

- Se casaron el año 46 -empezaba primo Juanelo- era en el mes de marzo, y era un domingo de Pascua. Carmen tenía quince años y Juan Manuel treinta y uno. Quisieron un matrimonio

como lujo y la tuvieron espléndida. Los
casó el arzobispo y a la novia la llevó del bra-
zo su padrino que era entonces Presidente de la
República. Pero a abogada y a padrinos al salir
juntos de la casa les pasó un gran chasco con
el que nadie contaba, el chasco como se van, es la
única gracia que tiene mi cuento.

Desde su muerte seguía repitiendo las palabras de
su primo Juancho: *sin* su voz, sin su acento, sin
su caire indefinido que es alma o perfume de la ex-
presión en el nacer de los buenos narradores, nada
significan. Solo puedo asegurarles que cuando por aquí llegaba la
solueta historia, o sea, al anuncio del "chasco" hacia el mundo a través: si lo iban pa-
sa por el fondo del corredor suspendida un instante
su actividad febril y atendida; las sirvientas atem-
dian; las niñas todas atendían; hasta Aure
Flore si es que estaba presente, en sus tiranos seis
a nueve meses, encumbada en los brazos de su
criada, con tres dedos sumergidos en su boca
sin dientes y un sesero unido en la frente reflexiva,
sencilla por la fuerza del ambiente se dignaba
atender y atendía con placer, lo garantizo.

Contado en pocas y desahucadas palabras el chasco
fue que al salir el matrimonio de la casa, al coche de adelante
en donde iba la novia, se le rompió una rueda y con esta
ellos volvieron novia presidente y todos, se quedó en plena
calle volcado y tullido en el coche oficial y solemne de la
presidencia. Con su uniforme de general veje de la zona
dependencia, todo lleno de entorchados y con diez años, como sale un ca

col de su cacha, sales el padrino de su coche volado, sacó a la novia como mejor
pueda, y aunque creyese entonces por un momento de aguda impetualidad, él
y no era oportuno colarse con el populacho tan enjambado y empujado
viendo el conflicto, cuando que la novia no le quedaba tan lejos
y cuando que sus coches (cuando luz y brío entonces) no podía hallarse
buen, tan al alcance de la mano, se trajo él solo su gran des-
gano y desafiando a la vez los dos conflictos dijo con una
convicción muy alegre y muy campechana:

- ¡Fides seducimur a pie!

Los invitados que tenían coche de bajaron al punto e imitan-
do al precedente también saludaron al herido con una franca conve-
sa repitiendo lo mismo:

- ¡Fides seducimur a pie!

y el padrino con sus entorchados y la ahijada con sus
ayahares y todo el cortejo atrás, andaba como fuera sobre, entre
una doble hilera de cirios y una doble hilera de ventanas, que
cuando aranzar el gran buceo, batían sus hojas apremiadas echando vanda de luz y bracos de
comentariis sobre la calle medio oscura, porque matrimonio y pecunia estaban
pasando de noche. La novia al avanzar vió caer de todos los lados
un torrente de flores, pero el viejo general oyó otras cosas, porque
como he dicho ya, tenía enemigo, esperaba el periodo presidencial
y a pesar de sus muchas bondades y de sus muchas glorias vivas
eran aquellos días de malquerencia y de impetualidad. Hora-
ley a: para atravesar una calle, entre dos hileras de cirios y dos hileras de ventanas,
es más groto y más seguro atravesarla de novia que atravesarla
de general

Tal era á grandes rasgos el cuento con su moraleja y todo. Ahora bien, lo que primo Juan elso llamaba "la quara de mi cuento" no se encerraba, no, en los linderos del chasco como él creía sino que derramada por todos lados iba repartiendo el espíritu, con esa alegría sabrosa del agua fresca bebida en plena sed, alegría y sabrosa que cuando logra aprehenderse en palabras escritas, las páginas donde se guardan, así pasan años y más años y a no se marchitan nunca. Solo muchos tiempos después llegué á conocer esta verdad: estimada de sorpresa y de amoranza la encontré un día en unas páginas amarillentas del romance, leyendo el relato de otras bodas que también iban andando con nobleza campechana por el medio de la calle. Aquí están. Son las bodas del Cid. Se impregnaron en esta aroma mi relato desahogado comprenderán cual era el encanto indefinido que animaba el cuento de primo Juancho:

Prás patras viene Jimena
Malandola el rey la mano
Con la reira su madrina
Y con la gente de manto.
Por las rijas y ventanas
Arrojaban telas tanto
Que el rey elevaba en la guerra
Como es tanta un gran puñado
Y á la horrel dola Jimena

Se le meten mil granos
Por la marquetota al cuello
Y el rey se los va sacando.
Amorosos sus sueros
Que lo vea el rey en alto
- Aunque es de estorbar su rey
Retenara más su manso
Mandale por el requerido
El rey en rios y rios
Y a la Juvenal le rogi
Que en casa le de un abrigo
Fáblale de la vida de rey
Mas siempre le habla en rano
Que non dirá de su vida
Como la que fue callando
Sega a la fuente el gentero
Y apartándose a dos lados
Quedose el rey a comer
Y los que eran comidos

Se tienen a bien cambiar los granos de trigo, que nunca se
dio en Caracas, por comentarios contra el presidente y espantosa feroz a la novela, tendré
entonces el romance de las bodas de Hamán tal como tantas veces lo escuché narrar en
infancia.

¡Oh! primo Juan, ¡la gracia de tu cuento! Ahora ya se
puede que vivas indignado con razón, y por que amanece a todas las mañanas
con tu delirio y negro espíritu de enterrado. Sabías que entre

unos y otros estaban acunando brutalmente la noble, virga gruesa
 canchana y como loro a peso enterraban algo de ella todos los
 días, todos los días me acunaba amablemente a su pedregal de enterrar.
 Fue su agonia fue larga y respirando a tu lado viví mientras
 tú viviste. Fue ella quien como perro fiel, olfateando tus faldones,
 se fue a tu lado luego de tu enterramiento, se quedó inmóvil, como
 tu tumba, como los perros de mármol de los museos, se quedó
 para siempre en el cementerio.

Al terminar de escribir estas palabras dos gruesas lágrimas habían
 corrido por mi pobre rostro, arrugado, tanto por las
 contracciones del dolor cuanto por las muchas
 líneas que al rodar de los años ha ido tra-
 zando la vida. Una de las lágrimas es
 por la pérdida irreparable de la querida
 ausente. La otra, por la tentación enorme
 que me da el saber que sobre las amadas
 cenizas, siempre triunfante, siempre terrible, cual
 un ángel exterminador con una espada de
 fuego, guardando las puertas de todos los
 amados, en lugar de la gracia, como
 castigo, nos ha quedado el infierno.

De aquí se pasa al capítulo
 Vicente Colosco pag. 52

María Inés
I

Sumaria Capitulo: Al llegar a cada uno de los capítulos o párrafos numerados hay que cambiar de hoja.

Hubo más que en su propia persona la variedad de
nombres había fijado en cuento en nuestras las cabezas.

El decir "vayas" no incluye de ningún modo en esta palabra la parte anterior
o vayas, sino que me refiero únicamente a aquella parte superior, toda que en
las personas suele estar cubierta de cabellos. Por los vayas, las cosas no
se dividieron siempre muy en orden: había narices rubin-
gadas, y si que podían haber sido más grandes, patillas no
buenas largas y alguna que otra boca medio sin gracia. Pero se
se hablaba de la frente, lo que venía después era siempre
un conjunto de variadas maravillas: La cara se le llama-
ba en muchos de donde agarrarse había quien llevaba sobre su frente
una mara e un tirante de seda bronceada; quien tenía la cara
liberalmente enajada de cortinas pulcras y rasas como
arabacas; quien parecía un mismo conjunto de ojo y
el quien le llevaba continuamente sobre la nuca las vayas y
la frente una tempestad de cabellos castaños.

Cuando abrieron las cortinas y vayas, como se contaba
ya, por cubrimos el rostro, se contaban el haber todo el
fiel, no realizábamos quizás un acto de corticia, pero esto en cambio se quisiera
de que realizáramos por intento, en secreto o con otros acuerdos con María
un acto de sabiduría o preferencia. La gente decía, temblaba
e sinceros entusiastas:

- ¡Qué cabezas tan divinas, y todas diferentes! ¡Le parecen
un coro de querubines!

Por toda institución nuestras con suscritos más y más el
 rostros. Ante el alborz, las cortinas, sillas, marañas y muebles temblaban tota-
 nublados, rogando en nombre de los rostros, llegar sin cuento, que en
 realidad no existían. Al explotar así la credulidad y la cre-
 dibilidad del público, nos hacíamos con habilidad, en un instante
 al igual de los artistas e industriales modernos, un
 renombre muy superior al merecido por nuestras perfecciones. Las señoras
 en efecto acababan diciendo:

- ¡Que creaciones tan lindas
 y cuán muy convenientes sin haberlo comprobado. Hana ha
 da en agua de rosas respondía con frase: ¡dichosantes de
 falsa modestia y al final, sin dar a la cosa la
 merecida importancia declaraba esto:

- Si la verdad que tienen el pelo sedoso y crespo. Y han de saber esto
 que es enteramente natural. La única que lo tiene un
 poco menos rizado es Blanca Nieves, aqueña, ya más tersa... pero
 sus crespos... ¡también son naturales!

Las dos primeras frases eran verdaderas. En la tercera me que-
 sísima hana mentía de un modo descarado y enternecedor. Es cierto
 que la pobre comenzaba por enervarse temidamente e se mentera en la pen-
 sión del existencismo, lo cual no dejaba de ser un homenaje a la verdad y es cierto
 además, que como alguien le decía: "el primer deber de toda mujer es el de
 aparecer hermosa". Del esforzarse ella en cumplir por mí, mi primer
 deber, no podía cometerse para una acción reprochable, al contrario. No lo di-
 go por disimularla: su acto era digno de elogio, tanto como
 si se considerara aquella serie de esfuerzos admirables y estudiantos

Tan sencillos por mí que su mentira encubría.
 En lo tocante al cabello, la naturaleza, tan prodiga con mis
 humanitas, se había conducido conmigo, sólo conmigo, lo mismo que
 madrastra cruel, injusta y caprichosa. Pero como había en madre
 la tenía citada a una lucha sin cuartel que se renovaba
 todas las mañanas. Por las tardes de dos a tres la madrastra
 quedaba vencida y burlada. Si venían visitas, quedaba burlada
 y vencida desde las once de la mañana, y mi pobre cabello negro,
 en el cual no creía la más leve sospecha de una suda,
 por virtud del milagro maternal, ante las miradas extrañas, temblaba con
 gracia e hipocresía 'distorsionada' en merendos capciosos, tan enroscados como los
 de Teds el rúnico. ¡y a ver, se venen no estudiara en el secre-
 to, sabía distinguir cuales eran los falsos y cuales los verdade-
 ros!

Mamá sufría por la gran injusticia de la cual era
 y escondida victima. Sufría también por los menudillos engañeros
 que se imponían la tal injusticia pues no era ella persona
 que gustase de mentar a toda hora por uso o costumbre.
 No. Solo lo hacía con entera sencillez y naturalidad
 en los casos en que como éste, la mentira venía a ser indispensable.

Para luchar contra la lisura de mi cabello, mamá des-
 plegaba un ardor y una perseverancia admirables. Sin embargo
 como a todo gran luchador le ella también, la admitía de frecuentes
 el desaliento. A veces, invitada conmigo frente al espejo, antes de ven-
 tar en mi pelo aquella serie de ardores y ofuscos que hoy se enumeran
 aragones por un segundo ardor y perseverancia, con una vez latimer e
 y todo el ^{ya} ~~popul~~ ^{manera} ~~comparado~~ sobre su falda, me hacía en plenos acciamentos este especie
 de reproche: - ¡Pero de donde sacarias tú el pelo tan liso, Blanca
 Nieves, mi leyeta querida?

Pero yo no sabía en absoluto de donde lo había sacado, como
dejándome culpable, me escuchaba tímidamente
respondiendo con la misma pregunta y con la misma dulzura
en la voz: — ¿y de donde lo sacaría, si verdad, mamá?

Se habría sufrido de que yo tuviera el pelo liso, yo
sufriera mil veces más de que ella se enseñara en enseñar-
melo así, contra viento y marea. Aquel immoderado interés por mi
cabello cautivaba entre sus garras gran parte de mi tiempo y
al suspenderse terrible en algunas horas del día sobre mi
cabeza inocente y derondulada, cobijaba mi libertad y empleo.
2) Había mis juegos. A cada rato me parecía ser aquella frase
maternal solemne e inescrutable como una sentencia:

— Blanca Nieves, ven, a recoger los morritos.

— Esta, meridiana, solemne e inescrutable como una
sentencia:

— Ven, Blanca Nieves para hacerte los crepitos

Las dos frases se sucedían regular y diaramente como la revolución solar.

A más de aquella preunción, vanidad y amor a la propia belleza, fueras
muy considerable y a mencionadas, había estado animada
por una fuerza mucho más formidable aún: la fe. Sí, la fe. Nunca creía
en el "sejudo de cadena". Es decir que contra toda evidencia
ella sabía muy bien que la resaca de eficacia de dicho
encadenado se abría por rajar mi cabello en un hermoso crespo y en forma
natural o permanente. Esto me perdía. De alba, de muy arca en la montaña iban precisamente
todas las semanas a bajarle su adivinado sejudo, el cual llegaba con
un resaca a monte y a tierra húmeda, tan grato como amén y a Dios. Dejándolo valiente-

mente las ferias de Landelara. Hamariba a la cocina, lo ponía en una cacerola, le echaba agua, lo hervía y secaba aquel té claro, que durante la preparación de la esliga durante los días, quedaba depositado en un fazzo, hasta el advenimiento de un nuevo bejuco y la elaboración de un nuevo té.

... Era por lo general así, armada con el tayo, el peine y un sin fin de maripositas de papel como solía pronunciarse en la mañana u infuertuna sentencia era inicial el que mi pelo y yo te demostráramos todos los días palpablemente la nulidad dualista del bejuco de cada una. Ella seguía comprobando imperturbable los progresos de unas vidas muy hechas e imaginarias. Y es que al amar un tantito una terna mi dudado pelo, resultó natural que el alma dulce y mística de mi Hamariba se confiara en la mística

del bejuco de cada una. Aquello era en suma una especie de religión y yo era la costumbre copiativa, que ella, al igual de Abraham, sacrificara con valor en aras de mi fealdad.

Me parece que se me exagera un poco al hablar de los ciertos sacrificios que a los unos otros me imponían mis cabellos finidos, o lo que es lo mismo, me arde de apatir humores

Y tengo ciertos culpables. Uno que me ha ayudado besar por ese mundo sin comen a todos el mundo: el dios de billar. He querido besar por el sufrimiento y exaltarme en la comparación de ustedes. En el fondo no merezco tal exaltación. Mi pelo les me imponía sacrificios, es cierto, pero si me los imponía era para regalar

me unos ratos de exquisito coloquio con personajes interminables llenos de bellos feos y de encantos morales. Andando por los adios Senderos de mi pelo les, fue como encontré al amanecer a nuestra señora, la amable pro-

lía. Aunque ni entonces ni después debía yo cubrirme familiarmente con su propio manto, ella me servía ya, bondadosa, desde lejos, y en contubernio, desde lejos también, es la servicia. La muerte y muerte son una dura todavía.

He aquí como surrian las cosas y como a la amargura de la privación sucedían las delicias de una abundancia abundante.

El uso de la una de la tarde, mientras Evelyn se marchaba, nuestras aprovechábamos aquel requies de libertad para divertirnos lo más posible. Frente a la casa, bajo los árboles, ante la distraída vigilancia de mamá, comíamos fuertemente guayabas y frutas rojas jugando al mismo tiempo a la "candelita". Sentada en un mecedor del corredor de la casa, abierta en un libro, con su abanico de hoja en movimiento, mamá esperaba de tiempo en tiempo los ojos y me veía. En realidad, no yo, quien en parecer, la reservaba a ella, con atención e inquietud. Yo me movía, cerraba el libro y quitaba en efecto.

— Blanca Nieves, ven, cá' hacerte los crepes.

Pero Blanca Nieves nunca va. Su cabeza que suele ser la mañana, erizada de claros papillitos, parece una *alcachofa* salpicada de salga blanca, colvica de ársol en ársol pero aquí y allá "una canchita". Nunca esperaba fuertemente que la *alcachofa* se acercara un poco para repetir un vez más allá!

— Blanca Nieves, estás corda? ¡Que vengas a hacerte los crepes!

Como las personas sordas no responden ni vuelven nunca la cabeza cuando se las llama, la erizada *alcachofa* seguía de espaldas a todo correr mordiendo una guayaba e imbrando la

candelita. Namá operaba de nuevo unos segundos para tomar nuevamente su voz de quiza:

(Hasta cuándo me molestará, Blanca Nieves? Hasta cuándo me decepcionará?)

Y cantando melódicamente su decepción se abanicaba y se movía con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento. Era lo mismo que en las óperas italianas. Pero por sorpresa mía y honor de la vezada seducida, la ópera no duró nunca más de unos minutos. Llena de ruidos todos, Evelyn se movió al lugar y arrojando con los vendavales de su falda abrumada de toda candelita, me agarraba de un brazo y me llevaba a la habitación de Namá. Sea que por temperamento nunca me albergaron las aparatosas manifestaciones de la rebeldía, sea que me favorecieran contrarias a mi dignidad, sea en fin que en aquellas circunstancias las fúrgase iniciales, bajo la presión de la mano de Evelyn en firme brazo, mi cuerpo caminaba en suave resistencia.

Pero mi alma independiente, mi alma intangible a quien Evelyn no podía agarrar por un brazo, resistió! Allí se quedaba en suer rito más junto a los arcos, conmoviendo su guayaba y fidiendo su caraculita, mientras me cambiaba malheur larada y muda bajo los mil papeletes, allá en el cuarto de Namá se entregaba estroicamente entre sus manos.

(espacio) (Cambiar letra.)

II

No hay cosas sin espinas" suelen decir. Lo muy cierto. Fiel a este conocido aporismo, llevada a la vida, todos los días, comenzaba por herirme con las espinas, para luego, sorprendida y fery indolente, coger las cosas a manos llenas, y a guisa encantada su perfume ita fectura imágen se renaba día tras día sin que la experiencia se dignara intervenir.

Para peinarme mamá se instalaba en una silla alta, y a mí me sentaba delante de ella en un taburete. Sus rodillas me servían de respaldo y, al hablar nos mirábamos las vestras en el gran espejo frente y cerca de las dos, reflejaba el grupo enteros. Yo veía las manos blancas suslandos en mi cabeza. Empezaban a dudar minutos, cuando un poco más arriba, las cabeceras, empezaban a abitar un viento. Era una costumbre suaguada. El peine entretaba cantando en el pelo ya escarmentado por la mañana, la voz llena de imágenes cantaba entre los labios y pronto, al doble resplando, el alma resagada y tuerca se quedaba queda, se posaba también sobre el espejo. Y como barca en el río, se ayaba llevarse a par el Celato, dulcemente, corruente abas, entre dos vallas de amenos fraiajes. La dulce abas, candilota y las vallas guavabas se quedaban decididamente muy atrás. Mientras del regalo de mamá se iba llenando de papillotes cocueros, mi cabeza florecía en resplandos y mi corazón generoso se iba a bajar de mí, no una sola alma, sino diez o doce para llevarlas todas juntas por tan deliciosos paraísos.

Yo era sin pretensión y unaseguro, que mamá fue un buen poeta. No que el vez de alinear sus versos en páginas impresas, detenidas quisiera a años pesadas, cosa que hacen casi todos los poetas, ella, envece abas sus versos con una originalidad en estrofas de resplandos. Su pedaleo no era detruído puesto que de compañía de mí y mi imagen reflejada en el espejo, pero era tan atento, vibraba tan

al unívoco con el alma de la frase, que el arte poético y narrativo de Irama podía darne fe en muy satisfactorio: su objeto quedaba colmado para y triunfalmente. ¿Qué importancia en efecto el número de los que se acercan a contemplar una ensión? Un millón o uno solo es lo mismo. El caso es sentir que la ensión creada ha sido intensamente compratida y el más bello de los poemas merecía haberse escrito para un solo buen lector. En lo tocante a los relatos de Irama yo era un único, excelente lector o complemento.

Debo confesar que los personajes y sucesos de tales relatos no eran nunca originales. No sabía de Irama sino un encaje en variedad de cuestiones: cuentos de hadas, relatos mitológicos, poemas de Samaniego y de la Fontaine, romances de Arcana, trozos de historia sagrada, novelas de Dumas padre y el terrible poema de Barbardem de Saint Pierre, Pab y Virginia! La frase Irama que por su vida aislada y campestre era bastante "leída", como una especie, escribía como de su estilo su memoria tenía al alcance. Yo me encablaba luego a imprimir unidas al conjunto. En mis relatos de ensión, al hacer revivir como los más notables hechos, imitaba a mis términos espirituales a aquellos personajes que juzgaba más nobles o interesantes. Como nadie decía yo, en mis libros adaptaciones de veía por ejemplo a Noisí venido por d'Artagnan o a la dulce Virginia naufragando tristemente en el área de Noe y salvada de pronto, y a los esfuerzos heroicos e insuperables de la Bella y la Fiera.

La nueva interrupción de mis juegos, o sea, el paso de los

placeros de fortuna a los placeros vivos, resultaba desagradable a mi sensibilidad y amarga en mi alma como ya se ha visto en caso y fugaz mal humor. Era un momento avivante lleno de autoridad. Mientras mi persona se sentaba en el taburete, él dictaba sus leyes y se contentaba en entregar mansamente a Hanna la posesión material de mi celda y era a través de asegurarse la buena moral y absoluta de la de ella. Sus leyes dictadas eran tan terribles como difíciles de preservar:

- Quiero que veas cuatro veces, Hanna, un cuento nuevo, en caso de salir un caballo blanco, pero por mi o hayas contado ni una sola vez.

Hanna se que lanzase a la aventura, buscando en busca de un cuento enteramente nuevo, al cual se le pudiera enganar un caballo blanco.

Otras veces sentí a go el deseo de vagar a paso lento entre aldeas familiares, sumergidas en la melancolía del recuerdo y frecuentadas por nuestros amigos a quienes poder saludar y sonreír. Vigía entonces "un cuento viejo" e impo- nía de Guatemala terribles refrenos, los cuales obedían a los diversos estados o arbores de mi espíritu tenía y cerrados para

entre otros dos cuentos preferidos cuyos principales autores he mencionado ya. Era uno "La Bella y la Bestia"; el otro, mi verdadero favorito era "Sera y Virginia" el otro con otro nombre "El cuento de los dos niños". Gracias al arte de Hanna, en estos dos relatos, la ficción se mezcla armoniosamente con la realidad, presentándose una a otra en un equilibrio perfecto de poesía y realismo. Su imaginación podía correr por caminos fantásticos: venir a sitios en donde apoyarse y

reconocer la verdad. Pablo y Virginia, veriegua, tenían como escenarios de sus tristes amores nuestra misma ciudad Piedra Azul. La cabaña de Virginia se alzaba en una colina denominada "el peñón" que yo podía contemplar desde mi habitación por la ventana abierta del cuarto de Hamá, con solo la ayuda honestamente la caliza. En cuarto a la de Pablo, exigida un poco más allá, dominaba un conqueito de mármol que solo se distinguía ante el corredor principal de la casa. Muchas veces, con mucha calma - envejecidos y media con frecuencia me levantaba un instante para escribir una página al recuerdo de Pablo - y así se iba a la vez con mi espíritu afín de que una mayor interrupción continuase el relato. En lugar de embarcarse rumbo a Francia - taladró ferreticosa de vesura significación, Virginia, llena de naturalidad se iba a Caracas en una caliza igual a la de Hamá. A su regreso naufragaba de un modo doloroso por haber atravesado el río cuando. Difícilmente podía recordar hasta que punto, aquel naufragio fatal me detuviera el alirio. Las circunstancias precisas de lugar surcaban vivamente la intensidad dramática. El escenario familiar prestaba a los hechos el prestigio augusto de la historia. Como gracias así, la colina, el conqueito y el río, eran en adelante de mis ojos objetos venerables a los cuales me dirigía continuamente miradas de devoción y de carino.

Si la Bella y la Fiera cautivaban también mi simpatía y derramaban en mi alma un torrente de dulzura era por razones análogas. La descripción de la Fiera que contaba de rabo, pelo negro, un par de orejas y dos colmillos que daban con los

cuales era bueno a comía carne cruda, venía á ser punto por punto el otro ~~no~~ de "harguesa" nuestra perra ~~lucanosa~~ esposa de hermana mayor llena de bondades á quien todas mis querías más firmemente. Cuando llegaba el momento de decirle la Fiera á mi no se me pasaba nunca el preguntar convida:

- ¿Ea aii, como harguesa, verdad hama?

Hama comprendía la necesidad urgente á mi corazón y la satisfacía generosamente:

- Sí, era idéntica á harguesa.

El amor humilde, modesto y sin esperanza de la Fiera por la Bella me enternecía extraordinariamente. Aquella pasión en la cual mi amistad estaba directamente interesada como ya se ha visto, era tanto más empujante cuanto más desigual y refalta á la Fiera. Por esto rayó el verdadero desengaño del amor me desquadraba y desde mucho tiempo atrás había impuesto sobre el particular como re-ordenar. Permitir que la Fiera se convirtiera en Sirenepe antes de casarse con la Bella me parecía indigno y me parecía además una inmensidad sin nombre para con la pobre harguesa. El noble impulso de la Bella quedaba por otro lado rebajado al nivel de lo común; en una palabra, aquellas bodas principesas y brillantes me venían con anterioridad y de una trivialidad insuperable. Quizás obedecía en esto al sentimiento natural del público que solo aplaude sinceramente el amor, cuando el amor se eleva de ciertos límites de la pobreza á la insignificancia ó á la mediocridad. A las bodas que apadrina la pobreza á público siempre en el alma desbordante de venenos desos y en los presentes que envía suele enlazar feliz y estrechamente, los nobles im-

del corazón y las amargas venturas de la economía. Sobre este particular, repito, aun cuando no se tratara de enviar presentes ni de recibir personalmente a la celebración de las bodas, yo me mostraba indolente intranigente. Antes de comenzar el cuento recordaba:

31

- Pero ya sabes mamá, que la Fiera se queda Fiera con su pelo, su pelo negro, sus vejigas y todo y que así mismo se case con la Bella. ¡Que no se muera Príncipe nunca! ¡Ya lo sabes? Mamá tomada nota.

Es inútil decir que Pablo y Virginia acababan a veces muy bien. Virginia salvada maravillosamente de las aguas caudales, se casaba a menudo con Pablo y eran muy felices. Se daba las circuntancias mi alma sentía un vago, voluptuoso deseo de fumar en la tina dejaba entonces que las cosas siguieran su curso normal:

- Mamá, que llueva muchísimo, que se seque el río, que se abogue la riuista y que se muera después todo el mundo.

Mamá desechada a los elementos y la escena quedaba en frente de respuestas y cadáveres.

II

(Capas) Cuando yo salía del cuarto de mamá tenía la cabeza regada como un borrego y el alma trémula de emociones.

Huyendo de gustos culpables y de carreras molidas me sentaba sola en un rincón afín del rumiar a mis anchas todo el aspecto sentimental. Parece que en tan suaves instantes mis labios se entrecaraban ligeramente y mis ojos se levantaban al cielo en una actitud de estables dulzuras que atraía las bridas de mi lengua violeta y la solitud funesta de Evelyn. Esta llena de interés

hacia mí exclamando sin artículos por supuesto:
— Cierra boca, Blanca Nieves! Ven á jugar con estas.
Y detenia impertinente é infame multitud de jardines, setos,
ellos y pruneras ideales. Pero Evelyn no tenía la más remota no-
ticia de su obra destructora. Las duradas puertas de la vida
interior, para sus ojos avizores, estaban cerradas á piedra y lodo.
Sus brayos vandálicos y vencedores, siempre en lucha feliz con
la realidad, no abrieron jamás los amables fantomas que nos
contagiarán de ensueño y duda (y de neurastenia). Violeta cuya alma
prescrita coincidía en todo con la de Evelyn era á un
tiempo su discípula y su enemiga. Evelyn la respetaba. Antes
que repugnara á desentenderse de su vida se agarrándole autotáticamente por un brazo, co-
mo hacia con las demás, prefería cerrar los ojos de la conciencia, para ser por ciego ó por sordo. Ambos
se enredaban á menudo y de palabra, se iban con frecuencia á las
manos, se comprendían, se temían y se apreciaban. Evelyn que
era en la independencia y rebeldía de Violeta señales de gran inteligencia, consideraba mis-
ma actitud contemplativa como un indicio seguro de imbecilidad,
y pesadamente las acumulaba ó corregía. Violeta, cuyos seis años eran
una piedad, pensando lo mismo, subrayaba mi mal al
llamarme á todas horas "la boabecilla".

Se alquien llevó en su vida un nombre inadecuado
se alquien fue Violeta. Ella y la familia perfumada florecilla
del invierno eran los solos especiosos. Siempre a la, siempre
dispuesta á reivindicar sus derechos y á figurar en primer
termino, desconocía la modestia. En sus ojos brillantísimos
sombreados por una línea de cejas negras, se asomaba atrevido el

... cerca como y en su narcecita chata se abringaba la insolencia cuando no se abringaba la agresión. Tenía la respuesta acertada y rápida. Por el gusto de replicar se mezclaba en pleitos y regaños que no la incumbían. Sabía tirar piedras a gran distancia hacer mareas y subirse en los árboles. Un día la hallaron trabada en tenaz lucha de bofetadas con uno de los hijos del mayordomo y los separaron en el momento en que ella alcanzaba ya la victoria. Al enterarse del suceso mamá se contaba mucho mientras que Papá, disintendiéndose se reía a carcajadas. Yo creo que dentro del cuerpo de Violeta se alojaba el espíritu del Juan Manuel el Deseado, y era esa razón por la cual, él, no podía nacer: hacia seis años me andaba por la Tierra del Buenaventura de violeta. El sufrimiento es envidia tan mal que todo el mundo lo reconoce, Papá el primero. Por eso de tiempo en tiempo lo saludaba alegremente con carcajadas.

Yo admiraba a Violeta en las mismas proporciones en que Violeta me deducaba a mí. Era natural. Yo podía apreciar la humildad de sus pedradas y la elegancia de sus mareas mientras que a ella no le era dado contemplar aquellos brillantes cortejos de príncipes y hadas que tras de mi boca "atenta" asistencia con magnificencia a las voces de Jazay y Verónica. Era ya un hecho a ella, lo que es en nuestros días cualquier poeta respecto a cualquier canción de amor, la matación o el bosque: nada. Pero mi furor de susurrida y apacitada y nueva tenía su encanto. Mis encuentros limpos de todo aplauso, asediados por Violeta y desahogados por Nelson, al igual de un arbor.

te después de una pedreguera con más abundancia y mayor intensidad.

Un día conocí un sujeto muy rico que iba a dejarme por sus actividades de heridas y cubiertas de humillación.

Sea por generosidad imprudente del alma que quiere regalar sus riquezas é in-
 ortar a sus banquetes aun a aquellos que merecen lo merecen;
 sea vanidad o ambición o de sentimiento atormentado por
 culpa y tanto admiraba, es el caso que un día, el aman-
 do aparte a Violeta; te anuncié -- que iba a estarle un cuen-
 to; que me atenderá un instante y vería entonces, que
 tanto delirio le proporcionarían más palabras. Alena de
 despectivos y de condenación Violeta se dio a entender. Es
 cierto que el alma postrada no está llamada a salvar
 la fama, ni a descubrir la utilidad superior que encierran las ciencias
 las ciencias, pero ~~se~~ también yo, por me cado, exageré demasiado.
 El logro de sus aspiraciones que se dan a sus intenciones
 a fuerza de serviles manjares y vinos, y vinos y manjares
 yo, y agobio la flaqueza humana que me paró
 Violeta. Fuese delumbra con mis dones y le di un su-
 as la generosidad me perdio. En el cuento que improvisé
 en honor suyo -- había de todo: hadas; varitas ma-
 gicas; animales parlantes; el dan y tra; el diablo uni-
 versal y una fiera que siendo siempre era al mismo
 tiempo nuestra negra y quotidiana haragana. Lo peor de
 todo era, que tantos y tan divertidos hechos habían tenido lugar allí mismo en
 una Aljube, la noche anterior. Después de venir un rato por

indulgencia & cortesia, el exivente utilitario de Violeta que se orientaba al instante, se un modo admirable hacia todos los poetas & poéticas, no puede aguantar más. Me contó imprudente la palabra y me dijo con el grito consuetudinario que se necesitaba ser muy necio y muy bocaciverista para no comprender³⁶ que todos aquellos eran puras mentiras inventadas por Iramá en el ~~momento~~ objeto de que yo me quedara quieto como una tibia y poder así hacerme los versos a su sabor. Que ella, en otro lugar había arreglado las cosas desde muchos tiempos atrás, dándole un buen empujón a Iramá en la mano si ésta

hubiese venido a las espaldas del fuego o un acertado puntaje al saqueo ~~tramo~~ del busto de cadena. Que así las cosas, al momento de la publicación de los versos con los errores y los errores, y al conocer tales ideas, Violeta se dio a su retrato de un modo tan sobrio como como de modo de falta la nota.

Ante aquellos versos que habíam escrito y embudo. Ocurrió hacerle ver, como sus famosas pedradas hacia las puertas, yo me quede muda sin saber que contestar, lo no esplicar en efecto al alma sabaje y neofita de Violeta el placer altísimo que encerraba el mundo de los símbolos ~~cuando~~ cuando yo misma lo olvidaba tras los días? Humillada y pobre de vapores apte por recoger mis versos en silencio. Mientras tanto, Violeta, poseída en un solo pie como una gacha, se abajaba saltando y remedando en musca, para mayor escar-

mo, el estribillo de, ~~por unito~~:

- Una era una Blanca Nieves... una era una Agua Azules... otra era una bocaciverista...

En adelante cuantas veces mi corazón debiera ante la necesidad necesitó expansiones fáciles a buscarlas modestamente en la fácil atención de Lirielia y de Rosalinda mis hermanitas menores. Siempre menos brillante era aquel un pueblo lleno de suavidad y de indulgencia. Si sus aplausos no cobraban de un todo mi ambiente, me abanzaba seguro de salir satisfecho, o por lo menos, de salir vivo.

(espacio)

III

Como consecuencia de los mencionados discursos, discursos y sacrificios con que había encubierto mi pelo gris, yo había acabado por explicar sobre las hebras de mi cabello mi carácter moral, el cual, como el de toda mujer honesta o buena, era sólido y eterno. Mi pelo en su forma natural no se afeitaba sin encubrir, resultaba a mis ojos una especie de decoreo, y si yo veneraba mis vejes era solo por poder, aun cuando ustedes no lo crean. Para mejor explicarme dire que gracias a los pensamientos que sin ella sobrelo me había merecido mamá, a los cinco años, mi honor, contra lo establecido, no dependía de ningún otro lugar de mi persona sino que dependía de mi cabeza. Allí había echado mis raíces, allí vivía, allí se multiplicaba un año y fuere. Llena de virtud y los hebreos referidos hebreo me hasta la muerte. Animada del mismo sentimiento sagrado había por mí repetidos y hebreo repetidos aun más que yo. Voy a demostrarlo.

Un día Vivita y yo fuéramos juntas. Como de costumbre extendiendo sobre mi dulzura de depositos, me había llamado ya hebreo, hebreo hebreo, y varios epítetos más, cuya atenuada mala intención, al no tocar al honor, carecía de importancia. En un momento dado viendo que yo, por no sé que circunstancias, no me sometía a su gobierno en forma rápida o absoluta, contemplé con insistencia la frasca bandada de papeletes que había acabado de sembrar en mi cabeza y acompañando las palabras con una sonrisa de superioridad me dediqué a

expresión hasta entonces desconocida e inédita:

- ¡Haría monitos!

Quince. "indirecta, esta si era una ofensa a mi honor. La recibí como patigazo en el rostro. Entre el ultraje, tremula de dignidad y de valor, abaní unos pocos, miré a Violeta de frente. Tratando de desahogar ofensa por ofensa le dije arrogante y sofo:

- ¿Yo soy Haría monitos, Violeta? ¿Yo soy Haría monitos? Entonces tú sí eres: ¡¡ Haría cuepitos!

Naturalmente que Violeta, por desconfianza delto una gran cascada. Y volvió a rayar. Como insulto; podía darse nada más inepto que Haría cuepitos? ¿Cuándo para obtener esos mismos cuepitos se necesitaba tanto monito, tanto cuento y tanto besos de cadena! Era como si una persona, obligada a ganar el pan con el sudor de su frente al pelear con una rica de incultura diciendo: Haría millones o Haría hacienditas. Su pobre cuento con cuepitos no valía nada. La boricá expresión con que mi rostro lo había acompañado, contribuyó por contraste a hacerlo todavía más poca cosa y más despreciado. Violeta lo comprendió así. Pero su aguija era insalvable! Me debrutó no le bato. en lugar de callarse volvió a la carga y repitendo:

- Haría monitos!

Se atrevió a añadir sin ambages:

- ¡Felo liso!

Y agarró sacrilega uno de mis papeletos cuyos frágiles alas de mariposas quedaron entre sus dedos. Pero, ay! desvalentón el día en que el tímido dice "¡aquí estoy!". del me mi papelete volado, am-

Empujada de un furore sacrocanto, con gran sorpresa de Violeta, me lance como un relámpago sobre sus cuerpos y los agarré de raíz a manos llenas. La cabeza inerte y despresionada se cundida en todas direcciones trataba de desahucarse inútilmente buscando entera defensa, las uñas de Violeta se clavaron a ciegas en mis mejas, pero ya, sin extrañar los cuerpos por renegar las uñas la mandé, con el cuello de las cosas, estrechamente enlazados iban mordidos fellejos. y sacudidos cuando uno de los cuatro pies restaba, arrastró el cuerpo entero en el restablon, la cabeza mas al suelo y siguió en el suelo hasta dar en un barril porque había llendo y la uña tenía lugar frente al corral de las gallinas.

Cuando nos separaron estábamos cubiertos de barro y teníamos susudados en sangre ella mis dientes y ya sus uñas. Trelon nos levantó del suelo, nos tomó a cada una de la mano y distribuyendo por partes locales sus reprensiones y verdades nos lavó, limpió nuestra conducta y nos cambió de ropa.

Cuando entera de lo ocurrido llegé a mamá, nos hallábamos ya con los vestidos limpios y ya por mi parte comediando mi hambre lavado en la rejeta como mis brazos y piernas acababan de serlo en la palangana, me sentía inclinado a una reconciliación. Mamá, habiendo como con Trelon dijo que nuestra conducta la avergonzaba y la entristecía, las cosas no hubieron pasado de ahí, como ya lo he dicho: la agravia o apesadumbró lo de Violeta no comencé imites si yo se quedaba me daba por satisfecha ella la ofensa no tuvo a bien recar las hostilidades. ¡Ella y su agravia iba a costarle cara! Dirigiéndose a mamá, en un tono de víctima, cosa que oígia urgentemente una nueva discusión, dijo:

- Mami, mamá, mira, como me clavó sus dientes aquí, lo mismo que si fuera un perro bravo.

Y enseñó la media luna caridiosa que se dibujaba en el

a un lado del cuello. Y tuve naturalmente que replicar:

- Porque ella, mamá, mira, me encasó las uñas en mis dos cejas.

- ¡Eh! porque ella antes, mamá, me agarró mis cejas y me sacudió como una dialla así... así... así...

- Pero fue porque ella, me había visto uno de los papales que tú, mamá, me enseñaste en mi caleyá con tantos trabajos, y me dijo había moñitos mamá, y me así después pelo es.

¡Eh! Santo Dios! ¿Qué fue donde comenzó el drama! El día mi última frase, demudada y dolida, mamá se volvió hacia Violeta tartamudeando:

- ¿Se... te... te dije que tenía el pelo liso?

Y asumiendo el tono sublime de la tragedia exclamó:

- ¡Ay! Violeta, tú no tienes corazón! ¿Qué me duele! ¿Qué me duele! ¿Qué me duele!

Hiciera una cosa inusitada: mamá que en su vida no había querido aumentar la teatralidad del tono, y con la solemnidad del juez que dicta una sentencia terrible dijo esto:

- Ahora, fraya que no seas maluca y para que no seas cruel con tu hermanita orenor te voy a castigar; ya lo sabes? te vas a quedar sentada una hora entera, recta por el reloj; ¡así orenor!

Mamá extendió el brazo y como se fue la estatua viviente se quedó señalando en un instante. La cuspide de un escritorio escritorio cuya altura en relación a la muestra venía a ser muy respetable.

Las tres cosas resultaron a cual más espantosa: la "hora entera" la altura del escritorio, y el brazo extendido de mamá.

Como casi todos los diputados y matanceros, Violeta en el fondo era una tibia que atenuaba su debilidad muy hábilmente tras una falsa reputación. El tono de mamá y su brazo extendido eran de una teatralidad para asustar a cualquiera, no lo es.

niengo, pero de todos modos, Tisleta, me estuvo á la altura de su fama me supo dominar la situación. Mientras creaban las voces de fama discutaba la sentencia, Tisleta, espantada é ida por los aires, olvidó toda dignidad, mandó al diablo su célebre rebeldía comenzó por abrir una boca de desmesura, que se fue ensanchando, ensanchando, hasta que ya, instalada en la cumbre del mueble, presidiendo el auditorio, angustiada de derecha y de izquierda presumpción:

¡¡¡ Claaaay !!!

Y el cuarto empezó a retumbar ante los golpes de dolor. Era como si la hubieran sentado en unas bridas y como si allá en las alturas una mano invisible le estuviera aplicando algún tormento.

El reclamo de tan desagarradoras lamentos la habitación comenzó á llenarse de espectadores. Todas las personas de la casa vinieron acurrucadas ó curioseas á averiguar lo ocurrido. Llegó primero Aurora; detrás de Aurora, cogidas de la mano, llegaron Estrella y Rosalinda me querido auditorio que nunca se separaba; una á una fueron llegando las cargadoras ó lestadó mayor; luego después Lita y María, luego Tisleta, empujada por la multitud, llena de majestad é indiferencia. Llegó Marquessa, llegó por fin Lura Fern en brazos de su criada, llegó en una palabra, todo el que podía llegar. Solo faltaba Papá que se encontraba en el Arschule y Candelaria cuyo malhumor la tenía generalmente amarrada á su fogón como al perro la cadena corta. Aquel drama nunca visto, ustedes no lo comprenderán quizás, era terrible. Tisleta, exaltada

en su trono de ignorancia, se entregaba los ojos con las dos manos cerradas, las lágrimas rodaban abundantes y una boca inmensa en la cual hubiera podido caber todo el dolor del mundo, se abría, arrojando gritos en sus decedores y mostrando sin amor propio y sin pudor hasta lo más hondo de la garganta el grito de un venturoso aumento de un modo ^{verdad} la intensidad del drama. El suplir al hacerse púbera

temata el caos humillante de la degradación. Puedo decir con entera propiedad que en aquel día trayero consigo todo el haber de los autos de fe. Hanna, instalada al pie del secretario o cada cosa por asombrada una actitud malquerida se había puesto a tejer. De tiempo en tiempo levantaba la cabeza y repetía incesantemente:

¡Aunque quites y más quites, una hora entera te vas a quedar ahí!
 Los gritos se prolongaban.

El auto de fe seguía en curso cruel. En su insolencia Hanna era ^{de} gran inquietud; volaba el verdugo; y el infame delator y fisco de la cuadrada Violeta, el pobre hoye que se abicharraba ante las Comaradas ^{enfrentado del} público, cumplía también y también verdugo. Y recuerdo la parte que me correspondía en la tragedia, y mi corazón lleno de remordimientos sufría las vestes. Sentí una ternura enorme hacia toda la persona de Violeta. Sus pobres zapatos flamantes recién mudados por Evelyn suspendidos y resignados en el vacío como dos aborrecidos, destilaban dolor ante mis ojos; sus rodillas ^{me} parecían unas huérfanas abandonadas; el recto de lino, las puntillas frías y usadas de los pantalones, un botoncito, aun sin abrochar sobre un pecho, eran objetos miedos que iban acrecentando mi conmiseración, aumentando aumentando mis remordimientos, hasta que por fin, mis ojos, al fijarse

más arriba, descubriendo una cosa espantosa y ya no pude más. El compás de los sellos de Violeta, la media luna, cardenas de mi mundo, subía y bajaba sobre su cuello mientras redimido por las lágrimas, y lo veía, ya no pude más: me acordé el remordimiento. Yo también abrí una boca enorme, y también levante el pie para dar salida a los sellos: que se atropellaban, y también, me puse las dos manos cerradas en los ojos, y yo también presenciaré en todo el día de mis sentimientos de mi arrepentimiento.

-¡¡¡ Aaaaay!!!

Aquello era un golpe terrible enteramente inesperado. Todos los ojos se fijaron en mí como si yo fuera un objeto extraño. Me dirigí a una ventana y me quedé mirando la noche en silencio con gran sorpresa. Para volver a decirme y creo que un tanto conmovida a algo la cabeza de un árbol por donde me preguntaba con fingida impaciencia:

-¿Tú también? ¿Se puede saber por qué lloras tú, Blanca Novena?

-¡¡¡ Aaaaay!!!

Contente y en eso con Violeta. Hacia un silencio sobre a su cabeza y me empezó a comprender que se obra la sobrepasa. Su frente se elevaba como una montaña, subiendo como la mara o advenaba de un mundo con tejidos y todo. En efecto, al verme llorar a mí, con tanta de comprensión, claro na, la dulce Aurora, cuyos siete años ~~eran~~ estaban impregnados de maternidad, se puso a llorar en silencio. Viendo que Aurora lloraba, Estrella y Rosalinda, por simpatía de imitación y por amor a Aurora comenzaron a llorar en las dos frentes a gusto huido. Ante aquella epidemia de llantos tan trágica en el fondo, como cómica en la superficie.

Todas las sirvientas se pusieron a reír. Era a cual más se torcía y más se
 enciende de la risa. Cumentado así el cuerno, el uso de nuestro llanto arrojó. Entre tanto
 una flor, del fondo de las sirvientas, girada a la risa de su creadora,
 batía el aire con sus puños cerrados, saltando, gurgiendo y babeando
 de regocios, mientras la gruesa moza se había olfateaba ca-
 rita a derecha e izquierda a fin de averiguar la causa de tanto dolor.

El baxillo era terrible. La una a propósito parecía ser - como
 por ciertos - segura que también ella tenía unas y unas
 dolencias de romper a llorar. Inútilmente, su obra descomunal la des-
 pacaba. No tenía ya mas remedio que maullar dentro de
 su jirina, y naufragó en efecto, pero naufragó con elegancia. Dominando
 la enredada gritería de las sirvientas y de las risas, se oía

hablar a alguien, diciendo:
 - El sol brilla, si ya pasó la hora. Ya debe haber
 pasado,

Y giró un ojo, cosa que vimos todas muy bien a través
 del cristal amarguísimo de nuestro llanto. Coexistió unos segun-
 dos y se giró diciendo:
 - Ya pasó.

Ya pasó la hora - tuvo que gritar había para vencer el tumulto - ya
 pasó. Pero fue como si no hubiese pasado nada. Entre gólos a la volubilidad
 del llanto que crece a cada aliento a gran velocidad nadie tenía en deter-
 mino: como todos vertían su encanto. ¡Ah! pero había sabido atravesar las multitudinarias. Señal de
 felicidad retrocedió unos pasos hasta llegar a la puerta del cuarto, extendió sus dos brazos sobre la
 puerta y con la voz potente de los buenos va a decir así: ¡este recurso supremo!

Ahora miradas y oídos: la primera que llegó hasta aquí en
 se viene a bañar conmigo en el chorro de la molinera que van a lavar

¡a, porque son las ruse!

¡Santa palabra! El llanto general se volvió general repulido.
Los niños aun empapados de la guerra y aun temblando de sollozos,
exclamaban atropellándose los unos tras de los otros:

- ¡y la primera hamaca, y la primera!

Y todo el mundo pegaba pegarse a la bata de Hamá. Trató de agarrar
en efecto una de las primeras porque su espíritu inquieto
desentaba el rencor que es un atrevido, y porque tal era el
prestigio del "cheverón" aquel mundo de agua que cuando nos
hacía ya falta en el trapiche, se venía a toda carrera
como un voluntario, se arrojaba en un ataque bramando
y atropellando a los otros, xamab, fuertes voces, ruidos, hamá
Orchylon y cuanto se le presentara al paso. ...

América 19 Septiembre

-52-

(79) Sr. 26 Set

Vicente Colosco.

I

Las debilidades deficiencias ó imperfecciones de mi alma, como las de casi todas las almas, son bastante numerosas, lo reconozco. Ellas me rodearon regodeadas y en Atrapel durante mi larga vida tal cual es de una fractura, su piel cubierto de vejigas. Antes que conducirlas yo á obos, me dejé conducir por ellas á través de los años con sumisión y dulzura. Encarriadas así con mi persona ninguna llegó nunca á desearmiarse: aquí van todas.

Una debilidad que á penas, á penas, asomó su cabeza en mi usario, es aquella contradicción que designan hoy con esta palabra de origen anglosajón: *embesment*, y no soy ni he sido embes, sino acaso una que otra vez como indolencia y vergano.

Como tal debilidad es el apujal cabo una gran fuerza, el no me supuestigo muchísimo en la convivencia con de las gentes, las cuales, los buscan y escaltan al que bien sepa ablastar el peso de una vanidad aparatosa y estéril. Por causa de tal inferencia ó de seriegio, sumo á las debilidades, poco á poco, han venido sumandose los fracasos, los cuales, me se también con cierta fidelidad y con reguip un tanto vivinos. Yo no los reniego. Sabien mi espontaneamente. De igual de mis hijos y otros nietos son mi obra y son mis descendencia; que me sigan siguiendo y que Dios los bendiga a todos.

80 Este escrito es para decir á ustedes que siendo una anti-embes con la vida separada de modestos fracasos, no me

averigué de presentarme en público y al lado de personas impresentables
o mal vestidos. Acabo de hacerlo, sin que ustedes lo sepan, al encabezar este capítulo
con: "Vicente Cochocho", quien lo confieso sin ventajas, andaba peor que mal vestido,
puesto que casi no andaba vestido. Perdóname. Sencillamente indulgentes que las personas más
impresentables son generalmente las más interesantes. Yo creo que
el cuerpo suele adormarse con deterioro del espíritu. Es una
convicción cruel que profeso con triteza pues me duele muchí-
simo el pensar que la amable, la divina elegancia del
cuerpo, es una ladrona linda y vel que para bien adorme-
se dejó el alma sin robar ni pan, sumida en la miseria

Ue, peor que mal vestido, simple persona de Piedra Azul, sin
derechos de medianería, buques, ranchos ni rucos, Vicente Cochocho fue uno
de los amigos tutelares de nuestra infancia. Lo repito: siendo una anti-
má no puedo dejar de presentárselos; sería una inconsecuencia además
sin su presencia el cuadro de mi infancia quedaría mutilado e incompleto. Hace
más de sesenta años que sus pies descalzos, negros, cortísimos y abiertos en for-
ma de abanico nos hacen flexionar el ramo de sus unos dedos sobre el polvo de este mundo, pero su
memoria queda y oscura, tan digna de la gloria, vive con
honra en mi recuerdo. Aquí tiene su calle, su eta-
reta y su mausoleo. Los mereció por su valor y virtudes al igual de los más grandes
de la tierra. Se muy bien que pasará algún día; también pasan las ciudades!
entonces, y sólo entonces rebultada entre otras ruinas su memoria oscura
conmigo.

Cochocho no era un apellido, era
un apodo. Nuestro gran amigo tutel de Vicente ni calzaba
zapatos ni calzaba apellido. Cochocho, perdóname otra vez, quiere decir
piezo, pero un piezo tan apreciable que me seguiré se

encuentra en el diccionario. Para dar con él había que ir hasta los llanos de Venezuela o buscarlo con frecuencia entre la piel o cueros del ganado, no sé bien. Y nunca lo vi, pero a juzgar por su homónimo Vicente que le lleve el nombre con la misma naturalidad el nombre aunque ciertos grandes llevan sus títulos, en cocheco, debe ser sencillamente: *cocheco*, *el*: me acuerdo Vicente, no te ofendas por esta deducción en la frase tu abuelo, acuerdate que fue tu arte y tu más alta gloria la de haber embellecido la fealdad!

Vicente, que era grande por la bondad de su alma, no podía ser más pequeño en cuanto a estatura física. Se pensaba que tenía unos cuatro o cinco dedos a durara, quien, desde sea con futura, era alto para tener siete años. Ambas dimensiones, la del cuerpo y la del alma, lo acercaban a nosotros que éramos pequeñas de tamaño, y que siendo inocentes buscábamos la bondad naturalmente por consonancia o imitación a la armonía.

Una circunstancia imperiosa de orden material, contribuía también a unirse con Vicente: era la frecuencia del trato. El punto "oficial" por decir así de Vicente Cocheco, era el de paleador de la acequia. Quiero decir con esto, que cada dos semanas pasaba cuatro o cinco días metido en el barro hasta más arriba de las rodillas, con una pala en la mano, amontonando a uno y otro lado de la acequia grande, cuanto sedimento hubiese depositado el agua de dos semanas. Como tal cosa tenía lugar lejos de la casa, durante ese lapso quincenal, Vicente se eclipsaba a nuestros ojos. Pero el resto del tiempo sus variados quehaceres quedaban adheridos a la casa y a sus dependencias. A veces, muy raras veces, "emburraba" caña en el trapiche. Ha-

lía que veía entonces empujando en un tramo para poder alcanzar al igual de los demás emburradores la marcha lenta de los tres cilindros. Siempre alzaba y los cilindros, sin decir muchas gracias, desorbaban majestuosos la canción con tanto esfuerzo les daba a comer Vicente. Pero repetito, esto no era frecuente. Quehaceres más consusos con su estatura a lo tenían realando casi siempre alrededor de la casa.

Generalmente, era Vicente quien ayudaba a limpiar la caballería y curaba los caballos y las vacas enfermas; era Vicente quien enviado por mamá se subía en los árboles del huerto y cogía las frutas en sazón; era Vicente quien salía con el burro montana arreba o colligón abajo a buscar leña, hojas de plátano para las hallacas, hojas de maíz para las hallaquitas, bejuco de cadena para mi pelo, líquenes, aguacates, papas o cualquier cosa que se necesitara de improvisos en la cocina; era Vicente quien remendaba puertas y alambrados en el corral de las gallinas; quien cazaba de noche los xabopelados; quien armado de una hacha y una pala cavaba un hoyo en el huerto o en el jardín si es que Papá decía sembrar una planta nueva; era Vicente quien gobernando las aguas al igual de Tepetum, con las pies apoyadas en uno y otro borde de la represa, levantaba la compuerta y como quien mata una fiera, decataba el espléndido torrente del charreón y era por fin Vicente, quien, en culellas, adhiriendo el pico, lo mismo que en común al ganado, con el rucillo puntiagudo que solía cejar en la cintura, arrancaba pacientemente las briznas de hierba que crecían o tomadas por entre las piedras bajas y pedregos de los curidos y patios de Piedra

Agul.

Cuando Vicente Cochocho descubrió las cajas recogidas en cuevas, veles desde lejos, era lo mismo que ver un sapo en el momento en que ya va a saltar. En su cabeza enorme chata y circular se alzaba humildemente el indio con el negro, cada cual en su puesto, con mucha mansedumbre, sin nunca decirse malosentes en alianza contra el blanco. El pelo de la cabeza donde mandaba el negro, era un maldito colchon lanudo, mientras que el bozo, dominado por el indio, era tan ralo, tan tieso, tan poca cosa, que mientras se acercamos con cuidado (esto era original de Vicente) Vicente Cochocho, bigotes de cucaracha.

Segun parece, Vicente, quien al igual de los sapos y de los cocleados no tenia a simple vista edad ninguna, era viejo. Sus piernas curtas y torcidas siempre en trato. Timo con tierra y agua siempre desmenuadas hasta la rodilla, siempre se pisadas de barro, no daban impresion de sujecion y desecado, ni podian inspirar asco. ¿Son sucesos los helados que besa la corriente y epobosrea la tierra? ¿Dan asco las raices que se arrastran al nivel del suelo entre el pobre hermano y la lluvia santa?

Pero Evelyn que entendia las cosas de otro modo habia declarado que Vicente era un ser inmundo como del mayor asco, que siendo el ya de por si, un feo, debia tener la cabeza cundida de ellos, y que por consiguiente no debiamos acercarnos a su persona en ninguna forma y bajo ningun pretexto. Truful es decir, que nuestra adhesion a Vicente Cochocho, epobada en por la persecucion y realzada por el

atributos inmensos de la bestialidad tomaba incremento a todas horas; ¡Qué vale en efecto un amor que no se contenía, y que una mitad de por la cual no se le luchado! El
 también que de ojos a Vicente cavando en el jardín, o en cuclillas, deshojando el pato,
 corriendo todas y no rodeábamos de cerca con pasión. Entonces
 el más mínimo de sus movimientos, la mense de sus palabras,
 interesantes ya de por sí, amenazados por la intromisión
 policial de Evelyn, adquirían un valor y un precio extraordinarios.

En el fondo, hoy lo comprendo, la guerra a muerte que Evelyn
 declaraba diariamente a nuestros queridos Cochecos tenía por
 base un complejo y profundo odio de raza. Por eso era encarrigada
 y sin tregua. Evelyn que tenía dos torrentes de sangre blanca,
 maldice al con ellos su tesoros de sangre negra. Cómo no le era
 posible maltrato — su negro en ella le pasaba por encima y lo maltratada en él.

A cada instante trataba de empujar el prestigio de Cochecos en el
 ánimo de sus presentes y sea en nuestros ausentes, pero sin éxito ninguno, ni por palabras, ni
 resultados invariables. No perdía ocasión, si una de nosotras se había dexa-
 riado en el vestido un plato de sopa o una taza de chocolate, Evelyn desape-
 rada contemplaba un instante, a la manchada y la reprendía así:

— ¡Eh! — Por atolondrada y por no poner cuidado estas ahora suya; como Vicente Co-
 checo el chocolate o la sopa, nuestros amor a Vicente, más de dos o tres grados.

Si tenía lugar una de esas acciones reprochables que indican falta de
 cortesia o cultura, al punto, echándose con la culpable, Evelyn interro-
 gaba sarcástica:

— ¡Tan lindo, es tan bueno, lo aprende no es verdad con Señor Don Vicente Cocheco!
 Nuestro amor excusa.

Si nos hallaba de improviso rodeando a Vicente en pleno patio, se precipitaba sobre nosotros
 arreos de amor y lo declaraba preguntando con una discusión terrible en la cual pedía
 con las ofensas:

— ¿Qué le dicho ya más de mil veces? ¿Qué está prohibido aquí siempre?
 Vicente sabe muy bien lo que está prohibido aquí siempre y lo

que se le daban ya más de mil veces. Sin embargo, ante el regamen no
 se alteraba: continuaba presente con su cuchillo, aransa que aransa la
 tierra terca. Su alma ya lo ha dicho desconocía el odio. Sendo
 casi del mundo de los vegetales, aceptaba sin quejarse las in-
 quietudes de los hombres y las injurias de la naturaleza. Flun-
 dido en la tierra y adheuido a las lajas, zabi-
 rreando o no, seguía como buen vegetal dando imprudente sus puntas
 y sus flores.

II

Acusar a Vicente de falta de abito o limpieza
 podía faltar, era una cuestión de apreciación; acusar de bueca
 terca era a todas luces una injusticia. No era posible
 ser más cortés. Solo que Evelyn en su intranquilidad ingé-
 lita y puritana era incapaz de apreciar el refinamiento de
 aquella corteza rústica. Nosotros sí. Ni ella, ni mamá,
 ni Papá, ni nadie eran tampoco capaces de apreciar el
 buen sabor a español noble y añejo del vocabulario que empleaba Vicente.
 Nosotros sí y porque lo apreciábamos lo usábamos. Evelyn nos
 decía asegurando severa que hablabamos vulgarmente; también mamá
 nos corregía, pero ellas no tenían razón, la razón o suprema
 buen gusto estaba de parte de Vicente y de parte
 nuestra. Solo muchos años después, pude comprenderlo bien
 leyendo a Lopez de Gómara, Cieza de León, Bernal
 Díaz del Castillo y a otros autores de la época, quienes vinieron a América
 y legaron generosos de viva voz el español que usaba Vicente, tal cual se usa en muchos
 santos, socos, y comidos, que se ha heredado en buena ley.

Cuento de Papá

Vicente decía, como en el magnifico siglo XVI: ansino
era lugar de así; tenge el lugar de traje; aguar

entre las matas. - Dejó de ser un acto vulgar, el escupir con el codo, era en Vicente, una demostración de respeto y sumisión. Fijó lo había al dialogar con sus iguales. Por lo general, indistaba por la humildad. Cuando se hallaba en una situación difícil interrogado por Papá, mamá o primo Juancho, se sacaba la cabeza delterando y ¡pist! como una flecha, sin a penas mas en los músculos del rostro, sin jamás encucuar en donde no debera, con una puntita admirable, escupía. Esto seguido daba una respuesta llena de abersio y discrecion.

El trato con Vicente Cochocho nos iba aumentando en filosofía y en ciencias naturales como ningún libro o profesor hubiera podido hacerlo. Su espíritu hermano por la sencillez, fuerte por la experiencia, estaba adornado de conocimientos amenos que corrían facilmente en su interacción hacia las nuestras con la naturalidad de un arroyo. Regresado y claro. Mientras lo asettáramos a preguntas. Casi todas tenían esta partícula interrogativa: "¿ah?" sobre la cual apoyáramos toda la fuerza de nuestra curiosidad y que cambiaba de lugar según la frase:

- ¿Por qué has guayabas verdes y guayabas amarillas, Vicente, ah?
- ¿Por qué las culebras hacen tal? Vicente y las anguilas no?
- ¿Por qué los galletos saben pelar Vicente, ah? y no saben poner huevos como las gallinas?
- ¿Por qué Vicente Cochocho, Topocho, xelochos, bigoteros de cucaracha, tú no tienes tu casa de teja como los medianeros; ah?
- Para dar la razón de tanta costa, Vicente impregnaba sus respuestas en la incógnita filosofía de la religión.

ción. De las anguilas decía:

- Porque ellas son buenas y se defienden resistiéndose sin matar a nadie, por eso las buscan y se las comen. A las culebras le tienen rabia pero ninguno sale a buscar de fieros malos que son: las respetan.

Del gallo decía:

- Porque tu como es de boboso y no le gusta oficio que no sea mandar en jefe. ¿No te ven el gobierno en la cresta?

y de sí mismos:

- Porque nació para pobre. ¡Quién ha visto perro negro con casa de teja!

Papá había vivido y gobernado en Piedra Azul desde su más temprana edad. Él como el hijo de toda la hacienda. Nosotras eramos las nietas. Los hijos lo llamaban Papá el Viejo Juan Manuel, o el Viejo Juan Manuel. Los señores lo llamaban Don Juan Manuel. En cuanto a nosotras, siendo a un tiempo nietas y princesas de Piedra Azul, se nos trataba de tú, y como si fuéramos infantas de la corte o de Aragón, teníamos este título largo y sonoro, digno de figurar en las rotulas de Jorge Manrique: "Las Seis Señoras de la Casa Grande".

También cuando nos daba tratamientos de tú, presunta de nombrarnos, en señal de burlarse, no decía niña, ni nina, ni senyeta, no, decía: Señor. Tú y Señor. Lo mismo que si se dirigiera a Dios. Por ejemplo: cuando estaba en el burro cargado de legumbres, de frutas y de hojas de plátano, nosotras corríamos hacia él agobiándolo de preguntas y reclamando encargos. Él iba respondiendo:

- Sí Señor, clereca, si te traje tus manojitos de bocado

Aquí vienen.

- Si Señor, Blanca Nieves, te conseguí el conijito blanco. mañana te lo mandan con fauna y todo.

O de pronto:

- No Señor, Virelita, no le pegues al pobre burro, mira que él no te ha hecho nada.

Definitivamente podré explicar a ustedes la suma de materias expresivas que encerraba el hablar de Vicente pronto que tres materias no estubaban en los vocablos, estubaban en el tono. ¿Qué es una frase sin tono ni ritmo? Una muerta, una momia. Ah! hermosa voz humana, alma de las palabras madre del idioma, qué seca, qué infante eres!

Cuántas veces los tratado de explicarles aquí como hablaba Vicente y como hablaba mamá, aquellos dos polos: el extremo de la rusticidad, y el extremo de la esquisitez y "preciosismo", uno más ritinado que melodioso, otro más melodioso que ritinado, he tenido que contemplar con tristeza la miseria realizada por mi buena intención. La palabra escrita, lo mejor es un cadáver. ¿Por qué en este siglo de los grandes inventos y de las magnificas invenciones, los escritores no han hallado aún el modo de decir a un cadáver: "levantate y anda"? Hay que todo es algo bullisio en la República de los vivos, hoy que el genio y la extravagancia van siempre bailando juntos, tan contentos, cómo no han hallado el modo de deportar un muerto? Si ya fuera involuta "de genio" (dos humores expresivos) impondría la siguiente

...sacia la noche: antes de comenzar un diálogo malquero tendria siempre un pentagrama sobre la
 yema. A la izquierda como de costumbre: clase tons y medida, luego los volapues con notas
 y accidentes; abajo el texto: lo mismo que para el canto. Con un
 poco de solfeo que supiera el lector no tendria sino que tomar
 el libro en la mano izquierda leer y copiar con la
 derecha canturreando y ¡¡ luto !! El personaje habia
 hablado de veras.

Acabo de darne cuenta de que estoy ideando una gran tortura. Por
 diemela. El escritor que tal hiciera, al pesar por exceso de veridic
 tud o claridad, se veria cubierto de desprecios. La claridad que
 nos hace ~~comoda~~ nos impide ser admirables. Lo imprescindible
 al brillillar lentamente los caracteres, avanza de los mis
 aplausos ~~verdaderos~~ y sinceros cuyo verdadero significado es este: ¡¡ Bravo, bravo,
 y bravosimo, que no hemos entendido ni una jota !! Una
 Imaginacion de amplio vuelo puede lanzarse a un
 anchas dentro de la oscuridad que es infinita. Pero
 no seria admirable si fuera comprensible. La humilde claridad es
 imitada franca y pose. La claridad es resistente y despreciable
 como un par de pantuflas viejas. Yo no aspiro a la
 gloria, ni a los aplausos, ni al respeto de las multitudi
 nes, por lo tanto, puedo calyarme de tiempo en tiempo con un par de pantuflas represent

Vicente Lora Talon era el tocador de maracas, de todos
 los bailes de Piedra Azul. Segun creo su conversacion debia ir siempre
 acompañada por el repiquetes o conpas de dos maracas invisibles. A ellas debia su ritmo.
 Si mamá, mamá, mamá necesitaba con urgencia que Vicente fuera a buscarle
 unas pauchas o guanabanas, se acercaba al portal, llamandole:
 ¡ Vicente! Estas ahí en el jardín?
 y le contestaba al instante: Señor!

Al Se le correspondía una notte negra ligada a una cochea con puntillo y un golpe de maraca; al Señor una sumoches, una negra y repe quesos de tres golpes. ~~(cursos)~~ El más de ser III maestro en filosofía y en ciencias naturales, a más de ser tocador de bonabacas, frakadse de la acequia, emburrador del trapiche y desburrador de lajas, Vicente era el médico, el boticario y el agente de las pompas fúnebres en Teodra Ayul. Era además, de rey en chando, como se verá más adelante militar y militar de gran genio. Se sus peunas estaban salpicadas de barro, el vaho, salpicado de bayanas y de atruinos lechos, mucho que la gloria le hubiese abierto de par en par sus grandes puertas: ya lo dije al presentarselos. Pero "la gloria no se ofrece sino al que la solicita" opinaba un amable sabio. Vicente, sea porque fuese filósofo, sea porque no se sintiese bastante buen mozo y bien vestido para ir en bursa de tan gran señora, le volvió siempre la upalda, sin más acercarse a decirle pero ni: "esta boca es mía".

En lo concerniente a la milicia Vicente tenía más genio que vocación; en lo concerniente a la medicina tenía más vocación que genio. Como es la vocación quien forma el verdadero médico; como la medicina severa y santa está impregnada de misticismo, melagros y ciencia infusa del Drayón, Vicente, todo astevidad, todo abnegación, todo espíritu de sacrificio, Vicente, a quien nadie llamó nunca el

Doctor Cocheco, era el médico por excelencia.

Papá no lo juzgaba así. Como la medicina, repito, es campo abierto a las apasionadas creencias, al fogoso mis-
terio, y a las luchas fanáticas, Papá le seguía con
ardor e intolerancia la atracción de Vicente junto a los
enfermos de su hacienda. Seguridad con convicción deraigambuística, que en Piedra Azul, la presen-

ta Vicente era mucho más temida que la del tífus, la disentería y la piedra amarilla, punto
Papá hallaba con pasión, no cabe duda. Pero siendo su poder absoluto o limitado, la situación de Vicente respecto a
su misión, subterránea y respecto a Papá, era en todo semejante a la de los primeros
Cristianos bajo la persecución de Diocleciano y de Neron.

No quiero decir con esto que Papá fuera cruel, sino que
amenazado a cada instante por el omnipotente,
Vicente, lleno de heroísmo rebuteado más y más en su cari-
dad y en su fe, ejercía su ministerio en la sombra.

Y es que en la intolerancia de Papá, se resulta-
ba sin él saberlo, como ocurre a menudo, aquella uni-
dad, dispuesta y agrieta que viene a armonizar siempre entre
dos médicos titulados ante una misma clientela. Porque
albo advertir a ustedes que a su manera, sin urgencias, grados, ni
estudios, también era médico don Juan Manuel. Tam-
bién él se iba en su caballo Caramelo, con su frascito de píldoras de quina
en termómetros, sus sinapismos, sus purgantes y recetaba a los en-
fermos. Vicente se iba a pie con botitas de llantén, raíz de uña de gato,
molido, manteca de lagarto, sangre de conejo matado en maniguani y le arrojaba
a la clientela. Y es que siendo más débil Vicente era el más fuerte por su angustia
misión. En Piedra Azul se curaba y se curaba de balde. Por lo tanto,
Papá, enteramente desarmado, no podía sino seguir a sus enfermos

sus cuentas últimas que tanto sostenían el prestigio científico de un médico, aplastado por Vicente, sin defensa posible, se la buscó su clientela mientras la de su competidor crecía.

Como todo médico: grande ó pequeño, ignorado ó renombradísimo, como todo medicucho, medecastro ó gran curandero, Vicente realizaba curaciones maravillosas y realizaba también de vez en cuando muertes fulminantes que producían gran escándalo y cubrían su nombre de espesas durante breves días. Las cosas volverían pronto a normalizarse y la fe renacería. En los días del escándalo la cibada de Diabla toda rajas y temerosa caía sobre la cabeza benévola y venida*. Un día presencié una de las siguientes solemnes y dolorosas escenas.

Era en la tarde. Papá Encerrado en su escritorio conferenciaba desde hacía rato con el mayordomo. De repente se abrió la puerta con violencia y lleno de arrogancia y majestad, como se asoma un emperador al balcón de su palacio, se asomó Don Juan Manuel al pretil vecino de su escritorio de donde se dominaba la ancha explanada ó entrada principal de la casa. Allí, con una voz sesera que amenazaba tormentas dijo a una de las sirvientas: — Anda lá devuele á Vicente Cockocho que venga acá inmediatamente que tengo que hablar con él!

Encogidas las almas de temor ante aquel muteris que amenazaba llevar uno de nuestros más ricos afectos circunscritos, doloridas, á presenciar el desastre.

El poco, en la ancha explanada, más chequito, más

cuadrado, más calentón que nunca, abarcó en efecto muchos cuadros
Cochinos. Como jamás se atrevía a subir - Al corredor prin-
cipal de la casa, se acercó desde afuera al portel y con sus
pies de pato, sus piernas torcidas, su cabeza lanuda, y
sombreado de cogello en una mano, su machete en la otra
se detuvo, levantó la cabeza y como una rana ante un león in-
terrogó:

— Señor?

— Que Vicente-dijo Papá terrible y temeroso - viene
bien. Acabo de saber que a José el Pezario de la Quebrada
Grande se le enfermó su muchachita de un ojo, que
te curate allá y dices que eso se curaría con sangre
de lapra, que tú mismo rapaste la lapra, que tú mismo le
secaste la sangre, que tú mismo la llevaste, que se la pusieron y que se ha queda-
do curata. Ves muy bueno y más que bueno eres un crimi-
nal; ya lo sabes? Oteídeme ahora y que no se te olvide, es la última
vez que te lo digo: te guro Vicente, que como tú creabas a
rectos: un solo enfermo más aquí, en Piedra Azul, le
escribo al Jefe local del distrito para que vengan inme-
diatamente a Bucarte y te ligan en la cárcel preso
cinco o seis años; ¡¡ por astuto! Lo digo y lo haré. He etas
oyendo bien Vicente? Comprendete?

— Sí, Señor

Contestó Vicente humildemente sin olvidar
su puntello y sus tres golpes de maraca.

Fuértil es decir que desde el siguiente día, con muchos más en los continúo

en secreto cazando lapías, buscando hierbas, moliendo raíces, anda que anda, de norte a sur, de este a oeste, perdiendo días de jornal, vadeando ríos crecidos y pasando noches de vela junto a la cacerera de sus amados enfermos.

Las bondades y favores de Vicente Cordero, como toda cosa que se da espontánea y abundante, como las frutas silvestres, como los dos mangos en el mes de Agosto, no tenían valor ninguno en Piedra Azul. Su obsequio reportaba con frecuencia el mal humor, y sus mayores beneficios se recibían al igual de esas cosas que siendo útiles son importunas. Como se reciben, digamos, los aguaceros breves y molestos.

Existía en Piedra Azul una ley impuesta por un costumbre, ley escrita, digna de la sabiduría Teresita de un cirujano. Cuando un peón o cualquiera de sus allegados moría no había ni que preguntárselo: Papá hacia tres o cuatro ratos al enterrado salvo uno, el del atand, del cual, espontáneamente se encargaba Vicente. Quiero decir con esto que los dos médicos afrontaban, cada uno a su modo, el gasto que ocasionara la muerte de sus enfermos.

Cuando en Piedra Azul tenía lugar una defunción, Vicente, al ~~no~~ ~~no~~ saberlo, madrugando si era menester, se iba a la casa, o por mejor decir, al rancho mortuario, daba el pésame en términos muy corteses como de costumbre, para terminar así:

- Y por la "una", ya lo saben, no se angustien, yo se las traigo a la nocheita.

Aquel día renunciaba a todo jornal. Comenzaba por

paso la mañana entera de arriba abajo, en las pulperías, en las casas de los medianeros y en los ranchos de los pobres, preguntando en todas partes "que se por casualidad" no tendrían unos tablitas o unos cabuchitos, neces que le regalaran". En honor de la verdad, dadas tales circunstancias, todos lo recibían con buenos modos; todos retribuían generosamente. El uso de las yare recogidos el material se utilizaba en un rancho del Aca-piche con un serrucho, un martello, unos clavos y pin-pim, pin-pim, añadiendo por aquí, encajando por allá, claveteaba con a dor. Bajo el ardor del atand, aunque impune, iba en gortando y creciendo. Terminado el trabajo relativo al carpintero, se iba a la casa, presentaba por mamá y con el encasamiento natural de todos el que pide algo, luego de: ~~put~~ siempre por el cobrillo en señal de homenaje, también decía: "que se por casualidad" no tendrían una Carmen había unos triditos negros que se no le dixeran". La "casualidad" no dejaba nunca de tener lugar. Armado así, con los trapitos negros se venía a su encenso del trapiche, los untaba con inteligencia y economía, los untaba con engreudo y lucha colocando habilidoso hasta que el gran caprin remendado de tablas viejas, estulado aquí y allá con: "fá-gil"; "Há endo Piedra de..." o "La Guay...", según las costes y los añados, quedaba convertido en una atand negra llena de depresiones y de frías conmovedoras, es cierto, pero de un conjunto tan lígubre y tan fo umos de los más ^{atand} lígubres ~~negros~~. Nunca se olvidaba de pegarle sobre la tapa dos tiras blancas que formarían cruz. Rematada así su obra, a altas horas de la noche se la cargaba al hombro y anda que andará cerro arriba llegaba al rancho mortuorio, se detenía en la puerta y:

-; Glabado sea Dios! ; Glabado sea Dios!

Inmune en premio a gusto berido.

De adentro le intestaban naturalmente: que que quiere eran esos; que si no sabía demasiado que había en difuntos en la sala; que a los difuntos se les debía más respeto; que tuviera temo al colocar la urna; que no la fuera a poner en el medio sino en un rincón donde no estorbara el paso; y que puesto que allí estaba, que se sentara y que se tomara si quería un vaso de aguardiente. Hechas estas observaciones seguí hablando desahogadoamente.

IV

La beneficencia de Vicente Cochocho semejante a la ley del sol, se llamaba sin preferencias sobre todos los hombres, en todas las circunstancias: ricos y pobres, grandes y humildes, malos y buenos, a todos alcanzaba. Lo mismo le ocurría Vicente su vida rodeando un río crecido para llevarle "unas hojitas" de cualquier cosa, a un moribundo, que la exponía "siéndole" a una rama inaccesible a fin de alcanzar "el ramito de mamones" encargado por alguna de "nosotras". Igual se ocurría fabricando un atardecer que pasamos la noche entera con las maracas en la mano dándole un descanso para que "el amo del baile, quedara bien lucido". Nadie ya lo había dado las gracias de nada; ¿quién se acuerda de darle gracias al sol porque alumbró y al agua porque se pueda beber?

Cuando le quitaron el baile en forma extraña, como no bailaba jamás por la sencilla razón de que nadie quería bailar con él; las heladoras de semillas y las coged de café, ya sabían ^{cuando} ~~en~~ ~~la~~ ~~época~~ ~~y~~ ~~en~~ aquella época y en

Piedra Azul! Se el año del baile condolido se acercaba a un grupo de invitadas y les rogaba: que bailara alguna con Vicente, una puerca por lo muy menuda, y que fueran complacientes; que el pobre había contribuido tanto con las maracas la noche entera que eso no las rebajaba, ni le rombó la costilla. Las invitadas contestaban muy entonadas: que no loas, que ¡cuando!; que ellas no se exponían a hacer un mal papel, que Vicente era demasiado chiquito; que apenas se le veía de la cintura, que "eso" no era un trapezo para bailar con nadie. El pobre desairado muy confuso tenía que continuar con la par de maracas toca que toca la noche entera.

El Vicente era despreciado en los bailes por su desorden completa de atractivos físicos, se veía en cambio el amor hondo y manso, aquel, que a espaldas de la exterior vanidad, dudando todo material prosaico, los ojos a la belleza del cuerpo y no de prender sus raíces en los encantos del alma. Por sus atractivos morales Vicente era amado, y amado mucho más de lo común, puesto que lo querían a un mismo tiempo sin celos, discusiones, rivalidades: Aquilina y Eleuteria. El las quería a las dos sin hacer preferencias, las dos lo sabían y las dos lo aceptaban con mutuo gusto, con doble generosidad.

Aquilina y Eleuteria ni eran muy lindas, ni eran muy elegantes, al contrario situadas al mismo nivel de Vicente, podían brindarle un amor todo paz, exento de agresión y zozobras, cosa que para la felicidad es un factor más poderoso que la elegancia o la belleza físicas.

Espero que ustedes no se escandalicen ni juzguen severamente a Vicente, de acuerdo a las costumbres que en Piedra Azul se aceptaba el amor libre. Era tan corriente y tan bien visto, como lo es hoy día y lo era entonces en cualquier sociedad rica, aristocrática y refinada de cualquier gran ciudad. Saben como que otro detalle a la forma, en el fondo, las costumbres de Piedra Azul eran dignas de una espléndida corte. Como ni excelente Namata no habla nijado nunca, ignorando

Al circunstancias i ~~circunstancias~~, se quejaba y lamentaba al decirle a Papsá casi con las lagrimas en los ojos que podía estar seguro de una cosa tristesima y era ello, que en cuanto a costumbres, su tienda Piedra Azul, tenaba, sin duda, el último lugar del mundo. Llena al cielo apáticos, tanto por espíritu de moralidad como por espíritu de presunción, lo mismo que ponía tapetes bordados y ramos de flores en las mesas, había ponía consejos, rega-
mas y bendiciones nupciales en las ranchos de Piedra Azul. He-
tras Papsá presentaba los gaitos de todos los entriebros, ~~esta~~
presentaba los gaitos de todos los matrimonios. Su obra
moralizadora, como toda obra para la cual no se exige
dinero, andaba. Cundía a veces con perfecta plicidad, pero muy, muy a menudo con ~~reluctancia~~
Como ocurre fatal y desgraciadamente en todas partes, también
en Piedra Azul, al sentir la mayoría de los
hombres, que había "sacramento de por medio" sus infidelidades tomaban al punto una
consistencia y una plausibilidad extraordinarias. A la sombra de tales infidelidades crecían

celos, acusaciones y recriminaciones que remataban en una brillante sinfonia de
golpes. La multitud venia casi siempre a sus casa, presen-
tada por María, le contaba sus celos, y sin hacerle se-
pueses directos, cosa que hubiera acusado poca delicadeza,
como "al buen entender pocas palabras le bastan" se los
hacía indirectamente al remitarse a su confianza:

- ¡Ay! ¡hija Carmen María, quien lo vea y quien lo ve!
y pensar que esto tal vez es un castigo que me manda el Señor por fortuna. ¡quien
me manda a casarme!

María, muy condescendiente, entre suspiros y levantar de ojos al
cielo aconsejaba la dulzura y la resignación.

No hay una que decir que estando el hogar de Vicente á la su guardia de los más irregulares, las amonestaciones quejas y excomuniones de hamá llovían á diario sobre él sin resultado ninguno. Vicente era reacio al matrimonio no por aquella desvergüenza de corazón de la cual nos habla el Evangelio, sino por un arraigado é inextinguible sentimiento de fidelidad. Como ni la iglesia ni las leyes permitían el matrimonio con dos mujeres á la vez, no pudiendo ser infiel á Cleuteria por preferir á Aquilina ni ser infiel á Aquilina por preferir á Cleuteria, rechazando toda posibilidad de matrimonio, Vicente repartía su vida con equidad entre aquellas dos compañeras de dos épocas de su juventud, á quienes circunstancias fortuitas habían reunido en un día de su stouir bajo el techo hospitalario de su rancho alquilado. Por uno de esos milagros que solo realiza la gran bondad, como el de San Francisco con el lobo, Vicente había realizado el suyo: Aquilina y Cleuteria vivían en perfecto acuerdo.

Una tarde, mientras las monitas, habiendo ido de paseo con Evelyn quisieron llegar hasta el rancho de Vicente, cosa que les interesaba por supuesto en forma extraordinaria. Evelyn accedió. La piadosa peregrinación tuvo lugar: andando, andando, nos dirigimos hacia el rancho objeto de nuestros intereses. De acuerdo de espaldas en lo alto de un árbol, medio escondido entre dos árboles, cubiertos todas, desaladas, á ver cual elegía primero. Evelyn caminando nos siguió á distancia el cuadro que bajo los dos árboles se abrió á nuestros ojos en efecto interesantísimo por su sobriedad prohibitoria. La paja, almejada ó desmejada del rancho caía con desolación por los matorrales intados hasta tocar la tierra. Junto á la punta había un banco hecho con un tronco, en el cual tres piedras empinadas sirvieron de cenizas fijas de un hogar, una gallina atada por un pie á la horqueta del banco pugnaba por desatarse

carreandas y latiendo las alas; en el centro, hecho también en un tubo, con pelo; a uno y otro lado del pelo: Aquilina y Electura, armadas cada cual con una maga: golpe y golpe; golpe y golpe; pilaban e- gelicamente el maíz, ración de un solo día, para "el pan de ceja" de ellas dos y de Vicente.

Imposible es describir aquí la indignación muda y mutisiosa con que Evelyn, al presenciar la escena, nos arrancó del rancho y de sus alrededores. Duró el mutisismo y duró el mutisismo hasta que llegada a la casa pudo a media voz conferenciar con mamá. Dijo furiosa y a la sedina que a más de ser el más feo, el más feo, el más sucio de los peces de Pe- dra Azul, para complementarlo, para que nada le faltara, Vicente Cocheco, era también el más "depravado". Que ella acaba- ba de comprobarlo con sus propios ojos.

Siendo así que la palabra "depravado" no formaba parte de nuestro vocabulario, nosotras también conferenciamos, afin de cambiar impresiones y aclarar cual podía ser aquel nuevo y terrible defecto, de nuestro amigo Vicente. Como era de esperar, Violeta, se apresuró a tomar la palabra y hurrellándonos con su saber, de- claró ec-catedra que eran "depravados" todos aquellos cuyos techos de papa cituraran abumados y desagrenados como lo estaba el del rancho de Vicente. Que ella decía: "¡perru! desde cuando!"

Al siguiente día mamá llamó a Vicente y con la misma voz que usaba para regañarnos a nosotros, lo anunció en esta forma: - No es posible, Vicente, por el amor de Dios, la vida que tú llevas. Evelyn fue ayer con las ninitas hasta tu rancho y volvió espantada. No tienes noticia ninguna de moral, eres como los animales. Vi- cente que no saben que escute Dios ni concuerda sus mandamientos.

Tos. V., que por tu edad y sexo, debías dar el buen ejemplo, eres el peor de todos, eres el abandonado. No puedes seguir así; o te casas con una de las dos o te quedas viviendo solo Vicente como un ser racional como un cristiano santificado!

El hallar en tan laudable y terminante forma, me apretó el alma, no había reservado aun a cuantos actos, dignos de castigo y de represación universal puede conducirnos a verdadera santidad del corazón.

Como de costumbre plantea doña delina, Vicente, se sacó la cabeza, le dio vueltas y más vueltas en la mano al sombrero de cogollo; escupió por el cuello en forma impecable y terminante - diciendo entre pausas y tartamudeos que "conforme él no podía por de pronto; que Dios Nuestro Señor demarado lo sabía; que para resolver materias se necesitaba cuando muy menos tener un rancho suspiro y añadir unido".

Claro, como madurando, ya la complacía, en el momento menos pensado, Niera Carmen había, usted verá, se lo suplico, pero de como un respeto. En cuanto llegue la cosecha de café, que ellas dos puedan trabajar y recoger los cuantos realitos, ya las mudo, le doy mi palabra. Téngame paciencia, hágame el favor lo cuestión a un tiempo nada más.

El "tempito" se prolongaba indefinidamente a través de todas las resacas de café.

(Cambio de página) Si el prestigio de Vicente se hallaba en Piedra Azul bajo eso, nadie es profeta en su tierra, en otros lugares se hallaba por el contrario, en las nubes. "Cochos el de Piedra Azul"; asimismo curules: era nombre que se pronunciaba en muchas partes con respeto y temor. Para ellos eran menester de circunstancias, es decir; primero que estallara una revolución,

segundo: que un general revolucionario solicitara sus servicios. Vicente mandaba á contestar lacrimosamente: "estoy á la orden"; ya podían prepararse Papá y el Gobierno; el uno á tener un terrible disgusto, el otro á recibir susaberes y divertos sin cuento.

Al siguiente día de haber enviado su respuesta: "estoy á la orden", con gran indignación de Papá á quien el caso sonaba siempre depreciable, Vicente había desaparecido misteriosamente y junto con él ocho, diez ó quince pesos, según las circunstancias. De estas bajas ocasionadas por su vocación militar, Papá sumaba las dadas las ocasionadas por su vocación médica. Como en su indignación las dos manos no le daban abasto, contaba la enumeración y resumía la hecatombe:

— ¡Es peor, mucho peor que el tifus, la disenteria, y la fiebre amarilla juntos! Es una verdadera peste, es un apete, es la langosta! ¡No volverá nunca á volverme los pies!

109 [A poco llegaban las noticias y comentarios: ...] — Olla, en el punto tal, con el asplandor azul, y que está Vicente, embrocado, como un miomo león; acando con las fuerzas del gobierno! no les deja pasar ni una mosca.

Según parece, sobre estos particulares de estrategia Vicente obraba sencillamente: genial. Recibidas las ordenes del general López á quien servía; Vicente reunía veinte, treinta, ó cuarenta hombres, los que fuese necesario, se ponía á la cabeza de todos; y á caminar á la diestra! Se como á Napoleón y á Bolívar, la estatura no lo ayudaba en tales casos, tampoco el tamaño le hacia falta tal ayuda.; Otras condiciones le daban tamaño!

Al frente de su tropa con su pluma trayada, allá iba Vicente, puen-
dándose por entre cerros, llanos y sierras a línea recta con la seguridad ad-
mirable de las palomas mensajeras. De pronto ante un panorama
determinado de detenia, ^{estaba} con la vista el ^{ocean} de montes y colinas, extendía
su brazo ante, trémulo de genio, señalaba con el dedo un punto fijo, decía:

— ¡Allá es la cosa!

Allá se iba a embuscar con sus treinta hombres, y por el que
pasara con intereses que queriera: sorpresas, emboscadas,
emboscadas, sin cuenta de las inesperadas y fatales sobre los enemigos, por mejor diri-
plunados, mejor armados, y más numerosos que fueran.

Comunada la resolución, cubiertos de laureles, con sus treinta
hombres él y Vicente bajaba de su Olimpo y se guataba a Piedra Azul.
^{Papá a hacia el de un ten. de do.}
Al siguiente día y a esta-
ta misma vez con el bazo harto ^{de} la rodilla un-
biando la acequia grande, o en el patio de la casa
arbitrando las lajas en cuclillas, con el mismo cuchillo de
siempre.

En el perdón de Papá entraba un tercio de generosidad
y dos tercios cuando menos, de espíritu político. Por más que
Papá contara y resantara con sus dedos calamidades y muertes, Vicente le pro-
porcionaba muchas más ventajas que inconvenientes. Ante-
tado a cualquier hora de cualquier movimiento resolu-
cionario como nunca sonara a hablar de nada el más
atento opositor, Vicente anteponia su influencia delante
del peligro, y era la salvaguardia viva de
Piedra Azul.

Se había resuelto, luego por caso, y Vicente, se hallaba en la hacienda, por no haber asumido aun el importante papel que le correspondiera, acortado se presentaba en la casa, preguntase por Tápá, se le buscaba con misterio y, quitando un ojo, confianza que solo se permitía en tales circunstancias le decía en voz baja:

- Vengo a advertirle Don Juan Manuel: mañana al mediodía pasa la resolución por el cerro. Ya me dió su palabra de que no bajarían a perjudicarme la hacienda, pero por sí, o por no, mejor será que mande a esconder el ganado.

Tápá hacía esconder el ganado.

Al siguiente día, allá, en lontananza, como procesión de borriquas, brillando machetes y resillando fuelles, en lo alto de la montaña, bajo el magnífico sol meridiano, pasaba durante un rato, la resolución.

Un día, por una de esas cosas incomprensibles o medios milagrosos, Tápá, tuvo noticias anticipadas de que Vicente iba a alzar. Era la víspera precisa del alzamiento. Lo mismo que en aquella otra tarde, la del célebre fusco por el fracaso medicinal de la sangre de Tápá, asomado a su portel, Tápá corrió a Vicente. También mientras como aquel día, unidas en racimo junto a una columna, fuimos testigos del acto. Sepitien dice la escena, en la anchura aplomada apareció los chochos, todo

fealdad, todo corteza, y tal cual, con su sombrero de cogollo en la mano, se acercó y se detuvo bajo el portel. Pero Tápá, en lugar de echar hacia atrás la cabeza, queriendo arrogancia e irradiando majestad, no, al diablo la majestad y nada de arrogancia, al contrario, con el ojo grande y tierno que usamos en las personas, cuando para su bien, queremos una drola b. de 27

algo que en realidad nos perjudica á nosotros, Papá, repite, en voz muy tenue, como si á desverosbar sobre Vicente, una elocuencia bondadosa llena de paternalismos y carismos condescendidos. El discurso que duró un buen rato terminaba en esta forma:

-Respóndeme tu vida Vicente, animas tu salud para servir la ambición y los intereses de otros; y qui sacas tú? ; qué provechos? ; qué dinero? ; que provecho? ; ninguno!

Vicente, con la cabeza baja y el sombrero dando vueltas y vueltas y más vueltas en la mano no contestaba una sílaba, pero su silencio equivalía á esto: "Lo felicito por su elocuencia mi tío, me agrada su interés, pero así con su magnífica elocuencia y su gran interés á cuantas, me alzaré de todos modos mañana en la madrugada porque ya está resuelto."

Como Papá comprendió muy bien el significado de tal silencio, cambió de tónica. Ofendió furiosamente á Vicente que se enunaba en seguida á toda idea de abastecimiento, le doblaba el jornal, y le mandaba hacer un rancho en lugar apropiado, en donde fundiera al mismo tiempo disputar de un concurso.

La respuesta de Vicente, de haber sido más corta, hubiera sido digna de un capitán, digna de guzoman el Duero, digna de figurar en la Real Academia. Dijo:

-Yo le he dado mi palabra al General... (aquí un nombre muy conocido que no recuerdo)

Fue' él quien desde hace muchos años me graduó de coronel. Nunca me he puesto en paz de zapatos, pero desgraciado no soy y á un postor no le voltes la espalda. Ni que me regalara todo Piedra Azul Don Juan Manuel. La palabra de Vicente Aguilar no es cuestión de rancho ni de concurso, esa; ; ni se compra, ni se vende!

¿Qué tal?

Después tan magnífica respuesta, Don Juan Manuel se quedó aplastado lo mismo que un insecto debajo de una peña. Desistió así mismo el recurso de

los desentados: el sarcasmo. Aquí fue el echar la cabeza hacia atrás, y el exclamar á grandes voces con una sonrisa forzada y fingida:

— ¡Ajajajaja! Pero se es verdad! Pero se no me acordá! Se aquí estoy en presencia del ilustre coronel Don Vicente Aguilar! ¡Muy Señor mío! ¡Váyase, váyase á la guerra mi Señor coronel que de esto quedará sin duda á ocupar el sillón presidencial de la República!

¡Ay! el horrible oprobio de aquellas palabras: "Muy Señor Coronel Don Vicente Aguilar" mucho más duras, mucho más crueles que los más crueles insultos. "Aguilar", era la peor de todo. "Aguilar", en boca de Papá resultó ofensivo, ustedes no lo comprenderán, tampoco él, lo comprendió. Los grandes por grandes no les es dado entrar en el mundo de los pequeños, ciegos ante lo muy menudo son duros por ceguera y crueles por exceso de tamaño. Nosotros (Equinos) comprendimos todo el dolor producido por aquel insulto que solo era un insulto por no ser insulto sino sencillo y verdadero apellidado como el de todo el mundo. Apuntados punto á la columna, ante aquel "Aguilar" aderezado de soberbias y sido por vez primera en nuestra vida, estuvimos á punto de romper á llorar todas en coro, como el día en que había cantado á Víctor, había que ver además la expresión del "ilustre coronel muy Señor mío". Como perros apalabados por su amo, apalabado (por un pupu apellidado, en cordón la voz, levanta su ojo desamparado los, aquellos ojos de homocúcula inmensidad que van como el puente por el cual se pasa de la fealdad de su cuerpo á la belleza de su alma. Buscando simpatía, los ojos de perros diluidos, vinieron á apoyarse en

Los nuestros allí la encontraron, y cómo y cuánta! Con la cabeza baja, sin mirar hacia Papá, me contatar a su sarcasmo, se despidió de él diciendo:

- Siempre a su orden Don Juan Manuel.

A nosotros nos miró largos, intensamente:

- Y adiós mis niñas. Que Dios me las guarde, que la Virgen me las conserve a todas; ¡hasta más ver!

Y se fue. "Hasta más ver" no se cumplió. Ya no volvimos a verlo más. Pero a aquella última mirada buena de perro apurado enragado, debiera acompañarnos siempre. El mi me ha seguido a través de mi vida entera, aun está aquí, aun me acompaña, aun me adiestra y me enseña.

¡ Ah! ¡efano, ignorado Cochachos, feo, sublime, médico de las fiebres, humilde Dios del viento, genio de los autandos y de las aguas! Muchas miradas como aquella última tuya debió presentarse con tus ojos visionarios el Divino Maestro, la tarde en que seguí por sus consejos a la falda de una montaña, y allí, sentado sobre la hierba le dicté su testamento. En el escrito tu nombre ocuro Vicente Cochachos, porque fuiste siempre de curacha, tu fuerte mano, tu fuerte medicina, tu hadadista perseverante por la justicia. Heredero de la gloria, tu imperio hoy sobre las selvas bienaventuradas, tuyo y muy tuyo es tuyo el Reino de los cielos.

Se acabó trapeches
I

Un día jugábamos en el bosque. Violeta, cuyas amigas aventureras la lanzaban á todo género de empresas arriesgadas en las cuales figuraba la audacia con sus correspondientes probabilidades de luchas y rebeldías, Violeta digo, se había ido al comedor, y había cogido un cuchillo. Con él cortaba ramas, les sacaba punta y las clavaba en la tierra acen-

do:
- Estos son mis tallos de caña; estos otros son mis cafetales; aquí están mis fardines; todo esto es mi hacienda que nadie se acerque!

Una de las sirvientas allí presentes se acercó y le rogó que fundara su hacienda prescindiendo del Cuchillo; que tanto había como Evelyn nos tenían permanentemente prohibido que jugáramos con fuego, con tentores y con cuchillos. Violeta le contestó que se apartara empujada de allí y que no la molestara repitiendo tonterías. Afen de salvar su responsabilidad la sirvienta se fue y acobardó á Evelyn. Llegó Evelyn en el momento en que Violeta enarbolado una rama le sacaba punta. El cuchillo se platea y resaca pagueta por los aires! Al comprobar el hecho Evelyn dijo con autoridad:

- Violeta, dame cuchillo.

Violeta contestó:

- No.

La autoridad de Evelyn pasó de las palabras a los hechos. Apareciendo a Violeta por la nuca, con la mano que le quedaba libre le quitó el cuello en un segundo. Violeta, sorprendida y desarmada, la miró con insolencia y en defensa propia y voz muy clara:

— ¿Dónde: un calificativo inebriado, retundo, sobrio, muy bien acordado en cuanto a género y número: era a sola palabra; nada más, ^{en} ~~de~~ donde se sabía tal palabra? ¡Muy bueno! Era una de las especialidades de Violeta: saber cosas que nadie supiera, sin que fuera ella misma, donde las había sabido. No obstante ser palabra nueva, todas las demás comprendimos al punto que se le había adaptado a Evelyn como se adapta en la calza un sombrero muy feo, es decir, que se le amoldaba sin haberle favor. De ser el calificativo admirable de etonidab, las dos corrientes presentes habían comenzado a verse a cargadas. Con las uñas el calificativo tomaba más proporciones y mayor acento en la persona de Evelyn. Esta, indignada, más por las uñas que por el vocablo imperado, con su feísimo sombrero puesto, se quedó muda unos instantes. Luego ^{interrogó}:

— ¿Dónde aprendiste esa palabra Violeta que te dejó boca formada, la ca negra como carbón? ¿Dónde aprendiste?

Violeta se pasó la mano por la boca afin de ver si era cierto que estaba formada, pero no se dignó contestar. Como Evelyn buscaba un castigo ejemplar, sin ver las declaraciones de la culpable, hizo de repente la siguiente adición:

— ¡El presente es en trapiche. Ahora para siempre se acabó trapiche!

"Se acabó trapiche" por culpa de Violeta y de las dos corrientes, era una ley nueva, una de esas leyes arbitrarias que se hacen sobre multitudes inertes, por la violencia de un mandatario o las fulminaciones de un grupo. Sin más comentarios desde aquel mismo día, la ley nueva comenzó a regir.

¡Ay! "se acabó trapiche"; que castigo en precedentes; que desgracia!

Para nuestras almas de campesinas el trapiche era el club, el teatro y la ciudad. Ningún placer equivalía a la hora pasada

entre el baño y el trapiche. No parecía la gloria
y teníamos ruido: era la gloria. Todo en él bullaba
la vista, el olfato, el palpador, el oído. Lo mismo
que bullía el guarapo en los cueros fijos, en
el gran recinto del trapiche bullía la vida humana
y buena á borbotones. En él se daban cita todos los
elementos y todos los colores: el agua, el fuego, el
sol, todos iban andando a suertes y a suertes al compás
que marcara la inmensa rueda majestuosa y
trance de la molinda. Nada del abstruccionismo
negro incomprensible y fúnebre de las fábricas movidas con
motores de vapor y motores eléctricos. No. En el
trapiche no había misterios ni había escondites.
Todo pasaba á la vista de todos. Cada cual sabía
por qué ocurrían las cosas y había entrada libre
para el que se presentara: elementos, animales ó personas.

La primera, la gran capitana, la madre del
trapiche era el agua. Muy arriba por el canalón
se venía de la aduana y se ~~caía~~ ~~caía~~
sobre la rueda grande cantando la caída con
el nutrido coro de chorros y de gotas. La rueda
lenta, se iba tras ella por el resaca de sus cangilones,
dibujando gajos de vapor sobre fondos de neblinas y de fuego.
Con ~~la~~ ~~rueda~~ ~~camuñaban~~ las tres masas; en las
masas, triturrándose y salpicando zumo camuñaban
las cañas; en las cañas camuñaban las manos de

los emburradores y las manos de los cargadores de baga-
ys que se llevaban la paja caña muerta en paravuldas
de chero para tenderla al sol. Bajo el sol los cadáveres
texturados arrastrados por los castillos resucitaban y
se iban a flotar en montañas: las mullidas monta-
ñas de las bagaseras, prometidas efmeras del fuego.

En el Atapech... imples y generoso no había
casi paredes ni había casi puertas. nada se encerraba ¡a-
delante todo el mundo! Entraba el sol; entraba el ave-
nido el aguacero; entraban las legiones de avispas doradas y zumbando
a buscar dulce; entraban las juntas lentas con los carros
anillos y los montones de caña bien trabados que los gana-
nes descargaban de un golpe y dejaban firmes en el suelo de-
trás de los carros; en busca de dulce, lo mismo que las
avispas, entraban los hijos de los señores con una cañuela en
la mano, a pedir: "de parte de mi mamá que si
me hacen el favor de unas migajitas de rapo a dura
o de papelin caliente para el guaraputo de esta noche"
como a las avispas se les daba rapo a dura o se les daba el papelin caliente, a ma-
se decía no. en bandada, con zelyn y las servientas atrás, zumban-
do y volando. También como las avispas y los chequitos de los
y frente a las juntas de buyes, y montones de caña y paravuldas
de bagays, entrábamos las minitas a buscar dulce, a es-
en el trabajo, y también: ¡adelante las minitas, a
insultar se tra dielo!

Lo primero de todo era correr a enjagar un

fue sobre la espuma grues y endurecida que formaba el gurno de la caña al irse por una canal hacia la sala de trailas. Allí, dibujando sobre la espuma el mayor número de pies posible, se enfrentó a Vicente Cochocho, de es que estaba presente, y se notó al grupo general de los emburreadores:

- ¿Qué cuando sueltan la molinenda, pues?; ¿Qué anden, qué anden, qué ya es hora?

"Soltar la molinenda" era lanzar el agua por la acequia de mampostería, carrizo del estanque en el cual, las enredaderas, penachos de barbicá y un anillo cuji también aminoramente a pleno aire, a pleno sol, bajo el estuero del churrerón, entre los remolinos de su corriente y los perfumes que iba dejando el agua sobre la tierra y las piedras húmedas.

Frente a la rueda grande del trapiche, el ruido del agua apagaba las voces. Mirando nuestra actitud y nuestras buenas gesturas, los emburreadores que sabían a que atenerse se reían reducidos a decimos por cosas que aun no había llegado la hora de soltar la molinenda y afin de compartir la explicación nos mostraban con la mano el montón de caña que faltaba por moler.

En espera del agua, corríamos entonces todas, cada cual por su lado a pedirle a un peón que "nos pelara a una canita" El peón aludido dejaba su quehacer, cogía una caña, la pelaba con el machete, la dividía en gajos, y cada rinita, con su caña enarbolada, chufando y festejando gurno se iba, trapiche arriba y

trafiche. abax ó ver que se hacia y averiguarlo todo, cuantas más preguntas, mejor.

No sé que tal sería para mis hermanitas, pero lo que á mí respecto puedo asegurar que en el trafiche, esperándose el momento propicio de soltar la molenda, desfilando garfos de caña, con las manos pegajosas y con varios machucos de zumo cocido como por el cuello, y por los brazos, pasó los ratos más amenos de mi vida.

En el trafiche no se reunía la gente con el objeto de divertirse: lo fui por que la reunión era amena y agradable. Allí, para contemplar los diversos espectáculos, no era menester, como en el teatro, sentarse en una butaca y quedarse inmóvil, en silencio, durante varias horas, con un par de gemelos en la mano y una ^{pluma dormida, mirando} ~~de~~ los ojos, entre telas y tablas pintadas, crucetas ademanadas y ~~de~~ trivialidades de un orden simétrico y monótono. En el trafiche no era indispensable como es en los bailes, dar vueltas y vueltas, girar y a compás, sobre tacones altos como; ni tampoco era necesario el afirmar con un sandwich en una mano y una copa de champagne en la otra, todos esos lugares comunes que la mayoría de nuestros intercurrentes bromas más eloquentes que nosotros, afirman con tanto ardor y con tanta seguridad, en forma bulbante y envoltadora.

El espectáculo del trafiche, variado, vivo, y lleno de colores no esclavizaba la atención, ni temerizaba los

movimientos. Mirando espumar en fondos, saltar el temple en la Tacha, comer el melado en las canales, batar un alme-
do que, menear con una pala, el papelon caliente, rodar las hornias llenas,
alegremente, por los aires, de mano en mano, como salaminas; mirando algo, tan-
ta escena diversa y divertida, se podía al mismo tiempo chupar caña, comer
melechoa y pensar en lo que se quisiera.

Tan en el trapiche era lícito agobiar con preguntas al tem-
plador, para dejarlo de golpe con la palabra en la boca, dar
media vuelta, e irse a agobiar con las mismas preguntas el esparma-
dor del primer fondo, sin decir previamente a ninguno
de los dos: "¿me permite usted un instante, señor?" En
el trapiche, tanto el cuerpo independiente, como la fortuna a
alada, al igual de las grúas, podían, por aquí, allá, o acullá, cuando y como mejor
les pareciera, libertad de movimiento y libertad de pensamiento.
No son dos factores indispensables al bienestar? Y
aquel olor tan rico que en el interior, por el humo y el vapor, echaba
la Tacha y echaban los fondos? Y el lindo color dorado
del papelon fino de caña buena? Y el color oscuro
del pobreto papelon hervido de caña mala?
Y el grito armonioso del templador, llamando de pirata
la campana del ángelus en la tarde:

— ¡Candelisaaa!

Y la actitud de todo el mundo? Nadie en la sala
de pilas, ni en la sala de la molinda, ni en el patio
del bagays y de las bagueras, tenía movimientos activos, con
movimientos de la actividad, llenos de armonía y
destacantes de soberbia, que parecen quitar: "Yo soy el Trea-
dor aquí; todo es obra de mis manos, adelante, a peisa,"

era ya, y era mi ingenio." No. En el amable Trapiche los movimientos no podían ser más lentos. Nadie pretendía crear nada. El largo proceso del papelón, como cosa de la naturaleza y no de la industria, parecía hacerse solo, por obra bendita del tiempo necesario: poco a poco, piquito a piquito. Los treinta o cuarenta peones del trapiche asistían al proceso del papelón como se asiste a un nacimiento: una ligera intermisión, mucha paciencia, conversación, y nada más.

El trapiche era pues el benéfico sencillo y bueno. Verete lo devenumbó en una sola palabra; el: Verete era fuerte porque era emprendedor y agresivo. Sus palabras, que iban raras como la de ciertos diputados y senadores, tenían el curso tranquilo de la vida. Muchedumbres pacíficas tenían después que sufrir las conveniencias.

Desgracia, vigente la dura prohibición, antes de ir al baño, nos veíamos reducidos a quedarnos arriba, tanto a la represa. Se me

me acordaba echar un vistazo a nuestros quindos trapiche, era maníter desde allí arriba, rasmar las calayas, en fila, por encima de una tapera. Le daban penas, puestas en puntillas o subidas a unas piedras, lo que nos pasaba y no nos, muy raras veces la boca. Así, como ellos nos ayudaba, solíamos bazar nuestros inegos cotidianos: o:

— ¿Qué cuando sueltan la molenda, pues? ¿Qué anden, qué anden? ¿Qué ya es hora?

Después que iba a fundirse en la noche profunda de las noches ignoradas. Nadie nos atendía punto que entre la tapera y el rudo del agua, ni se nos vea ni se nos vea.

Debó en justicia advertir una cosa. Cuando la prohibición regia en todo vigor como he dicho ya, Evelyn, de vez en cuando, nos agrupaba después del baño y desbaraba esto:

- Hay, como todas se han frontado bien, van a ir conmigo a trapiche.

Nuestros alamos de felicidad eran guardadores y nuestras carreras desimprenadas.

Al fin de cuentas, yo creo, que de no haber pronunciado Violeta su célebre palabra, de nefastos resultados, el mundo del trapiche, se hubiese perdido sin duda en la multitud anónima de lugares, personas y cosas que yacen enterradas en mi memoria, como en un cementerio. Violeta preservó la seriedad de Yelton, la seriedad de Evelyn, salvo el trapiche de la seriedad. El trapiche bulla, el trapiche titila en mis recuerdos.

¡Excelente Yelton! su influencia benéfica, pedía de alegrías nuestra infancia y apartó de ella el negro, el cruel aburrimiento que tortura el alma de los niños mimados, pobres víctimas de la sociedad, pobres capullos marchitos por el desencanto. El sembrar prescripciones sobre los objetos y lugares que nos rodeaban. Evelyn le daba vida. Suplendo al igual de Dios en ensaña de lo inerte, le ponía un alma divina: el alma que anima todo lo deseable.

124 Si mi infancia fue feliz; si me infancia me llama y me sorprende de continuo a través de los años, es porque transcurrió libremente en plena naturaleza y porque tan libre transcurrió ella no obstante incan- gado como van los rios. Ni mis hermanitas ni yo

Con la lata, las dos tizas y las cuatro espumas, habíamos hecho un carro con su yunta y habíamos hecho también un poema.

El resto de mi existencia debía transcurrir bajo el mismo régimen amable y sereno bajo el cual transcurrió mi ^{primera} infancia. La vida limitó a Helen: me dio a probar todos sus bienes, pero bondadosa, me los dio tan trasados y tan a su hora que jamás la saciedad vino a apagar en mi alma una pequeña alegría del deseo.

Como al pasar, los años indiferentes, no se llevaron entre sus dedos raudales de belleza, de amor, ni de honores, no destruyó los años pasados en mí, ni aquellos que aun no han pasado en los otros. El tiempo al besarme los cabellos me coronó tiernamente con mi propio nombre, sin nunca llegar a clavarme en el alma sus dientes de amargura: a los 75 años aun siento latir mi corazón ante la perspectiva de una excursión campestre bajo el sol entre montañas, y mis manos tiemblan todavía de emoción y de impaciencia al desatar los lazos que anudaban con yudicia exquisita, la sorpresa de un regalo.

Nube de Agua y Nube de Agüita
I

Papá, ya lo han visto, tenía sus ribetes de médico. Su afición a la medicina abundaba en preceptos de higiene: "Las niñas - había decretado Papá - deben estar siempre al aire libre; no importa que se acobren; bajo ningún pretexto deben ir nunca a Caracas, ni a cualquier otro lugar poblado, donde puedan coger el sarampión, la tosferna, la difteria o la leucina; deben bañarse en agua fría y corriente; que no las vistan demasiado; deben levantarse lo más temprano posible, e ir cuanto antes a tomar un vaso de leche al pie de la vaca."

Estos preceptos eran admirables, no por las ventajas de higiene física que hubiesen podido brindarnos, sino por las de higiene moral que en realidad nos ofrecían. Las prohibiciones de ir a Caracas aspiraban a algunos sólidos principios; los preceptos de Papá sólo salud. Por una feliz coincidencia en la cual ninguno de los dos hechos nos dieron de consuno varios años de inmediato bienestar.

El precepto del vaso de leche al pie de la vaca era sin duda ninguna el más interesante de todos. No tanto por el gusto de la buena leche recién ordenada, llena de espuma, en la cual, al empujar el vaso, no sobraba:

¡dábanos nunca encajar la nariz, aguantando la respiración, y haciendo el silencio!; ah!" con frecuencia by con un par de vigantes blancos, no, sino por el ambiente que ofrecía en general el corralón de las vacas a las seis de la mañana.

Tan guato y case tan ameno como el trapiche, el corralón estaba respaldado o garantizado por la higiene. Jamás Evelyn se hubiese atrevido a decir: "Aprendiste eso en corralón, se acabó corralón" como había dicho: "se acabó trapiche." Por esta razón de seguridad era menos peligroso. pero repetó, sea case tan ameno

El corralón tenía a su favor la ventaja de la boxa. Cuando a las seis de la mañana, cada minuto, con su vaso en la mano capitaneadas por Evelyn, subíamos aquellas dos cuerdas o docientos metros, que lo separaban de la casa, el sol calentaba a frenas; los gallos levantando pico y cabeza, nos daban los buenos días; quiquiriquí; los buques sin llevar se comían su rama de cogello a la puerta de los ranchos cercanos; y sacudir un arbolito o atravesar la huera alta, era banarse liberalmente de rocío.

En el corralón, sobre la república de las vacas, por elección y voluntad soberana de ellas - no se rian, ya lo verán - todo se le ducía y buen gobierno, imperaba Daniel. Daniel era el vaquero.

Cuando hacíamos ocupación en la ciudad de las vacas, Daniel, levantado desde las cuatro de la mañana, asustado por el muschecho del corralón, tenía

ya redentados muchos riantes de leche. El orden remanente era perfecto: era el orden de la ideal ciudad futura. A pleno aire, pleno cielo y pleno sol. Cada vaca estaba contenta y en su casa, es decir, atada a su árbol o atada a su estaca. Había quien tenía árbol, y hasta árbol floreado, había quien no tenía sino estaca desnuda y corta. Nadie se quejaba ni nadie se ensoberbecía, nada de comuneros. Satisfecha cada cual con lo que se le daba, había en correspondencia cuanto tenía. Sin todas partes uniformidad, belleza y mucha paz. La leche y el amor maternal se daban a raudales entre las cuatros tapas del corralón. En el todo era noble, aun las vacas que en general son innobles. Sobre las hojas de cogollo pajas con el cual estaba abombado el corralón, al igual de la vacas, al igual del los baldes rebosantes de leche, al igual de Daniel y el va-

querer el ^{los} ^{dominio} ^{se} ^{para} ^{con} ^{majestuosidad} ^{naturalidad}. Nada había a la vista, nada había el refato.

Nosotros conocíamos muy bien las leyes, usos y costumbres del corralón. Sabíamos por ejemplo que cuando una vaca tenía atada en una de sus patas a su hipotococcero, era señal de que ya esta redentada. Que por el contrario, aquellas vacas, cuyos becerros encerrados en el corralón donde pasaban la noche, se veían todavía allí, imponentes, como que avina el hocico, por encima del tranquero, e incluso lo más que se veían las ninitas por encima de la, tapas del trapiche, era, cosa evidente, porque ni ellos habían mamado, ni a ellas les habían ordeñado. Lo sabíamos muy bien, pero saberlo no era un espectáculo para preguntarlo.

Al poner los pies en el corralón, con nuestros correspondientes cascos en la mano, comíamos a rodear el grupo que formaban Daniel, el becerro, y la vaca que se estuviera ordenando. Allí comenzaban las preguntas:

- ¿Ya redimiste a Nube de agua, Daniel, als? y por qué tu no estás redimando a Finca Santa, als? Daniel? ¿Por qué tu no sueltas ya al pobre Finca Santa? ¡míralo, Daniel, míralo como sacó el pedrecito su cabeza! ¿Es porque tiene hambre, Daniel als? ¿tu crees?

Daniel tenía que cargarse de paciencia. Al fin de cuentas nosotros lo molestábamos mucho más que las vacas y los becerros, quienes con sus ojos ya del reglamento lo observaban con disciplina, y lo que era más grave, lo observaban en silencio, sin preguntarle cosas tan sabidas y resabidas.

Las vacas, ya lo habían quizá observado ustedes, tenían nombres semejantes a los nuestros, sin que hubiera plagio de un lado ni de otro: era simple coincidencia. Daniel usaba los nombres de las vacas con la misma libertad con que Hamá usaba los nombres de las vacas. Siendo llanero Daniel era poeta. Aunque su vena fuera con preferencia epigramática, también sabía ser lírica cuando la ocasión se presentaba. En el corralón la ocasión se presentaba. Allí, Daniel solía adherirse a las tendencias de la escuela romántica. No era pues de extrañar que sus gustos y los de Hamá zigzagueando por diversos caminos vinieran a reunirse todas las mañanas entre las cuatro tapias del corra-

lín.

Las vacas bautizadas por Daniel se llamaban como ya han sido citadas y se llamaban: Flor de Linceo, Noche Buena; Vanda Verde; Nina Brunta; Rays de Sol; (que Daniel y también nuestras hermanas llamas por contracción: Nalys - e - sol) Había además: Desengano; había Amapola; había No-me-Dejes; y así sucesivamente hasta veinte nombres.

No hay para que decir que Vanda Verde por ejemplo era negra, de un negro cerrado, absoluto, sereno, mientras que en el talle, negro también, de Noche Buena, blanqueaban ligeramente aquí y allá, tras los luceros de Polaris y la estrella magnífica de los Reyes Magos. Rays de Sol, por el contrario, era rubia de un admirable rubio dorado que brillaba melancólicamente sin comparación al lado de la pobre Desengano, cuyo color indefinido, abarba, destentado, no invitaba a la alegría ni era placer de los ojos.

Entre las vacas y sus nombres sentía pues un acuerdo y concordancia que no sentía entre nuestras y los nuestros. (Solo esta discrepancia) En lo demás, unos y otros se parecían. Nuestras lo advertían nos y nos advertía la semejanza. Hijas de Piedra, Aquel las llamas como las niñas, cuando al Corralón la Casa Grande, resultábamos conterraneas y vecinas. (Dijo la de ~~nos~~) Éran ellas nuestras modistas y los becerritos nuestros hermanos de leche. No había pues por

que daue tono, ni por qué neces. de mejor alumna.

En apoyo de esto le referí que en el corralón, moraba una vaca, aún no mencionada, quien, por haber nacido con una mancha blanca en la frente, había venido á este mundo con su nombre impreso, como quien dice. No obstante vigilar confusiones, era imposible avanzárselo: la vaca se llama la Estrella. ¿Creen ustedes que la otra Estrella, es decir, mi humanita se sintiera abusada ó maltratada por tal coincidencia? Nada de eso: al contrario. Cuando entraba al corralón, considerando que su nombre le daba derechos que no teníamos las demás preguntaba con interés y cierto sigullo:

- ¿Ya me vendiste á mi tía, Daniel? Quiero que me la vendas en mi mismo vaso porque su leche es mía. No es verdad, Daniel? ¿ab? que su leche es mía?

En realidad cada vaca con su becerro, formaba una sola unidad la cual se designaba bajo el mismo nombre. En el grupo ó familia Noche Buena, ponga por caso, tan Noche Buena era la madre como el hijo. Esta unificación ~~tenía una gran ventaja:~~ ~~la de~~ simplificar la disciplina, haciendo coincidir manos y movimientos llamados á ejecutarse simultáneamente. Cuando había llegado el momento de vender á Noche Buena, Daniel, desde el punto en que estuviere, lanzaba por tres veces este grito prolongado que se extendía y dilataba por los

ambitos del vocalin:

- ¡Nooooooche Buena! Noche Buuuuuuuena! Noche Buuuuuuuena!

Se dice Buena madre, estaba ebada y entontada, al escuchar aquel nombre que pasaba por los lados de Φ miel como pasa el largo corriente del aire, cuando se va ondulando por la lumbre de los fleabos y sigue y sigue y sigue, hasta perdirse allá en las legañas del becerro, cuando Noche Buena, digámosle su nombre, se ponía de pie al instante, levantaba la cabeza y dejaba los rasos hacia el corral de los becerros. Allí, a la vez, Buena hija, se hallaba arremetiendo con furia y con la cabeza baja por entre los compañeros de corral, gimiendo en respeto de las circunstancias lo dejaban pasar sin tomar en cuenta aquellas cabezadas y acciones. Apenas había levantado el vaquerillo la primera vocal cuando: ¡zas! un salto por encima del tranquero y allá iba Noche Buena hija, dando berridos por el corral, arrastrando y pisando y ondulándose en el corral, en el corral tenía, no importaba, adelante con los torpezones y la carrera desenvainada, hasta llegar y prescindirse a cabezadas también de Noche Buena su madre.

Nosotros no comprendíamos que dos personas por muy unidas que fueren pudiesen designarse así, con un mismo nombre, sea especie de miteros dual incoherente y confuso no era de nuestro agrado, no; las cosas claras. Nosotros separábamos el becerro de la hija por medio de un diminutivo. Los becerros no nos atendían en absoluto, pero tal cosa no tenía importancia puesto que de todos modos, ellos no obedecían sino a Garza que era el señor y Supremo Sacerdote, cuya voz anunciaba de almuerzo anunciaba la hora anhelada de la libertad y el desayuno.

(En nuestros días) Para nosotros, el becerro de Amapola era Amapolita, el de Noche Buena, Noche Buena, el de Nube de Agua, Nube de Agua y así sucesivamente.

Daniel era llanero, ya lo dije. Aunque nacido en el corazón de llano, casi toda su juventud había transcurrido por los pastiznos de los valles de Arauca. Allí pasó sus primeros años pastoreando ganado y haciendo queso, un admirable "queso de mano" que envuelto en hojas de plátano, lo mismo que las hallacas de Pandelario vino a ser, bajo el ramado de huma, limbre y cogales de Piedra Azul, cuando ella, entre sonrisas y pedir de cuentas por la sutileza de la ofrenda, lo ponía en las manos de cuanto visita llegase.

Aparte del queso, Daniel había leído de los Valles de Arauca, su admirable régimen de gobierno, sus gustos de abruceño y los nombres equívocos de las vacas; cosas todas, extraídas a Piedra Azul y a sus contornos. Como buen llanero, a más de ser excelente vaquero, y excelente poeta epigramático, Daniel era astuto y rapaz. Comulgaba como nadie, amable siempre, todos sus actos iban vedados a una trama finísima cuyo hilo, ningún ojo por avizor que fuese era capaz de descubrir. Cuando Papá lo contrató como vaquero, Daniel estuvo la situación durante dos o tres días y sin alguna, acabó por decirse en su fuero interno: "Aquí serás vaquero Daniel, sin plectos ni imposiciones hasta que quieras, y ganarás dinero." Así fue. Las vacas comenzaron a producir la leche indispensable, que la tenía solidamente al abrigo de, en la venta y distribución general: ni un centavo menos ni un centavo más. Todos los días de su estancia, Daniel trabajaba con ardor a fin de todos los sábados en la tarde, con muy buenos modos, presentarle a Papá por la leche y el queso las manos.

135

tas cuentas del Gran Capitán. Dada la corrección de dichas cuentas, Papá no podía probarle su mala fe, dada la amabilidad con que las presentaba, Papá perdía toda ocasión de menudarlo con violencia + sus
momentos.

Amarra do a su pupa impotencia, Papá decía:

- Daniel es un vaquero excelente, ni bien le veo esto igual, pero me saquea en una forma, como hasta el presente, tampoco había visto esto igual. Tampoco además en el sistema con las vacas, las tiene muy contentadas, muy, muy mal acostumbradas. Fuera a toda costa, sacame de entre sus garras, pero. *¡¡¡¡¡*

El video, la muchachas, los gritos de aboucción: es nombres de la vacas y sobre todo, aquellas coplas cantadas durante el video, larga, lenta mente, arrastrando la voz con el canto de la leche que lleva en el balde, todo, absolutamente todo, no era una política, ya lo veían, su maquinario política del corralón que Papá dignaba con esta frase candorosa: "Tendrás vacas contentadas y mal acostumbradas."

Daniel no veía de su política el ingenio, el brío la comencia y la valentía. No todo era rapacidad y egoísmo, no. El amparo de su rapacidad poseían sentimientos generosos muy dignos de elogio. Daniel trataba de que las vacas aturberen bien aturridas para que diesen mucha leche en su lugar, y para que al sentirse felices y satisfechas (altruismo paternal de mandataris) no dudando ellas de acudir a él, Papá, le iba aquí de tercer video, tampoco lo fundió cuando estas razones ya les dice al comenzar, que Daniel gobernaba con sabiduría.

El procedimiento del video era el siguiente: Después de haber lanzado sus tres llamadas o gritos miniales, entonada mezcla de armonías con desonancias, cosa impropia a imitar Daniel -
- ¡ Noooble Buena, Noche Buena, Noche Buena!

dejaba que madre e hijo se unieran en
ternura y en leche durante un rato. Después inter-
venía él. El becerro lo ataba corto por su corral al
pie de la roca. Así, engañada ella, prefería él, impaciente, el co-
mencio de aquella leche que iba cayendo en el balde en
lugar de caer en su garganta. Como Daniel no se tum-
blaba despegar a madre de lo suyo sin volverle las
serenas, galanteas y buenos modos, el hombre se retiró
con un canto una copla, llena de halagos, y filo-
sóficos consejos.

La voz de Daniel se balanceaba sobre cada árbol
como se balancean las palmeras en la brisa. La madre,
adormecida, fascinada por aquella voz de serena que
la calmaba de dolores recordándole a la vez entre nostalgias y melancolías los años y la-
mentos de su vida de origen, entregaba sin reticencias
toda su leche ¹³⁴ al becerro, menos lentamente se sacu-
dia de tiempo en tiempo, hasta que al fin, en vista de la
imposibilidad material, acababa por contemplar resome-
do aquel despojo, sagrada ley del más fuerte. Concedien-
do tal vez que "no sólo de pan vive el hombre", imita-
ba a su engañada madre, entregándose también a los
buenos placeres de la poesía y de la música.

Daniel en plena forma (todo halagos) seguía redondeando
y cantando. Mientras tejía y dutejía su larga copla (canta)
las niñas, trémulas de interés, veníamos a observar la expresi-
ón de la vaca elogiada y redondeada, a fin de ir ~~espejando~~
121

en su rostro la inequívoca satisfacción del amor propio
halagado. Por tal razón recordamos muy, mucho de que todas
las palabras de Daniel fueran bien claras, todas las ideas
bien al alcance de las sencillas inteligencias. Si Daniel
cantaba, por ejemplo esta copla que era del repertorio de
Nube de Agua, puesto que cada casa tenía las suyas:

¡ Nube de Agua !

Y le vultu vacas famosas
Pero como tú ninguna
Porque tú tienes más leche
Que agua tiene la laguna,

al recordar aquella laguna turbera y sudicia, volá
bamos todas á acabar con Daniel:

- ¡ Cuál laguna Daniel ? ; Qué cual laguna ?

Daniel suspendía el canto para responder:

- La laguna de Valencia

Festiva general:

- ¡ Ay ! Daniel pero si ella no la está viendo,

138 < ella ni en el fue á Valencia, ella no la vio, como
va á saber ? ; Por que tú no le dices que tiene más

leche que el río, ó que la acequia, ó que tiene más leche que el chorruón ; ah ?
Daniel, por que tú no le dices

Vuelta á interrumpirse el canto. Daniel contestaba
lacónicamente:

- Por que ni río, ni acequia, ni chorruón caen en sexo.

- Cuello tío. Daniel, si tú sabes, anda, que te im-
porta, cuello tío.

Junque Daniel supiese "caca en verso" toda palabra y toda idea, tenía su repertorio fijo, y no le gustaba hacer innovaciones. Pero cuando un caso muy especial de enfermedad, nacimiento o muerte lo requiriese. Por lo tanto se abalanzaba a nuestras exigencias al responder terminante:

- Ella entiende, la palabra es que se defina y dé un ejemplo. Si dado el caso no entendiere; que se quede con la curiosidad! No nos le trae daño. De aquantar curiosidad no se murió ninguno.

Un sábado en la tarde, Papá halló al fin la ocasión de estallar contra Daniel, y aprovechando con diligencia el instante en forma terrible. Letras tan soberbio como enérgico declaró a Daniel que sin haber ningún género de expresiones, le redamaba, que en el más breve término saliese fuera siempre del territorio de las vasas, y de los linderos de Piedra Azul, que se encontraba tan hart de sus abusos, como de su amabilidad. ^{que en lo demás tenía oculto un nuevo requerido y serio que lo reemplazaría muy pronto.}

Daniel, siempre conciliante, no respondió, no discurrió, no dijo nada. Con muchísimo respeto, después de indicarle a Papá su futura salida se despedió pronunciando la misma frase ritual de Tiende Cochinos:

- Siempre a sus órdenes, Don Juan Manuel

Como en el trapiche, al ~~instante mismo de~~ al marcharse, alguien le preguntara, si cuanto tiempo se hallaba, pensaba regresar a su casa a los Belles de Araya, Daniel, con su acostumbrado buen criterio, sin verbia, despecho, ni insolencia, mo-

vido solo por su sentido práctico, respondió lo siguiente:

— ¡Yo me quedo a pasar estas dos o tres vacas, aquí vivo como, por el secundario! ¡no ven que yo vivo!

El siguiente día muy temprano, lleno en efecto de seriedad y honradez, se presentó en la casa el nuevo vaquero, preguntó por Papá, y le manifestó lo siguiente:

— Vengo a decirle una cosa, Don Juan Manuel: aquellas vacas están alquiladas, no se deben vender. De un corral; se les amarran las patas y entonces se fesan: esconden la leche. Como Daniel les cantaba.....

Papá respondió con la cara y con voz serios:

— ¡Te no eres pues, el gran cantante de canciones de estos cantores? ¡Cántales! ¡Llévate! Es una buena ocasión

¡Ay! que ofensa para el nuevo vaquero! Siendo en efecto cantante de renombre, bebiendo en lo máximo de su dignidad de artista, respondió entonadamente:

— Entienda Don Juan Manuel que yo (aquí se puso como nano extendiendo de sobre el pie) soy hombre para cantar en un baile más y almorzar o merendar, y que en efecto, hay cosas que me ganan ni en cuanto a la risada, ni en cuanto a la letra.

Pero yo, (aquí se arregló la mano del pie) no soy hombre para cantarles a unas vacas como si fueran gente. Pero si que no! Eso no me reduce a mí nadie! Los tiempos de la esclavitud ya se acabaron. Aunque tú vaquero, Don Juan Manuel: ¡te te quedan tus vacas!

Finalmente ~~se~~ tuvo que parar a alegría nuestra y de las veinte vacas, Daniel volvió.

Un día triste, un día aciago, un día negro, ocurrió un drama en el corralón.

Tras de una enfermedad, Nube de Agüita, amaneció una mañana acostado en el cercado de los becerros, con sus patas estiradas y unidas de dos en dos, como en las más alegres madrigales. Cuando las estendía así muerta; así al Galopar hacia el ar-busto florido, a cuya sombra, buscando leche y paz, lo cubría la Nube de Agua su madre. En su boca entreabierta se mostraban ahora varios moscos verdes, sus ojos entornados tenían una fijeza extraordinaria y su cola, su pobre cola curvada se extendía por el suelo a distancia un cuerpo. Aquello era muerto, aquello era espantoso, aquello era terrible. Sobre el Galopar benévolo, Galopar que parecía estar setando inmovil y la boca de algún tranquilo invisible, Nube de Agüita había pasado a mejor vida.

Con las almas ofendidas y con las cargas acumadas por encima de las ceras, mudas de dolor y interrogando preguntas, durante un buen rato contemplamos todas al indolente malogrado.

El fin nos dispensamos del exodo fúnebre.

Ante nuestros ojos el drama pasaba tenaz sobre la indiferencia general del corralón. El dolor de Nube de Agua madre, se inundaba todo. La naturaleza entera estaba ya cubierta de expresiones. Los bupresurgían de los matinales lementos lactimicos. Etada sola y solitaria bajo un arbol florido Nube de Agua se lamentaba.

- ¡Shiiiiiiii!

Y avanzando hacia lo alto su cabeza de madre desolada, pedía Vire de Espita a todo viento la vendada; se lo pedía al árbol Artelax, se lo pedía a sus trojes las nubes, se lo pedía al cielo, se lo pedía al sol:

¡Shiiiiiiii!

Nadie le contestaba nada. El árbol continuaba espita regarrando sus flores; las nubes pulaban lentamente, el sol infame continuaba brillando con placia, sin decir a la madre desesperada ni una sílaba de piedad.

Nuestros en cambio se lo estábamos dando en todas las formas posibles e imaginables, pero nube de agua; ¡tal es a veces nuestra gran seguridad! no lo advertió. A penas, a penas, así venimos los tres a salir con sigano, a cobijas cortas. Nadie fue capaz de empezar con felicidad la nariz dentro de la espuma! Nadie supo al terminar: "ah!" y menos aún nadie se le ocurrió decir "más". No; con los brazos a medio bajar clamamos del cerrado fúnebre al árbol de Vire de Agua y del árbol de Vire de Agua al cerrado fúnebre, sin mirar ni atender a nada más. En uno de los pasos de aquel viaje, Rosalinda me levemente, por andar hacia atrás, en aprender sus ojos de Vire de Agua, convertida ya en Vire de las Amarguras, se Rosalinda digo, por andar dolida y hacia atrás, se tropezó y cayó sentada dentro de un balde de leche, rayón por la cual arreada a una mano de Evelyn tuvo que abandonar el drama a todo correr para ir a cambiarse pantalones y vestidos.

Entretanto las preguntas de todas las demás conyugues
a llorar sobre Daniel hasta convertirse, por su cantidad
y similitud en feroces aguaceros:

- ¿Tú crees Daniel que él está muerto y bien muerto?
¿Tú crees Daniel que él ya no tiene remedio? ¿Tú crees Daniel
que Nube de Agua lo sabe? ¿Tú crees Daniel que por eso
está llorando? ¿Tú por qué no lo llamas Daniel, así?
¿Tú por qué no 'guitas'; Nube de Agua! ¿a ver si él se
menea? Gúitale Daniel anda, que te importa! ¿Por
qué tú no le gúitas, pues?

Las respuestas de Daniel lacrimosas y negativas al
no dejarle recursos a la esperanza nos distrajeron el
cuerpo. Convencidas de lo irremediable aceptamos por fin la dura ley. Fijos
los ojos en Nube de Agua, la mirábamos intensamente, en fatigoso y cansado sig-
do de nuevo en cabeza muerda ella en emplear los poderes supremos:

- ¡Nube de Agua!
nosotras exclamábamos en tono de gongolador:

- ¡Ay Daniel! ¡La sabes!

Si en lo referente a la inmovilidad de Nube de Agua, Daniel no daba esperanzas, en lo que
concernía al dolor de Nube de Agua, se mostraba en cambio todo opti-
mismo:

- ¡Dijula, dijula! Que pase hoy bastante, que se desahogue,
que pase su día de duelo. Yo la consuelo mañana,
ustedes vean, no se angustien; los muertos se olvidan!

Paternal y previsor, aquel mismo día, armado
de un cuchillo y demás enseres indispensables, Daniel
después de su turno el cadáver de Nube de Agua
afuera de convertirse; en qué creerán ustedes? en un
día de consuelo. A la mañana siguiente empujó el tar
12

de despojo en setmuerca y así, con aquel traje desusado, salado
 y como tras semejante a la amplia reticada maternal: el mis-
 mo color rojizo bajo el mismo collar, la misma faja y
 los mismos guantes blancos; con aquel traje desusado y tieso que os-
 tentaba semejanzas con los dorados, Daniel betto ^{La Burda} ~~pur~~
 becerro extraño cuando de que ^{La Burda} ~~impotencia~~ quedara al
 alcance de sus y boca de la dolorosa, amarró a una de sus patas
 delanteras al becerro desfogado. Ella, muy comovida luego
 de haberse ~~olfateado~~ la amada ~~afecta~~
 ciencia tanto por conular su alma cuanto por
 deleitar su lengua, cambió sus ~~delicias~~ por ~~leche~~
 de sus a ~~lamer~~ y ~~relamer~~ la ~~saladura~~ que ~~embur~~
 naba el despojo adorado. Como los ~~idiomas~~ se ~~completa~~ en ~~el~~
 engano y en la sal, símbolo de pensamiento, como tantos infelices
 amantes ~~hecha~~ en un cuerpo extraño el alma para siempre ~~ausente~~.
 Entretanto el ~~leche~~ ~~desfogado~~, heredero universal del ~~desfogado~~, a ma
 de ponerse su ~~retido~~ se ~~temblaba~~ con ~~firmeza~~ toda su ~~razón~~ de ~~leche~~.

La impotencia duró algunos días. Después ya no
 fue ~~ocurrencia~~ ni ~~supra~~ ni ~~saladura~~. El becerro ~~extraño~~
~~domado~~ por la costumbre ~~reemplazó~~ el ~~leche~~. ~~Duró~~ ~~leche~~ ~~caja~~: los
 mientes se ~~abridan~~. Le ~~cuello~~ no ~~quiere~~ ~~dejar~~ ~~que~~ ~~no~~ ~~de~~
~~leche~~ ~~sincera~~ y ~~fundamente~~ ~~durante~~ ~~algún~~ ~~tiempo~~.
 Como también esto, Daniel lo sabía, mientras duró la ~~veces~~ de
~~doler~~ ~~agudo~~, ~~acompañando~~ y ~~dando~~ ~~consuelo~~, ~~en~~ ~~una~~ ~~muy~~ ~~lastimosa~~ ~~canta~~

esta copla llena de unión:

No es el más dulce de agua
 Refrena tanta amargura
 Que toda leche hace queso
 Y toda pena se cura

Vencida por el consejo y auxiliada por el canto, debe
que se iba contando suavemente, suavemente, cuenta a medias, impaciente, sin lugar a explicarnos
el papel que podía desempeñar aquel queso, tan extraño al dolor maternal, con
cantidad de moscas, e incluso sobre el intruso, atropellando la copia por todo
el centro:
- ¡ Qué queso es ese? - ¿Cuál queso?

Curra I

El pequeño esqueleto y moral documentado, que
aparecía en boca al lado de mamá le daban otro
tono a sus palabras, acento una vez. Su acento fue
nuevo. No hay que tener razón. Para seguir dichas no es indispensable
saber su nombre. Tú lo supiste, pobre mamá, tú lo supiste
tatuado en lo más sensible de tu memoria. El haber
acertado por casualidad una vez, debía costarte raudales de lágrimas.

Sus siete años de Curra son exactos al haber
nacido del día. Su acento mate, sus ojos negros últimos que-
mes de la noche que se va; su pelo claro en donde todavía
los primeros años del sol; sus brazos ligeros; su voz at-
mada que parecía andar el sueño de los durmientes,
sus ademanes, su dulzura, su belleza física, todo, todo
se amoldaba a las leyes que rigen el aparecer del día.
Curra fue la aurora. Luego de haber presenciado du-
rante muy breve tiempo el florido jardín de mamá,
su acento, con un dedo en los labios, se fue discreta
y silenciosa cuando a penas amanecía. Mamá
tuvo razón al bautizar a Curra. También
Papá tuvo razón cuando en sus preceptos de higiene
no recordaba la ciudad. Curra murió recién llegada
a Caracas, al cumplir los ocho años, víctima de
un sepsis complicado con la tífina.

Prefero pasar en silencio los detalles de tan

treinta acontecimientos. Solo dice que en el proceso de su dolor profundo y prolongado, jamás llegó hasta el fondo sus días sin haber invitado ni por un instante el poder de la vida sobre de Agua.

La intensidad de aquella bebida duró mientras duró su vida. Oye, quince, veinte años después,

jamás llamaba aun por Quirina. Al expresar su trabajo sus clamores, otros, por ~~conocer~~ ^{querer} ~~tratar~~ ^{tratar} ~~que fueran~~ ^{que fueran} ~~moderados~~ ^{moderados} ~~de estar~~ ^{de estar} ~~comentarios~~ ^{comentarios} a aquella especie pitoresca de que-
ta, que dominaba todas sus palabras y pensamientos. Dichos dolores clamores, salían por de sus labios, impregnados de una teatralidad un tanto cornu-

ca, cosa que los hacía aun más entremedados. Jamás clamaba por Quirina con frecuencia y a media voz cuando se hallaba sola, pero además, jamás clamaba por Quirina con la misma frecuencia y la misma media voz, cuando se hallaba acompañada, en los mo-

mentos más inadecuados, en forma tan imperiosa como cuando. Oye, me toda su vida. Cuando menos se esperaba, en una tienda, en el teatro, en el instante recibir el cambio de un billete de banco, cuando abría un paraguas apto de por la lluvia y el viento; al entregarle la ropa a la lavandera o al probarse un par de botas, no había regla, jamás, de pronto, cosa de hacer, lo que estuviese haciendo; levantaba sus dulces ojos al cielo y ex-
clamaba entre suspiros en voz alta y tierna:

- ¡Ay, Quirina, Quirina, me hejta adorada, me hejta tan blinda, por que me abandonaste, por que no dejaste tan sola?

Como la palabra "sola" no le pareciera suficientemente enérgica y expresiva, jamás la reemplazaba muy al menudo por la palabra, "ingrinsa" este superlativo de soledad la dicha muchacha más adolorada:

- ¿Por que me dejaste ingrinsa?

Solía interrogar la pobre mamá, para mayor dolor aunque sin expresarse de respetada impudencia que aquel "ingrinsa" ocurre a los por nuestros pechos, carreras y risas despreciando, como de costumbre la realidad "acompañada y rodeada hasta más no poder, jamás obedecía a

una verdad superior: para reflexar su alma en sus palabras "ingenua" le era indispensable. ^{tratais generosamente} como hombre a ^{algunos} ~~algunos~~ ^{hombres} ~~de~~ ^{de} ~~los~~ ^{los} ~~que~~ ^{que} ~~me~~ ^{me} ~~preguntamos~~ ^{preguntamos} ~~para~~ ^{para} ~~que~~ ^{que} ~~nos~~ ^{nos} ~~esqueciáramos~~ ^{esqueciáramos} ~~ni~~ ⁿⁱ ~~con~~ ^{con} ~~el~~ ^{el} ~~recurso.~~ ^{recurso.}

La muerte de Aurora fue el más amargo de los contratiempos que debían acompañar nuestra instalación en Caracas pues no fue el viento La senda que nos llevó de la vida rural a la vida urbana de la ~~ciudad~~ ^{ciudad} y empujada.

Con su ~~so~~ ^{so} ~~Papá~~ ^{Papá} ~~empezase~~ ^{empezase} ~~en~~ ^{en} ~~Piedra~~ ^{Piedra} ~~siguió~~ ^{siguió} con aquella autoridad absoluta y dictatorial, semejante a la de Dios, tanto por el amor de Dios que regia su misericordia y su justicia, cuanto por lo mucho que la hablaba algunos, a pesar de su magnífica autoridad divina. Papá no era dueño exclusivo de Piedra. Sus derechos estaban contrabalanceados por los de ~~los~~ ^{los} ~~hombres~~ ^{hombres} ~~mas.~~ ^{mas.}

Un día fue necesario hacer particiones.

Yi creó que Papá, alma de campesino, debía creer ingenuamente, lo mismo que en sus minutas, en la felicidad de la vida de las ciudades cuando te ~~presen-~~ ^{presen-} ~~ta-~~ ^{ta-} ~~ron~~ ^{ron} el dilema: dividir la hacienda o venderla; acallando todo sentimentalismo decidió venderla, a fin de ir a trabajar independiente en Caracas después ~~añadi-~~ ^{añadi-} ~~do.~~ ^{do.}

Ya está cansado del campo. Hay que pensar además en la educación de las minutas.

Ojalá "la educación de las minutas"! Kenias rayón Papá: ya va hora de penetrar por alguna puerta dentro del Valle de Guáquina.

Después de varias semanas de conferencias, cartas, discusiones, llegar de extrañas visitas que se iban a crisis en Papá entre cafetales y tabacos de ~~cañeros~~ para venir a almorzar a casa de los y mis halladores, después de fijar esas tales cosas durante varias semanas, mañana me llamó una mañana y me dijo:

- ¡Niñitas: Fedra. ¿Qué ya se vendió? Esto quiere decir comprender? que la hacienda ya no es de ustedes como es preciso que nos saquemos, nos vemos todos a vivir para siempre en Caracas. Allí tendremos una casa mucho grande, ustedes no podrán bañarse en un chorro como aquí, necesi-
rán el campo, o no, allá las cas. están pegadas unas de otras. No podrán correr y jugar libremente, pero en cambio serán con frecuencia a sus dos abuelitos, a su tía, irán al colegio y tendrán uniguita. Se vendrán todas conmigo en coche la semana que viene; ya lo saben.

Conte semejante noticia recibimos muchos de felicidad:

143 - ¡ Nos vamos en coche a Caracas para siempre la semana que viene!

Sea el gusto de broma y de ingratitud con el cual entré a cosas: a todas partes: a la cocina, al corralón, al trapiche a los ranchos vecinos. En nuestra ambiciosa necesidad de expansión lo quitábamos a cuanto encontrásemos: personas animales o árboles:

- ¡ Nos vamos a Caracas para siempre y en coche la semana que viene! ¡Qué bueno, qué riquísimo!

Y aplaudíamos con frenesí.

En el fondo aquel viaje a Caracas que debía producirnos numerosos simpatizantes nos produjo una semana de felicidad delirante: fue la última pasada en Piedra Azul.

Por fin, una mañana, apiladas todas en una gran calera, la ruina que tantas veces se había llevado a mano, entre paquetes, maletas, muñecas en los brazos, cestas de frutas, algunos dogues, apiladas, apiladas y coreadas de alegría, cosas de las cosas últimas, han impulsas en una despedida estrepitosa, avanzando su trabajo los caballos y al paso lento y firme para siempre de Piedra Azul.

Cuando nuestra calera humbante y repleta como una columna, dando tumbos sobre los baches del callejón cruzó la vuelta posterior tras de la cual ya no se distinguía el techo de la Casa Grande, al igual de Suzbel después de su caída; al igual de Adam y Eva después de su pecado; al igual de Napoleón después de Waterloo, acabamos de perder un imperio. ¡Hubiéramos podido, en aquel instante, de dominar el mundo.

¡Fobres mentes que tonas de la apertada calera! Lo mismo que los más viejos y los más sabios, ignorabamos una verdad que no se aprende nunca, verdad que yo no he logrado aun retener durante más de cinco minutos en mi memoria: los más brillantes cambios de vida, los más ameros casos, en su monástica diversidad, sólo nos enseñan una

misericordia trascendental y cruel; es nuestra fúnebre oración, y aquella feliz ignorancia de ella, para siempre perdida, dentro de la cual, era tan dulce vivir. (página aparte)

Lo primero que echamos de ver al llegar a Caracas, fue la ausencia de tierra y de agua, de las cuales, a nuestros juicios, carecíamos casi totalmente. Por todos lados cemento, tallas o ladrillos, y pocas un poco de tierra seca en el patio y otra poca en el corral; a pocas dos fuentes de agua; a pocas tres quintos en la cocina y el baño, que, incluso dentro de un universo, puesto que ellos mismos habían visto el charro del trapiche. Los cuartos o cunas de las truenas que poblaban el corral no estaban a regañ

nuestros juicios; y a guisa de paredes que por todos lados nos rodeaban el ~~corral~~, eran verdaderos muros de prisión. Privadas de libertad y de panoramas, dentro de las

cuatro tapas del corral veía nuestra nostalgia y misedadaban nuestros sentimientos. Los gartos de la casa en los cuales intervenían monedas esa enteramente desmoronada en Piedra Azul se veían reducidos. En lugar de aquella targa cobrante o servidumbre que nos acompañaba allí

por todos lados, ahora, a pocas tendríamos una sola comitente que nos atendiera a las cinco minutos mayses. Inicialmente, cerca de Fern, indiferente e impertinente como un dios, seguía adhiriendo a su criadora. Evelyn se había ido a Trinidad ya me dice nos regañaba. No había quien saliera o adquiriese con prohibiciones el desabrimiento del viver. Nuestros capuchos al estar robustos, y numerosos en que una mano penetrara al los podara, nos ahogaban de melancolía.

140 [Chama, en la urna, sobre una esquina de mesa, entre un tapiz como si un papel rayado, frente a una nueva comitente de magnifico carácter y mal humor "sajon," sacaba la cuenta del mercado con monotonía; prolongaba la firma a los plunales de los comitentes:

- Felatamos... carne... papas... cafe... macarones...

ness... esta diara é manaba que se acabara así: ¡ hoy me has gartado demarcado!

Donde estaban los mas de abundancia, cuando Vicente Cochocho, llegaba con su burro cubrado las el festo de las legumbres, los aguacates, los palatamos, los pepelones, cosas todas que iba derramando en algunos montones sobre la amplia mesa de la cocina

ante la vistada reglancada de la celarria? ¿Quién le tomaba la cuenta con monotonía prolongando los plurales? ¿Quién le decía al fin en tono semi-dramático: "¿yome has gattado amarrado"? Nada.

A los ocho días de estar en Caracas nos habíamos dado a unarga cuenta de que nosotros, los seis Ninitas de la Casa Grande, e-
lunmas de Fátima de Juel, éramos unas borrogas, peor, mu-
cho peor que la mayoría de las borrogas, quienes al estornar unas
trazas etícol se perdían por encima del horizonte y la uniformidad.

Nosotros en esto por días nos, ¡ay! en el anonimato, nosotras al
estar junto a otras ninitas, amigas o primas, las borrogas entre borrogas, nos des-
tenguíamos trunemente por ninitas simples, por ninitas
nuestras movimientos, por nuestras ninitas andas, por nuestras preguntas bobas; por
nuestras pocas aventuras, por nuestros pequeños sucesos.

Era imposible ser más ignorante e imposible serlo con mayor sencillez.

Nuestras dos primeras visitas a la ciudad fueron seguidas en diversos
excursos y en varios descubrimientos.

Todo comenzó que fuimos desde el primer día al poner los pies fuera de nuestro
hogar, fue cohar de cohar, cada cual por su lado. La nueva aventura o visita
dora ya entrada en años, mechas amañada, incapaz de enfrentarse con mano derecha
a aquellas viviendas que Anelín llevaba tan sobria y magistralmente, la nueva
nueva ciudadana, tal, al observar nuestra desbandada general, detenida en plena calle y en
plena incertidumbre, dirigía hacia los cuatro puntos cardinales observaciones y amena-
zas despectivas, que no lograbamos agruparnos ni por un segundo delante de ella. Separadas y ab-
sentas en nuestras indagaciones ni le miramos. Separadas en unas de otras nos llamábamos ¡guís herido, la misma
que se estiraban como subiendo rallas por arriba, hacia el corazón de las ve-
cas. Todo era motivo de estupefacción cuando veíamos una tienda nos de-

teníamos y la señalábamos con el dedo gritando: "¡una puer-
ría!". A las aceas las llamábamos ranos; a los portos del
gas, matas de hierro; y cuando veíamos venir un señor y una señora
anuncios grandemente cogidos del brazo, también nos deteníamos y también los
señalábamos con el dedo diciendo:

¡Ese va una pareja de gente!

No era todo. Nuestra profunda ingratitud se abismaba a burlarse en la ciudad, como tal de unos vándalos, que en lugar de someter a desolación, derramaron candor.

Si en J. J. era usual habíamos adquirido la costumbre de llevar sombreros, eran ellos sencillos y ligerísimos sombreros de cogido que había adquirido en un lago de gusto práctico y que Welton nos encargaba en la caya con un ef y con un frut práctico; precorridos del sol. Tales sombreros quedaban tan sencillos o adheridos a nuestras personas, que no había para que repararse más de ellos: eran como las vejías o el pelo. Pero los otros sombreros, aquellos sencillos de ciudad que nuestra ocidente humante se había apresurado a adquirir al día siguiente de nuestra llegada, eran otros. Casi siempre innecesarios, como los de algunas literas sostenidos por un canchó, bajo la barba, eran molitos y volaban en perpetua fuga desiguales. No había modo de sujetarlos. Con todas y casi siempre al traspasar el portón, meditando que el desvelo en la caya era un error convencional, nos los arrancábamos, y los llevábamos en la mano con orgullo y burla, bajo nuestra inmediata vigilancia. A aquellos que quedaban coronando la impide de alguna que otra cabeza, tal cual es uso civil, tal cual acostumbraba hacer siempre Volita, causa de disminuir la libertad de sus manos; el que permaneciese en la ciudad de pe hita trabaja, perdía al instante sus verdaderos puntos de gravedad. Si la mantencia o deuto indubitable a su salvaguardia, en trances de deuto con la deuto el deuto necesario a sus correspondientes volantes, los enganchábamos en los peraportes de las puertas; en las ventanas bajas; y en los coños de los transeúntes; después de lo cual, quedaban inclinados hacia los deuto encima de una viga o sobre la nuca: dependía de la dirección contraria a la cual fuere deuto el accidente o deuto.

El día de nuestra segunda visita a la ciudad como acercamos a poner frente a la catedral, de ciertos imponente y vasto portegados por la torre, nos recordó mucho nuestros perdidos tiempos amparado de igual modo por su clemencia o ternura. Alguien gesto señalando con el dedo:

¿Un trapiche!

Como era de rigor. Vicente se precipitó a fin de hacer antes que nada las indagaciones del caso. Con rápidos interrogatorios a través la calle, penetró en la iglesia, empujó la puerta del cancel, se abrió unos minutos y salió llevando con su habitual buen sentido y con su sombrero una mujer.

¿Es no es un trapiche! Si fuera un trapiche, ¿dónde está la cana? Si fuera una sala de fiestas, ¿dónde están los fondos? y para qué tantos bancos?

Entretanto la mujer dudosa, allí, en el extremo de la calle, mirando y callando, como un naufrago perdido en el horizonte, nos hacía señas desesperadas de que la aguará a oscuras; de que en la iglesia no se entraba quitando; ni se entraba tampoco con el sombrero en la mano.

Aquella misma tarde, no bien llegamos a casa, la suocra, que por no haber aun logrado, arrampamos, entro un buen rato después, se quitase pañolón ni nada, a través el patio como un bolido, se fue derecho a donde estaba mamá y declaró demudada e indignada, expirando entre — No salgo más con sus crinitas; se acabo. No me hacen ningún caso. Andan desperdigadas por la calle, cada una

por su lado, elevan los sombreros en la mano, se bespazan con sus el mundo; enseñan á la gente con el dedo; ~~entran~~ enseñando á las iglesias y salen andando, de mí me ~~acompañan~~. ~~Así~~ es en esta urbanidad. Aunque tra sudaderas que se las lleve á probar, yo me voy.

Es difícil olvidar la herida profunda que tales palabras hicieron el instante en la ferida equívoca de Indina:

- ¡Virutas, por Dios - nos dijo malhabida destina - cuando se van ustedes á virutar?; cuando van a comprender por la Virgen Santísima que aquí no está el su Piedra Azul?; ¿Andar por la ~~ciudad~~ con los sombreros en la mano; ¡el ~~traer~~ gustando á la iglesia!; ¡enseñar á la gente con el dedo!; ¡Ay! que van á decir de mí! No me molesté con virutas; virutense!

(Página aparte) Con el ~~aspecto~~ ^{III} de ~~virutar~~ lo antes posible, desde el siguiente día, desplegando inmensa actividad, la pobre Indina nos había ya puesto en el colegio; o sea, que comenzamos a ir con regularidad, mañana y tarde, a una casa tan limpia como destartada, y llena de esos, situados á cuadra y media de la nuestra, en la cual, dos señoras distinguidas, cargadas de virutas y de necesidades, enseñaban con melancolía el abecedario a una docena de niñas. Allí, en una sala vasta, entre muebles de roble; tapetes de croisé; retratos de noble arte; allí cuyos marcos de bronce se disputaban por igual la polilla y los ratones; sobre un suelo estroado en donde á ~~truchas~~, ~~floraban~~ alegremente los ladrillos, y bajo un techo empapelado en donde á ~~truchas~~ también, ~~floraban~~ tristemente las gateras; allí, entre las dos señoras distinguidas

las doce neuritas analfabetas, tiene lugar en forma ácida el proceso de nuestra civilización. Deseo recordar que fue a costa de numerosas humillaciones, penas y angustias. Los hechos nos muestran la civilización que veniendo y sufriendo: lo mismo la adquirimos nosotros.

He aquí por ejemplo como aprendí a conocer yo, en forma inolvidable, ilustrada por peligros y defensas, el valor de la moneda.

Frente a la puerta demitológica y alto de la metáfora y de las letras, sentada en el escalón de un quiosco, con un gran paño blanco sobre cabeza y hombros, un aparador de mozas, blancas también, en su mano derecha, y en sus rodillas un amplio aparador fijado de pedernales, zafiros, yemas, rubíes y esmeraldas que brillaban al sol como piedras preciosas, se instalaba. Todas las tardes una vendedora de dulces. Aquella vendedora de dulces, bien atesa con su paño blanco y su enigmático rostro negro, era lo mismo que una diosa o una hada. Sus dulces decorados en perpetuo vainen por las trenas enmarcadas y resacas del aparador de mozas, eran los dulces diversos que otorgaban sus manos al que le diese un centavo. Nosotros no teníamos la menor esperanza de recibirlos nunca, siendo así que Papá había declarado:

- No veo ninguna necesidad de que apuren a las niñas en el colegio tienen tiempo de aprender a leer. Lo que si me parece en cambio indispensable es que las vigilen mucho, cuando atraviesan la calle no valgan a

Como nada que pueda estar contraindicado por el polvo y las moscas.

Encadenadas a tal ramillete, sin jamás tener un centavo, confieso por lo que a mí atañe, que no pasaba un día sin que yunco a la vendadora el tributo de mi profunda, humilde, devoción. Me detenia si posible era, pegada a su desahate, allí, con las dos manos cruzadas en la espalda, señal de rendimiento, contemplando un rato las polvosas, yemas, melcochas y coqueitas, ~~de~~ ches, ches, del espantador de moscas y me iba por fin largando los suspiros que nos brotan del alma ante los dioses irrealizables.

Pero no hay que respetar demasiado las leyes.

La sabiduría burlaba con audacia ante los fogones de la autoridad, tan dispuesta siempre a aceptar cualquier colaboración y complacencia que la despretege.

Una tarde, pues, antes de ir al trabajo, me acerqué a Nana y llena de ansiedad le dije con atrevimiento y dignidad:
— Nana, regálame un centavo.

No sé si se fue por distracción o por generosidad, Nana no solo me regaló un centavo, sino que me regaló una moneda de cinco centavos en plata, la cual dado su escaso tamaño despertó en mi alma las gacetas de la desconfianza. No obstante, la tomé y fui guardándola apretada en mi mano, con perseverancia y paciencia, todo el tiempo que fuese menester. Con mis cinco centavos acalorados y sudorosos, llegué al colegio, de mi escuela,

en la cual, después de confundir¹³³ vamos veces la Fe con la Bo, distinguí
con inteligencia la Cl. de la drol. Ve. La
señorita melancólica que se hallaba en finísimo aquella tarde deliró en tono luttimero
que había sabido muy bien me besaba. Con la satisfacción que
da el diler. cumplido y con otros cinco centavos siempre apunta-
dos, apresurándose a estrepitos, salió fortivamente de la vasta
sala, utraque en carrera zigzag, a cerra y arroyo, hasta lle-
gar; en el á donde estaba la dulcísima. Allí, sin cesar, ni; las manos en la espalda, me de-
contemplar los dulces, ante elante, aunque atormentado por la indecisión y por la desconfianza
que como inspiraba como ciega moneda.

Unos instantes después regresé al punto en donde se ha-
cía la ciencia y por ce humans, furbito- furbito, de hacerme admirar,
humillando con el fulgor de nuestra suerte al mayor número de
personas posible, me acerqué a un grupo que según costumbre
de algarabía con animación de espaldas al profesor y a la
profesora:

- he fui - dice triunfante y con la boca un poco
me fui enfrente, desde allá tal dulcísima. así una pobrecita, le di. con un
No chisqueto y ella me regaló cinco centavos grandes además de
la pobrecita que estaba muy buena: ¡ya me la comí!

Las buras, risas y cachufletas con que recibí el pu-
bleco mi mereo discursos, fueron fuertes y tan acerbos, que
Volvió, por espíritu de familia, en honor mío, con una
generosidad que hasta entonces yo no hubiera sospechado, comenzó a repartir bofe-
tadas y pellizcos en el auditorio, ante las voces y miran-
das de severidad impasible, que lanzaba bruta. más no podía
a profesora ó señorita melancólica.

La respuesta en lo... varias cartillas y numerosas...

de palates, fuertemente manchadas de tinta y en la cual, tiene necesariamente que en-
 menor, fue desigual y muda. En ella me avanzaba un lazo
 que me había estado llamando en la cabeza; cuando
 un golpe magistral, me lo di y misera, contra
 un muro de sus muebles de vena, volé por los al suelo
 extraviando con tres de mis cuartos centavos que se le cayeron
 en el regazo de sus desordenados y deshechos. Entretanto
 Violeta acababa de poner fin a la repulsa en forma
 inesperada y sangrienta. Como una de las pacíficas
 que, no habiendo tomado parte ni en las burlas ni en la lu-
 cha, a más de hallarse viendo, se hallase viendo, y teniendo
 un diente sostenido a penas por un hilo. Violeta, al pa-
 sar con violencia junto a ella, la despojó y se lo
 arrancó de ellas involuntariamente y en forma sangrienta, que produjo
 una impresión atroz. La pacífica desdentada comenzó a llorar
 y a llorar, y Violeta quedó cubierta de ignominia. Sus ojos se cerraron entonces
 la voz de la señorita melancólica, quien a la vista
 de la sangre y del diente inmolado se detuvo ya por
 cuarta o quinta vez con voz alzada dirigiéndose a Violeta y a mí:

- Bien se ve que ustedes dos vienen del monte, de no-
 tratar más que de pollinos y becerros.

La mirada es tan larga, y me la traque en silencio.
 Violeta no. Violeta contestó inmediatamente a la
 señorita apocáptica y melancólica, que un becerro, un
 pollino y un rucio, va a ella! Responde que nos
 ocurre naturalmente nuevos repulchros y nuevas lu-

millares de personas en familia y reunidos en familia y en común.

IV

Qui, entre enseñanzas volutas y relaciones buenas que iba temperando el romance trágico con el tiempo, floreció en nuestras almas la cultura y consorcio de las humanidades base de toda civilización. Pasaron dos años de época lejana de Piedra Azul, rodeada por una aureola de melancolía, recordada dulcemente por el recuerdo de Aurora que ya se había ido. Edad de oro en Solano Solano, se cristalizaba allí, en el fondo del pasado. A los siete u ocho años, que viví a tal pasado y me fui iba cargada de experiencias, viví con el recuerdo de los amigos y de todos los recuerdos de la vida, y sentía con indulgencia al recordar las ingenuidades de mis tiempos ya pasados. Hoy, transcurridos treinta años, tengo muchos más aprendizajes de la propia experiencia tan cargados ~~por los años~~ de sabiduría que me libra el peso de los años, a fuerza de temperar que mientras captaba para el bien son infinitos, he adquirido por fin la conciencia de mi inexperiencia la cual me acompaña ahora con humildad y con algo aquella primera rosa y clava cuyo desaparecimiento deprimía entre suspiros los siete años.

En nuestras conversaciones, impregnado de armonía, delpicado de trinitismos "te acuerdas?" aparecía a cada instante el nombre de Piedra Azul. Seguras

Page 4

de que habíamos dejado allá en un rincón de plenitud, queríamos poseerlo de nuevo aun vedado solo fuese por algunas horas.

Con tal fin, martelleábamos los hierros de la parte trampa, ¡tantos! ¡tantos! a todas horas:

- ¡Hammata, cuando volvamos, ¿Te trae el yel? ¿Llévame Hammata, llevamos en coche un día aunque solo sea por un rato. ¿Qué te importa?

Huma no quería volver a su antigua vivienda. Ni tanto porque el bote fue largo, ni más porque sino porque sabía por advertencia del coronel que es peligroso el enfrentarse a las masas sobre las cuales, desde lejos, ponemos a operar nuestros recuerdos.

Tanto insistimos nosotros que por fin, un día, vez de poder penetrar al curso del río, volvimos a apañar nos en un coche, y acompañadas de Huma y de una ecita grande donde llevábamos el alfiler, seguimos a nuestra Fucosa Fardido, creyendo al andar que andábamos hacia el río; que Huma, parada en un pueblito vedado, el pueblito de los juicios, nos tendiera los brazos al llegar, mientras Hedyon sacándonos del coche una a una, no se perdía de advertencias.

- Cuiden retidos sonitos de Coxaca, no se caen en suelo.

Pero no. Ni Huma nos trajo los hierros, ni vino a sacarnos del coche. En lugar de sus sombras familiares, hallamos en sus partes una cosa desconocida: el nuevo dueño de Fucosa. Él era un viejo, gran amante del progreso, animado de una actividad insaciable para idear y realizar reformas. Vale decir que nuestros

cuando Pedro Abel desparado a tra a tra, también trobaba los gantos desladres de sus reformas, el habernos perdido a nosotros. Tales gantos se fueran desde esos.

El nuevo mayordomo, lleno de satisfacción, nos mostraba con orgullo los innumerables sacrilegios perpetrados en nuestros recuerdos, y con una sonrisa indecible y horriblemente impía se preguntaba a Hamá:

- ¿Verdad que está desnovado? ¡Ello' pero así cuenta. Para llegar a esto se ha gastado...

Y sería una suma enorme.

Todo esto ya cambiado: era el triunfo del verde sobre el verde. Donde estaba la sala había a su alrededor y en la sala el donde había la sala; donde había antes una puerta estaba ahora tapado y en donde estaba una pared lisa había ahora una puerta nueva acompañada, si era posible, por una ventana. Sobre la tierra que dejó... ¿cuantos recuerdos arrancados, talados los árboles, se alineaban geométricos un jardín a la inglesa, y en el terreno que ocupaba nuestro jardín floroso había un huerto raras en donde crecían, parvos los raquitos, multitud de árboles exóticos. ¿Que se había hecho los usales y los jayoneros de Hamá, que tan a menudo se abrazaban y embrollaban juntos? ¿Donde estaban los guayabos, la taracia grande, los árboles de forma una guayabana y guayabetas arrayan? ¿Donde estaban los bambúes cantadores con sus zapatos de trapos, donde crecían fieros las maladas de sus "pelillos"? ¿Como Aurora, como Evelyn, como nosotros, todos ellos se

habían ido!

Las láminas que cubrían la terraza de los baños, ya no se podían distinguir por que los pisos de los corredores y patios eran de cemento estéril. En las cuartas tapicerías, con ciertos rasos y tallas nuevas, el eco repetía la voz atónica de la mamá que llamaba a Juana por todos los rincones. En el corredor, en el canto recataban modelos de la ciudad futura se había edificado un establo con ordenadísima divisiones en las cuales cada raza era, se estaba reservando el material equino de las razas cruzadas. En el trapiche había multitud de puertas y en las puertas letras que decían: "Se prohíbe la entrada" y "No se permite fumar". La sala de pilas y el fitero de las bagacerías también estaban cerrados al tráfico, solo, la entrada, la inmensa puerta de la molinera, quedando contra su voluntad, la única desobediencia, ¡fue sea buena fue sea fiel! estaba allí, muy triste, diciéndonos como

agapantada con sus brazos abiertos:

- ¡y qué les parece!

Por último, cuando María se fue al estanque del chorro en busca del rúfi arriero, padre del agua y dueño de los baños, para de nuevo interrogarlo: allí porque Juana la había dejado ingenua, se encontró de bruces con una pared de mampostería.

~~Nuestro abuelo que tuvo lugar frente al agua, sobre la burla acuna, burlana del rúfi~~

- 139 - para que nada faltara

A poco, para festejar o complemento, comiendo con uno de nuestros an-
ti que pesen, recibimos una terrible noticia. Vicente Colchaco ya no es
toda la hacienda porque según toda probabilidad ya no estaba en el mundo;

Después de haber regresado
ilesos y triunfante de aquel, en pos de algún ~~comer~~ una
madrugada, tal cual era la inventada costumbre,
se había ido ~~con~~ ~~retirándose~~ montaña arriba. No se
sabía si a buscar alguna bebida o a llevar
algún recado a los revolucionarios. Que así
fue una celada que le tendieron; lo cierto fue que de
su excursión, misteriosa o mañanera Vicente no volvió.

El país que nos vedó el doloroso
suceso, entre empuje de hombres y estirar de cables, con la
naturalidad, terminó enunciando las siguientes hipótesis:

- Como por decir, el no va nombre que se per-
diera. O le dio de repente algún mal, o lo mandó
a matar ~~o~~ ~~traición~~ ~~en~~ ~~enemigos~~. Pobre Vicente
el que entorpeció a tantos; él que era tan "curioso",
¿para fabricar esas urnas, en el monte se quedó
bebiendo sin una ni nada, de barrancado, o
enfervado, o mal bebiendo, ¡quién sabe cómo! se lo
recuerdan los 7 ameros.

(separado)
Vicente almuerzo que puso lugar junto
ala agua sobre la herba resina, fue fanal del cuji

fue silencioso y fúnebre. Pero se habló, nada de más. El ^{hombre} ~~hombre~~ ^{pollo} y los bucos muertos, también colaron a brutoja. Mama tenía razón: algunos de los recuerdos en nuestros mentes son como piedras a pesarlos independientes sobre las cosas y seres que van pasando con el rodar de la vida. Los recuerdos no cambian y cambian el fin de todo lo existe. En nuestros recuerdos, los más íntimos, los más adorados, volverían a nosotros después de muchos años de ausencia y arrojados los débiles viejos ballaron en ruinas al lado jardines a la inglesa y tablas de mampostería, es decir, otros papales, otros gustos otros intereses, dolidos, nos contemplaban en instante y desiertos, enfugándose las lágrimas, volverían a acostarse en sus sepulcros.

También nuestras, terminados el almuerzo, todas de acuerdo quisimos regresar a nuestra cacha*. Una instante después, sacudidas por el saltar de las ruedas en los bache del camino, entre el lento pasar de árboles y cruzar de resacas, estalló por fin en nuestras mentes necesidad de expansión.

- ¡Ay Mamaité! - dijo alguien desahogado con un poco de dolor, - para ser como nos costaron el ojo y como nos quitaron todo el corralón y para que después, vinieran a decirnos, que al pobre Vicente Cocheco se lo comieron los zarzillos, más vale que nunca haber amos vendos.

Mama respondió entre dos bruscos saltos del cochete y dos profundos suspiros.

buenos:

- Por tueras, minutos, por tueras: ¡yo se los dije!